Albert Camus

ALBERT
CAMUS

MORAL Y POLITICA

ALIANZA
LOSADA

Albert Camus: Moral y política

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid

Editorial Losada
Buenos Aires





Título original: *Actuelles. Ecrits politiques*
Traductor: Rafael Aragó
Revisión de Concepción García-Lomas

Calle Milán, 38; ® 200 00 **45**
ISBN: 84-206-0037-7
Depósito legal: M. 19.476-1984
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave **6. Humanes (Madrid)**
Printed in Spain



A René Char

Es preferible morir a odiar y temer: es preferible morir dos veces a hacerse odiar y temer: ésta deberá ser, algún día, la suprema máxima de toda sociedad organizada políticamente.

NIETZSCHE

Prólogo

Este volumen resume la experiencia de un escritor involucrado durante cuatro años en la vida pública de su país. Se encontrarán en él una selección de los editoriales puBlicados en *Combat* hasta 1946 y una serie de artículos o testimonios suscitados por la actualidad de 1946 a 1948. Se trata, pues, de un balance.

Esta experiencia se salda, como es lógico, con la pérdida de algunas ilusiones y el fortalecimiento de una convicción más profunda. Únicamente he procurado, como era mi deber, que mi elección no disimule unas posiciones que ya me son ajenas. Algunos de los editoriales de *Combat*, por ejemplo, figuran aquí, no por su valor, a menudo relativo, ni por su contenido, con el que, a veces, no estoy ya de acuerdo, sino porque me han parecido significativos. La verdad es que, hoy, siento tristeza y malestar al releer uno o dos de ellos, y tuve que hacer un esfuerzo para reproducirlos. Pero este testimonio no resistía ninguna omisión.

De esta manera creo haber tenido en cuenta mis injusticias y, al mismo tiempo, se advertirá que he dejado hablar a una convicción que, ella al menos, no ha variado. Y, para termi-

nar, he tenido también en cuenta la fidelidad y la esperanza Este libro permanecerá fiel a una experiencia, que fue la de muchos franceses y europeos, no negando nada de lo que se pensó y vivió en esa época, confesando la duda y la certeza y manifestando el error que, en política, acompaña a la convioj ción como su sombra.

Mientras haya un ser que acepte la verdad por lo que es j tal como es, habrá lugar para la esperanza.

Por eso no estoy de acuerdo con ese escritor de talento que, recientemente invitado a una conferencia sobre la cultura europea, negó su colaboración declarando que esa cultura, ahogada entre dos imperios gigantes, había muerto. Es verdad, sin duda, que una parte al menos de esa cultura murió el día en que ese escritor concibió ese pensamiento. Pero, aunque este libro esté integrado por escritos ya antiguos, creo que, en cierta medida, es una respuesta a ese pesimismo. La verdad desesperanzada no nace ante una obstinada adversidad, ni en el agotamiento de una lucha desigual. Proviene de que no sabemos ya nuestras razones para luchar o, precisamente, si debemos luchar. Las páginas siguientes afirman simplemente que aunque la lucha es difícil, las razones para luchar, al menos, siguen siendo claras.

La liberación de Paris

LA SANGRE DE LA LIBERTAD

{*Combat,* 24 de agosto de 1944.)

Durante la noche de agosto Paris dispara todas sus balas. En este inmenso escenario de piedras y de agua, alrededor de este río, cuyas olas están cargadas de historia, se han levantado una vez más las barricadas de la libertad Una vez más, hay que comprar la justicia con la sangre de los hombres.

Conocemos demasiado esta lucha, estamos demasiado involucrados en ella, en cuerpo y alma, para aceptar sin amargura esta terrible condición. Pero también conocemos demasiado su verdad y todo lo que está en juego, para rehusar el difícil destino que debemos afrontar solos.

El tiempo dará testimonio de que los hombres de Francia no querían matar y de que entraron con las manos limpias en una guerra que no eligieron. Es preciso, pues, que sus razones hayan sido inmensas para que empuñaran de pronto los fusiles y dispararan sin cesar, en la noche, contra esos soldados que creyeron durante dos años que la guerra era fácil.

Sí, sus razones son inmensas. Tienen la dimensión de la esperanza y la hondura de la rebelión. Son las razones del por-

venir para un pais al que se ha querido mantener durante largo tiempo rumiando sombríamente su pasado. París lucha hoy para que Francia pueda hablar mañana. El pueblo está en armas esta noche porque espera una justicia para mañana. Algunos van diciendo que no vale la pena y que con paciencia París será liberado sin gran costo. Pues intuyen confusamente que muchas cosas están amenazadas por esta insurrección, cosas que seguirían en pie si todo sucediera de otra manera.

Es necesario, por el contrario, que esto quede bien claro: nadie debe pensar que una libertad, conquistada durante estas convulsiones, tenga el aspecto tranquilo y domesticado que algunos se complacen en soñar. Este terrible alumbramiento es el de una revolución.

No se puede esperar que hombres que han luchado cuatro años en silencio y días enteros entre el fragor del cielo y de los fusiles consientan el regreso de las fuerzas de la renuncia y de la justicia, bajo cualquier forma que sea. No se puede esperar que acepten, ellos que son los mejores, hacer nuevamente Jo que han hecho durante veinticinco años los mejores y los puros: amar en silencio a su país y despreciar en silencio a sus jefes. El París que lucha esta noche quiere dirigir mañana. No por el poder, sino por la justicia; no por la política, sino por la moral; no por la dominación de su país, sino por su grandeza.

Nuestra convicción no es que esto se realizará, sino que se realiza ya, hoy, en el sufrimiento y la obstinación del combate. Por eso, por encima del dolor de los hombres, a pesar de la sangre y de la ira, a pesar de los muertos irremplazables, de las heridas injustas, y de las balas ciegas, no hay que pronunciar palabras de dolor, sino palabras de esperanza, de una terrible esperanza de hombres a solas con su destino.

Este enorme París negro y cálido, con sus dos tormentas, en el cielo y en las calles, nos parece, en fin, más iluminado que aquella Ciudad Luz que nos envidiaba el mundo entero. Estalla con el fuego de la esperanza y del dolor, tiene la llama del coraje lúcido, y todo el resplandor, no sólo de la liberación, sino también de la cercana libertad.

LA NOCHE DE LA VERDAD

(*Combat,* 25 de agosto de 1944.)

Mientras las balas de la libertad silban aún en la ciudad, los cañones de la liberación franquean las puertas de París, entre gritos y flores. Durante la más hermosa y cálida de las noches de agosto, se mezclan en el cielo de París las estrellas de siempre con las balas rasantes, el humo de los incendios y los multicolores cohetes del regocijo popular. En esta noche sin igual concluyen cuatro años de una historia monstruosa y de una lucha indecible en la que Francia se enfrentó con su vergüenza y su furor.

Quienes nunca perdieron la esperanza en sí mismos ni en su país encuentran bajo este cielo su recompensa. Esta noche bien vale un mundo, es la noche de la verdad. La verdad en armas y, luchando, la verdad de la fuerza después de haber sido durante tanto tiempo la verdad de las manos vacías y del pecho descubierto. La verdad está en todas partes esta noche en la que pueblo y cañón rugen al unísono. Es la voz misma de este pueblo y de este cañón, tiene la faz triunfante y extenuada de los combatientes de la calle, bajo las heridas y el sudor. Sí, es realmente la noche de la verdad, de la única verdad válida, la que acepta luchar y vencer.

Hace cuatro años, unos hombres se irguieron en medio de los escombros y de la desesperación y afirmaron con tranquilidad que nada estaba perdido. Dijeron que había que continuar y que las fuerzas del bien podían siempre triunfar sobre las fuerzas del mal a condición de pagar el precio. Ellos pagaron el precio. Y ese precio, sin duda, fue muy alto, tuvo todo el peso de la sangre, la horrible y pesada carga de las prisiones. Muchos de esos hombres han muerto, otros viven desde hace años entre muros ciegos. Era el precio que había que pagar. Pero esos mismos hombres, si pudieran, no nos reprocharían esta terrible y maravillosa alegría que nos colma como una marea.

Pues esta alegría no les es infiel. Al contrario, los justifica y

les dice que tuvieron *tazón.* Unidos durante cuatro años por el mismo sufrimiento, lo estamos aún por la misma embriaguez, hemos ganado nuestra solidaridad. Y nos damos cuenta, con asombro, en esta noche conmovedora, de que durante cuatro años jamás estuvimos solos. Hemos vivido los años de la fraternidad.

Aún nos esperan duros combates. Pero la paz volverá sobre esta tierra desgarrada y a esos corazones torturados por la esperanza y los recuerdos. No se puede vivir siempre de crímenes y de violencia. Llegará el tiempo de la felicidad, de la legítima ternura. Pero esa paz no nos hará olvidar. A algunos de nosotros, la cara de nuestros hermanos desfigurados por las balas y la gran fraternidad viril de estos años no nos abandonarán jamás. Que nuestros camaradas muertos guarden para sí esta paz que se nos promete en la noche anhelante y que ellos ya han conquistado. Nuestra lucha será la suya.

A los hombres nada se les regala, y lo poco que pueden conquistar lo pagan con muertes injustas. Pero la grandeza del hombre no está ahí. Está en su decisión de ser más fuerte que su condición. Y si su condición es injusta, sólo tiene una manera de superarla: ser justo él mismo. Nuestra verdad de esta noche, la que se cierne en este cielo de agosto, constituye precisamente el consuelo del hombre. Y la paz de nuestro corazón, como la de nuestros camaradas muertos, es poder decir ante la victoria recobrada, sin añoranzas ni reivindicaciones. «Hicimos lo que había que hacer.»

EL TIEMPO DEL DESPRECIO

{*Combat,* 30 de agosto de 1944.)

Treinta y cuatro franceses torturados, y asesinados en Vincennes: palabras que no dicen nada si la imaginación no las completa. ¿Y qué ve la imaginación? Dos hombres frente a frente; uno se dispone a arrancarle las uñas al otro, que lo mira.

No es la primera vez que se nos presentan estas imágenes

insoportables. En 1933 comenzó una época que uno de nuestros hombres más grandes llamó, con justicia, el tiempo del desprecio. Y durante diez años, con cada noticia de que seres desnudos y desarmados habían sido pacientemente mutilados por hombres cuyo rostro era como el nuestro, la cabeza nos daba vueltas y nos preguntábamos cómo era posible.

Sin embargo, era posible. Durante diez años fue posible y hoy, como para advertirnos de que la victoria de las armas no ha triunfado sobre todo, hay todavía camaradas despedazados, miembros destrozados y ojos aplastados a taconazos. Y los que han hecho esto, eran capaces de ceder su asiento en el metro, así como Himmler, que hizo de la tortura una ciencia y un oficio, entraba, sin embargo, en su casa, de noche, por la puerta trasera para no despertar a su canario favorito.

Sí, todo esto era posible, lo vemos demasiado bien. Pero si tantas cosas lo son, ¿por qué elegir hacer ésa y no otra?

Porque se trataba de matar el espíritu, y de humillar a las almas. Cuando se cree en la fuerza, se conoce bien al enemigo. Aunque mil fusiles lo apuntaran, no impedirían a un hombre creer, en su fuero interno, en la justicia de una causa. Y si muere, otros hombres justos dirán «no» hasta que la fuerza se canse. Por lo tanto, matar al justo no basta, hay que matar su espíritu para que el ejemplo de un justo que renuncia a la dignidad del hombre desaliente a todos los justos y a la justicia misma.

Desde hace diez años, un pueblo se ha dedicado a esta destrucción de las almas. Estaba lo bastante seguro de su fuerza como para creer que el alma sería, en lo sucesivo, el único obstáculo, y que había que ocuparse de ella.

De ella se ocuparon, y para su desdicha a veces tuvieron éxito. Sabían que hay siempre una hora del día o de la noche en que el más valiente de los hombres se siente cobarde.

Supieron siempre esperar esa hora. Y en esa hora buscaron el alma a través de las heridas del cuerpo y la volvieron salvaje y demente y, a veces, traidora y mentirosa.

¿Quién se atrevería a hablar aquí de perdón? Ya que el espíritu ha comprendido por fin que sólo podía vencer a la espada con la espada, ya que tomó las armas y alcanzó la victoria, ¿quién querría pedirle que olvide? Mañana no hablará el odio,

sino la justicia misma basada en la memoria. Y es justicia, la más eterna y sagrada, perdonar, quizá, en nombre de todos los que, entre nosotros, han muerto sin haber hablado, con la paz superior de un corazón que jamás traicionó: pero también es justicia castigar terriblemente en nombre de los más valientes de los nuestros a los que se convirtió en cobardes, al degradar su alma, y que murieron desesperados llevando en su corazón, devastado para siempre, su odio a los demás y su desprecio por sí mismos.

Periodismo crítico

CRÍTICA DE LA NUEVA PRENSA

(*Combat*, 31 de agosto de 1944.)

Ya que, entre la insurrección v la guerra, vivimos hoy una pausa, quisiera hablar de algo que conozco bien y que me importa muchísimo: la prensa. Y ya que se trata de esta prensa nueva, surgida de la batalla de París, quisiera hablar de ella con la fraternidad y clarividencia que les son debidos a unos camaradas de lucha.

Cuando redactábamos nuestros periódicos en la clandestinidad, lo hacíamos naturalmente con sencillez y sin declaraciones de principios. Pero, lo mismo que todos nuestros camaradas de todos los periódicos, albergábamos una gran esperanza secreta. La esperanza de que esos hombres que habían corrido peligros mortales en nombre de unas ideas que amaban, sabrían darle a su país la prensa que merecía y que ya no tenía. Sabíamos por experiencia que la prensa de preguerra había perdido sus principios y su moral. El afán de dinero y la indiferencia por las cosas nobles habían actuado al mismo tiempo para dar a Francia una prensa que, con raras excepciones, no tenía otro propósito que acrecentar el poder de algunos, ni

otro efecto que envilecer la moral de todos. No le fue, pues difícil a esta prensa convertirse desde 1940 a 1944 en la veil güenza de este país.

Nuestro deseo, tanto más profundo cuanto que en general no lo expresábamos, era liberar a los periódicos del poder del dinero y darles un tono y una verdad que pusieran al públicJ a la altura de sus más nobles sentimientos. Pensábamos enl tonces que un país vale por lo general lo que vale su prensal Y si es verdad que los periódicos son la voz de una nación, esl tábamos decididos, desde nuestro puesto y por nuestra modes! ta parte, a levantar este país elevando su lenguaje. Por esta motivo, y con razón o sin ella, muchos de los nuestros harj muerto en condiciones inimaginables, y otros sufren la soleH dad y la amenaza de la prisión.

En realidad, nosotros sólo ocupábamos unos locales donde confeccionábamos periódicos que publicábamos en plena batalla. Fue una gran victoria y, desde este punto de vista, los periodistas de la Resistencia demostraron un coraje y una volun^ tad que merecen el respeto de todos. Pero, y quiero disculpar-i me por decirlo en medio del entusiasmo general, eso es poca cosa, puesto que todo queda por hacer. Hemos conquistado los medios para realizar esa revolución profunda que deseaba-; mos, pero aún falta que la realicemos realmente. Y, para decirlo de una vez, la prensa liberada, tal como se presenta en! París después de una decena de números, no es muy satisfactoria.

Quisiera que se interprete bien lo que me propongo decir en este artículo y en los siguientes. Hablo en nombre de la hermandad de lucha y no aludo aquí a nadie en particular. Las críticas que se pueden formular se refieren a toda la prensa sin! excepción, y nosotros nos incluimos. Se podrá argumentât! que esta crítica es prematura, que hay que dar tiempo a *nuesA* tros periódicos para organizarse antes de hacer este examen *dé* conciencia. La respuesta es «no».

Somos los primeros en saber que nuestros periódicos se confeccionan en condiciones increíbles. Pero la cuestión no eá ésa. El problema está en un cierto tono que pudo haberse! adoptado desde el comienzo y que no se adoptó. Es importante que esta prensa se examine en el momento mismo en que

está formándose, en que va tomar su aspecto definitivo. As/, sabrá mejor lo que quiere ser y lo será.

¿Qué queríamos nosotros? Una prensa clara y viril, con un lenguaje respetable. Durante años, un artículo podía costar a sus autores la prisión o la muerte, y ellos lo sabían. Es evidente que para esos hombres las palabras tenían un valor y que debían reflexionar sobre ellas. Esta responsabilidad del periodista ante su público es lo que querían restaurar.

Pero, en el apresuramiento, la cólera o el delirio de nuestra ofensiva, nuestros periódicos pecaron por pere2a. En esas jornadas, el cuerpo trabajó tanto que el espíritu perdió parte de su vigilancia. Diré ahora en general lo que me propongo detallar después: muchos de nuestros periódicos están volviendo a unas fórmulas que parecían caducas y no huyen de los excesos de retórica o de los llamamientos a cierta sensibilidad cursi que la mayoría de nuestros periódicos practicaba antes y después de la declaración de guerra.

En el primer caso, debemos persuadirnos de que sólo calcamos, con una simetría inversa, a la prensa de la ocupación. En el segundo caso, volvemos por comodidad a fórmulas e ideas que amenazan la moral misma de la prensa y del país. Nada de esto es admisible o habrá que renunciar y desesperar ante lo que tenemos que hacer.

Puesto que ya hemos conquistado los medios para expresarnos, nuestra responsabilidad ante nosotros mismos y ante el país es total. Lo esencial, y este es el objeto de este artículo, es que seamos conscientes de ello. La tarea de cada uno de nosotros es pensar bien lo que nos proponemos decir, moldear poco a poco el espíritu de nuestro periódico, escribir cuidadosamente, y no perder jamás de vista esta inmensa necesidad que tenemos de volver a dar a un país su voz más íntima. Si logramos que esa voz sea la de la energía y no la del odio; la de la altiva objetividad y no la de la retórica; la de la humanidad y no la de la mediocridad, se salvarán muchas cosas y nosotros no nos sentiremos defraudados.

EL PERIODISMO CRÍTICO

{*Combat*, 8 de setiembre de 1944.)

Es preciso que nos ocupemos también del periodismo de ideas. Ya hemos dicho que la concepción que tiene la prensa francesa de la información, podría ser mejor. Se quiere informar rápido en lugar de informar bien. La verdad no se beneficia con ello.

Por lo tanto, no podemos razonablemente lamentarnos de que los editoriales tomen, en parte, el lugar que tan mal ocupa la información. Algo al menos es evidente: la información, tal como se suministra hoy a los periódicos y tal como éstos la utilizan, no puede prescindir de un comentario crítico. La prensa, en su conjunto, podría tender hacia esta fórmula.

Por una parte, el periodista puede ayudar a la comprensión de noticias mediante un conjunto de observaciones que den su alcance exacto a informaciones cuya fuente e intención no son siempre evidentes. El periodista puede, por ejemplo, en la composición del periódico, enfrentar noticias que se contradicen, y lograr así que una cuestione a la otra. Pueden informar al público acerca de la credibilidad que conviene atribuir a una información sabiendo que emana de tal agencia o de tal corresponsalía en el extranjero. Para dar un ejemplo preciso, es seguro que, de la gran cantidad de corresponsales que las agencias mantenían en el extranjero, sólo cuatro o cinco ofrecían las garantías de veracidad que debe exigir una prensa decidida a desempeñar su papel. Corresponde al periodista, mejor informado que el público, presentarle, con el máximo de reservas, las informaciones cuya precariedad conoce bien.

A esta crítica directa del texto y de las fuentes, el periodista podría agregar unas explicaciones tan claras y precisas como fuera posible, que pusieran al público al tanto de la técnica de la información. Puesto que al lector le interesan el doctor Petiot y la estafa de las alhajas, no hay razón inmediata para que no le interese el funcionamiento de una agencia internacional de prensa. Lo beneficioso sería, alertar su sentido crítico en lugar de apelar a su inclinación hacia lo fácil. El problema

consiste solamente en saber si esta información crítica es técnicamente posible. Mi convicción sobre este punto es afirmativa.

Hay otro aporte del periodista al público. Consiste en el comentario político y moral de la actualidad. Frente a las fuerzas desordenadas de la historia, cuyo reflejo son las informaciones, puede ser positivo escribir cada día las reflexiones de una persona o las observaciones comunes de varias personas. Pero esto no puede hacerse desaprensivamente, sin distancia y sin cierta idea de la relatividad. Desde luego, el amor por la verdad no impide tomar partido, más aún, si se ha comenzado a comprender lo que tratamos de hacer en este periódico, el uno no se entiende sin el otro. Pero, en esto como en lo demás, hay que encontrar un cierto tono sin el cual todo se desvaloriza.

Para tomar ejemplos de la prensa actual, es cierto que la rapidez sorprendente de los ejércitos aliados, y de las noticias internacionales, la certidumbre de la victoria que sustituye de pronto a la esperanza infatigable de la liberación, en fin, la proximidad de la paz obligan a todos los periódicos a definir sin dilaciones lo que el país quiere y lo que es. Por eso se habla tanto de Francia en sus artículos. Pero, desde luego, se trata de un tema que sólo se puede abordar con infinitas precauciones y eligiendo las palabras. Si se pretende volver a los tópicos y a las frases patrióticas de una época en que se llegó a irritar a los franceses con la sola mención de la palabra patria, no se aporta nada a la definición que buscamos. Al contrario, se le quita mucho. Para tiempos nuevos son necesarias, si no palabras nuevas, al menos un nuevo ordenamiento de palabras. Sólo el corazón y el respeto que inspira el verdadero amor pueden dictar este nuevo enfoque. Solamente así contribuiremos, modestamente, a dotar a este país de un lenguaje que sea escuchado.

Como se ve, esto exige que los artículos de fondo sean profundos y que las noticias falsas o dudosas no sean presentadas como verdaderas. A este conjunto de elementos llamo periodismo crítico. Y, una vez más, es necesario un tono y el sacrificio de muchas cosas. Pero bastaría, quizá, con que se empezara a reflexionar sobre todo esto.

AUTOCRÍTICA

(Combat, 22 de noviembre de 1944.)

Hagamos un poco de autocrítica. La profesión que consiste en definir todos los días, ante la actualidad, las exigencias del sentido común y de la simple honestidad de espíritu entraña cierto peligro.

Por querer lo mejor, se dedica uno a juzgar lo peor y también a veces lo que sólo está menos bien. En una palabra, se puede adoptar la actitud sistemática del juez, del maestro de escuela o del profesor de moral. Desde esta profesión, para llegar a la jactancia o a la tontería no hay más que un paso.

Esperemos no haberlo dado. Pero no estamos seguros de haber escapado siempre al peligro de dar a entender que creemos tener el privilegio de la clarividencia y la superioridad de los que no se equivocan jamás. No es así, sin embargo. Tenemos el deseo sincero de colaborar en la obra común mediante el ejercicio periódico de algunas reglas de conciencia que la política, nos parece, no ha usado mucho hasta ahora.

Esa es toda nuestra ambición y, por supuesto, si bien marcamos los límites de ciertos pensamientos o acciones políticas, también conocemos los nuestros. E intentamos únicamente remediarlos, recurriendo a dos o tres escrúpulos. Pero la actualidad es exigente, y la frontera que separa la moral del moralismo, incierta; por fatiga o por olvido, esta frontera se franquea.

¿Cómo escapar a este peligro? Por la ironía. Pero no estamos desgraciadamente en tiempos de ironía. Estamos todavía en tiempos de indignación. Sepamos solamente conservar, pase lo que pase, el sentido de lo relativo y todo se salvará.

Ciertamente, no podemos leer sin irritación, al día siguiente de la toma de Metz, y sabiendo lo que ha costado, un reportaje sobre la entrada de Marlene Dietrich en dicha ciudad. Y nos indignamos con razón. Pero eso no quiere decir que creamos que los periódicos deban ser forzosamente aburridos. Simplemente no creemos que en tiempo de guerra los capri-

chos de una estrella sean necesariamente más interesantes que el dolor de los pueblos, la sangre de los ejércitos o el esfuerzo encarnizado de una nación para encontrar su verdad.

Todo esto es difícil. La justicia es a la vez una idea y un afán del alma. Sepamos tomarla en lo que tiene de humano, sin transformarla en esa terrible pasión abstracta que ha mutilado a tantos hombres. La ironía no nos es ajena y no es a nosotros a quienes tomamos en serio, sino a la indecible prueba que sufre este país y a la formidable aventura que hoy está obligado a vivir. Esta distinción dará al mismo tiempo su medida y su relatividad a nuestro esfuerzo cotidiano.

Nos ha parecido necesario hoy decirnos todo esto y decírselo a la vez a nuestros lectores para que sepan que en todo lo que escribimos, día tras día, no olvidamos que todo periodista tiene el deber de la reflexión y de la escrupulosidad. En una palabra, no olvidamos el esfuerzo de crítica que nos parece necesario en este momento.

Moral y política

I

{Combat, 8 de setiembre de 1944.)

En *Le Figaro* de ayer, el señor d'Ormesson comentaba el discurso del Papa. Ese discurso requiere muchas observaciones, pero el comentario del señor d'Ormesson tiene al menos el mérito de plantear con mucha claridad el problema que se le presenta hoy a Europa.

«Se trata —dice— de armonizar la libertad del individuo, que es más necesaria, más sagrada que nunca, con la organización colectiva de la sociedad, que las condiciones de la vida moderna hacen inevitable.»

Eso está muy bien dicho. Líricamente propondríamos al señor d'Ormesson una fórmula más breve diciendo que, para todos nosotros, se trata de conciliar justicia y libertad. El objetivo que debemos perseguir es que la vida sea libre para cada uno y justa para todos. Entre los países que se han esforzado en ese sentido, que lo han logrado en forma desigual, dando unos prioridad a la libertad, y otros a la justicia, Francia tiene un papel que desempeñar en la búsqueda de un equilibrio superior.

No hay que engañarse, esta conciliación es difícil. Al menos! si debemos creer a la Historia, no ha sido posible hasta ahora;; es como si hubiera entre ambas nociones un principio de con-< tradicción. ¿Y cómo no iba a ser así? La libertad para cada uno es también la libertad para el banquero o para el ambicioso, es decir, la injusticia restablecida. La justicia para todos es la sumisión de la personalidad al bien colectivo. ¿Cómo hablar entonces de libertad absoluta?

El señor d'Ormesson opina, sin embargo, que el cristianismo ha solucionado este problema. Que le permita a una persona ajena a la religión, aunque respetuosa con las convicciones de los demás, expresarle sus dudas sobre este punto. El cristianismo en su esencia (y esto constituye su paradójica grandeza) es una doctrina injusta. Está basado en el sacrificio del inocente y en la aceptación de ese sacrificio. La justicia, por el contrario —y París acaba de probarlo con sus noches iluminadas por las llamas de la insurrección— no se da sin rebelión.

Entonces, ¿hay que renunciar a este esfuerzo por algo aparentemente inalcanzable? No, no hay que renunciar, sino simplemente medir la inmensa dificultad y hacérsela ver a quienes, de buena fe, quieren simplificarlo todo.

Por lo demás, sepamos que, en el mundo de hoy, es el único esfuerzo por el que vale la pena vivir y luchar. Contra una condición tan desesperante, la dura y maravillosa tarea de este siglo es edificar la justicia en el más injusto de los mundos, y salvar la libertad de esas almas destinadas a la servidumbre desde su comienzo. Si fracasamos, los hombres volverán a la oscuridad. Pero, al menos, se habrá intentado.

Este esfuerzo, en fin, exige clarividencia y esa atenta vigilancia que nos llevará a pensar en el individuo cada vez que solucionemos lo social, y a volver al bien de todos cada vez que el individuo capte nuestra atención. El señor d'Ormesson tiene razón en pensar que el cristiano puede mantener una constancia tan difícil gracias a su amor al prójimo. Pero, otros, que no viven en la fe, esperan, sin embargo, lograrlo también gracias a la sola preocupación por la verdad, al olvido de su propia persona y al amor por la grandeza humana.

II

{Combat, 1 de octubre de 1944.)

El 26 de marzo de 1944, en Argel, el Congreso de *Combat* afirmó que el movimiento *Combat* hacía suya la fórmula: «El anticomunismo es el comienzo de la dictadura.» Creemos oportuno recordarlo *y agregar* que, hoy, nada puede cambiarse en esta fórmula en momentos en que quisiéramos aclarar con algunos de nuestros camaradas comunistas ciertos malentendidos que comienzan a apuntar. Estamos convencidos, en efecto, de que nada bueno puede hacerse si no hay claridad. Y quisiéramos intentar hoy emplear, acerca de un tema sumamente difícil, el lenguaje de la razón y de la humanidad.

Al comienzo sentamos un principio, y no fue sin reflexión. La experiencia de estos últimos veinticinco años dictó esa proposición categórica. Eso no significa que seamos comunistas. Los cristianos tampoco lo son y, sin embargo, han aceptado la unidad de acción con los comunistas. Y nuestra posición, como la de los cristianos, significa: si bien no estamos de acuerdo con la filosofía ni con la moral práctica del comunismo, rechazamos enérgicamente el anticomunismo político, porque conocemos su inspiración y sus fines ocultos.

Una posición tan firme no debería dar lugar a ningún malentendido. Sin embargo, no es así. Por lo tanto, nos hemos expresado torpemente o, al menos, con oscuridad. Nuestra tarea ha de consistir, entonces, en tratar de comprender esos malentendidos y disiparlos. Nunca se pondrá suficiente franqueza y claridad en uno de los problemas más importantes del siglo.

Digamos, pues, categóricamente que la fuente de los posibles malentendidos tiene su origen en una diferencia de métodos. Nos son comunes la mayor parte de las ideas colectivistas y del programa social de nuestros camaradas, su ideal de justicia, y su asco a una sociedad en la que el dinero y los privilegios ocupan el primer lugar. Simplemente, y nuestros camaradas lo reconocen de buen grado, ellos encuentran en una filosofía muy coherente de la historia la justificación del realismo

político como método principal para lograr el triunfo de jH ideal común a muchos franceses. Es en este punto dondJ muy claramente, nos separamos de ellos. Lo hemos dicho msB chas veces: no creemos en el realismo político. Nuestro métqH do es diferente.

Nuestros camaradas comunistas deben entender que hordH bres que no tenían una doctrina tan sólida como la suya encontraran muchos motivos de reflexión durante estos cuati* años. Y reflexionaron con buena voluntad, en medio de mj peligros. Entre tantas ideas trastocadas, tantas figuras puní sacrificadas, en medio de los escombros, sintieron la necesB dad de una doctrina y una vida nuevas. Para ellos todo un? mundo murió en junio de 1940.

Hoy buscan esta nueva verdad con la misma buena volunJ tad y sin exclusivismos. También se puede comprender penj fectamente que esos mismos hombres, al reflexionar sobre la más amarga de las derrotas, conscientes además de sus propiai flaquezas, juzgaran que su país pecó por confusión y que, d« ahora en adelante, el porvenir sólo tendría sentido con ui gran esfuerzo de clarividencia y de renovación.

Este es el método que tratamos de aplicar hoy y quisiéramos que se nos reconociera el derecho a intentarlo de buena fe. Este método no pretende rehacer toda la política de un país, sólo quiere tratar de provocar en la vida política de ese mismo país una experiencia muy limitada que consistiría en. introducir, por medio de una simple crítica objetiva, el lenguaje de la moral en el ejercicio de la política. Esto significa decir sí y no al mismo tiempo, y decirlo con la misma seriedad y la misma objetividad.

Si se,nos leyera con atención y con la simple benevolencia que puede otorgarse a toda empresa de buena fe, se vería que a menudo devolvemos con creces con una mano lo que parece que quitamos con la otra. Si se consideran solamente nuestras objeciones, el malentendido es inevitable. Pero si se equilibran esas objeciones con la afirmación muchas veces repetida desde aquí de nuestra solidaridad, se reconocerá sin esfuerzo que tratamos de no ceder a la vana pasión humana y de hacer siempre justicia a uno de los movimientos más considerables de la historia política.

Puede suceder que no sea siempre evidente el sentido de este difícil método. El periodismo no es escuela de perfección: son necesarios cien números de un periódico para precisar una sola idea. Pero esta idea puede ayudar a precisar otras, con la condición de que se tenga, al examinarla, la misma objetividad que se tuvo al formularla. Puede ser también que nos equivoquemos y que nuestro método sea utópico o imposible. Pero pensamos que no podemos afirmarlo antes de haberlo intentado. Es la experiencia que hacemos desde aquí, tan lealmente como es posible a unos hombres cuya única preocupación es la lealtad.

Sólo pedimos a nuestros camaradas comunistas que mediten esto, como nosotros nos esforzamos en reflexionar sobre sus objeciones. Con esto ganaremos, al menos, que cada uno pueda precisar su posición y, por nuestra parte ver más claramente las dificultades y las probabilidades de éxito de nuestra empresa. Es esto lo que nos induce a hablarles así. Y también que somos conscientes de lo que Francia perdería si nuestras reticencias y desconfianzas recíprocas nos condujeran a un clima político en donde los mejores franceses se negaran a vivir, prefiriendo, entonces, la soledad a la polémica y la desunión.

III

(Combat, 12 de octubre de 1944.)

Se habla mucho de orden en estos momentos porque el orden es algo bueno y nos ha hecho mucha falta. A decir verdad, los hombres de nuestra generación no lo han conocido y sienten por él una especie de nostalgia que les haría cometer muchas imprudencias si no tuvieran, al mismo tiempo, la certeza de que el orden debe estar unido a la verdad. Esto los vuelve algo desconfiados y susceptibles ante los ejemplos de orden que se les propone.

Pues el orden es también una noción oscura. Lo hay de muchas clases: el que sigue reinando en Varsovia, el que oculta el desorden y el preferido por Goethe que se opone a la jus-

ticia. Existe también ese orden superior de los corazones y di las conciencias que se llama amor, y ese orden sangriento ej que el hombre se niega a sí mismo, y que se alimenta del *odiM* Quisiéramos, entre todo esto, distinguir el orden justo.

Evidentemente hoy se habla del orden social. Pero, el orden social, ¿es sólo la tranquilidad en las calles? No es segure! pues todos hemos tenido la impresión, durante esas desgarraJ doras jornadas de agosto, de que el orden empezaba precisamentl con los primeros disparos de la insurrección. Bajo una apaJ riencia desordenada, las revoluciones llevan consigo un prinl cipio de orden. Este principio reinará si la revolución es total Pero cuando las revoluciones abortan o se detienen a mitaá de camino, un gran desorden monótono se instaura por muí chos años.

¿Es orden, al menos, la unidad de gobierno? Ciertamente no se puede prescindir de ella, pero el Reich alemán había ob4 tenido esa unidad y no podemos decir, sin embargo, que le haya dado a Alemania su orden verdadero.

Quizá la simple consideración de la conducta individual nos ayude. ¿Cuándo decimos que un hombre ha puesto orden eri su vida? Cuando se pone de acuerdo con ella y conforma sil conducta a lo que cree verdadero. El rebelde que, en el desorden de la pasión, muere por una idea que ha hecho suya, es en realidad un hombre de orden porque ha ordenado toda si$ conducta según un principio que le parece evidente. Pero nadie podrá jamás hacernos considerar como hombre de orden a' ese privilegiado que hace sus tres comidas diarias durante toda su vida, que tiene su fortuna invertida en valores seguros, pero que se mete en casa cuando hay disturbios en la calle. Es tan sólo un hombre de miedo y de ahorro. Y si el orden francés debiera ser el de la prudencia y la sequedad de corazón, nos inclinaríamos a pensar que es el peor desorden, porque, por indiferencia, permitiría todas las injusticias.

De todo esto podemos inferir que no hay orden sin equilibrio y sin armonía. En cuanto al orden social, debe ser un equilibrio entre gobernantes y gobernados. Y hay que lograr esa armonía en nombre de un principio superior. Ese principio es, para nosotros, la justicia. No hay orden sin justicia, y el orden ideal de los pueblos reside en su felicidad.

El resultado es que no se puede invocar la necesidad de orden para imponer la propia voluntad, pues de ese modo se ataca el problema al revés. No basta con exigir orden para gobernar bien, sino que hay que gobernar bien para lograr el único orden que tiene sentido. No es el orden el que refuerza la justicia, sino la justicia la que da su certeza al orden.

Nadie desea tanto como nosotros, ese orden superior donde, en una nación en paz consigo misma y con su destino, cada uno tenga su parte de trabajo y de descanso, donde el obrero pueda trabajar sin amarguras ni envidia, donde el artista pueda crear sin atormentarse por la desdicha del hombre; donde, en fin, cada ser humano pueda meditar, en el silencio de su intimidad, sobre su propia condición.

No sentimos ninguna atracción perversa por ese mundo de violencia y de disturbios, donde lo mejor de nosotros se agota en una lucha desesperada. Pero ya que la partida está empezada, creemos que hay que llevarla a término, así como creemos que hay un orden que no queremos, pues consagraría nuestra renuncia y el fin de la esperanza humana. Por eso, aunque profundamente decididos a colaborar en la instauración de un orden justo, queremos advertir, que estamos determinados a rechazar para siempre la célebre frase de un falso gran hombre y a declarar que preferiremos eternamente el desorden a la injusticia.

IV

{*Combat*, 29 de octubre de 1944.)

El ministro de Información pronunció anteayer un discurso que aprobamos por entero. Pero hay un punto sobre el que queremos volver, porque no es muy común que un ministro hable a su país con el lenguaje de la moral viril y le recuerde sus deberes ineludibles.

El señor Teitgen ha desarmado esa mecánica de la concesión que condujo a tantos franceses de la debilidad a la traición. Cada concesión hecha al enemigo y a la actitud fácil acarreaba una nueva concesión. Esta última no era más grave

que la primera, pero entre las dos, una tras otra, constituían! una cobardía. Dos cobardías formaban el deshonor.

Este es, en efecto, el drama de este país. Y es difícil de resolver porque compromete a toda la conciencia humana, ai plantear un problema que debe resolverse tajantemente por un»i sí o por un no.

En Francia, existía una sabiduría trillada que explicaba a las nuevas generaciones que la vida está hecha de tal manera que es preciso saber hacer concesiones, que el entusiasmo tiene su momento y que en un mundo donde los listos forzosamente tienen razón, hay que tratar de no equivocarse.

En eso estábamos. Y cuando los hombres de nuestra generación se sobresaltaban ante la injusticia, se los convencía de que era una emoción pasajera. Así, poco a poco, la moral de la comodidad y del desengaño se fue propagando. Juzgúese el efecto que pudo causar en ese clima la voz desanimada y temblorosa que pedía a Francia replegarse sobre sí misma. Siempre se gana animando al hombre a lo que le resulta más fácil: su afición al descanso; por el contrario, el honor no es posible sin una terrible exigencia hacia sí mismo y hacia los demás. Esto es fatigoso, por supuesto. Y cierto número de franceses estaba fatigado de antemano en 1940.

No lo estaban todos. Fue asombroso que muchos hombres que entraron en la resistencia no fueran patriotas de profesión. Pero el patriotismo, en primer lugar, no es una profesión. Es una manera de amar a la patria que consiste en no quererla injusta y en decírselo. Aunque, por otra parte, el patriotismo no fue suficiente para movilizar a esos hombres para la extraña lucha que era la suya. Fue necesario además esa delicadeza de espíritu que repele toda transacción, el orgullo, que las costumbres burguesas consideraban un defecto, en resumen, la capacidad de decir no.

La grandeza de esa época, tan miserable por otra parte, consistió en que la elección se hizo clara, la intransigencia se convirtió en el más imperioso de los deberes y la moral de la concesión tuvo, al fin, su sanción. Si los listos tenían razón, hubo que admitir equivocarse. Y si la vergüenza, la mentira y la tiranía eran las condiciones de la vida, hubo que preferir la muerte.

Hoy, debemos restaurar, en toda Francia y a todos los niveles, ese poder de intransigencia y de dignidad. Es preciso saber que cada mediocridad consentida, cada negligencia y cada actitud cómoda nos hacen tanto mal como los fusiles del enemigo. Al cabo de estos cuatro años de terribles pruebas, Francia, exhausta, conoce la dimensión de su drama, que es no tener ya derecho a la fatiga. Es la primera condición de nuestra recuperación, y el país espera que los mismos hombres que supieron decir no, pongan mañana la misma firmeza y el mismo desinterés en decir sí, y que sepan, en fin, exigir al honor sus virtudes positivas tal como supieron tomar de él su poder de rechazo.

V

(*Combat,* 4 de noviembre de 1944.)

Hace dos días, Jean Guéhenno publicó en *Le Figaro* un hermoso artículo que no se puede pasar por alto, por la simpatía y el respeto que debe inspirar a todos los que sienten alguna inquietud por el porvenir de los hombres. Hablaba en él de la pureza: el tema es difícil.

Es verdad que Jean Guéhenno no hubiera tomado la iniciativa de hablar sobre ese tema si en otro artículo, inteligente aunque injusto, un joven periodista no le hubiera reprochado una pureza moral que temía se confundiera con la indiferencia intelectual. Jean Guéhenno le responde muy acertadamente, abogando por una pureza mantenida en la acción. Y, claro está, se plantea aquí el problema del realismo: se trata de saber si todos los medios son legítimos.

Todos estamos de acuerdo en los fines, pero discrepamos en cuanto a los medios. Todos aportamos, sin duda alguna, una pasión desinteresada por la felicidad imposible de los hombres. Pero, simplemente, hay entre nosotros quienes creen que se puede recurrir a cualquier medio para lograr esa felicidad, y hay quienes no lo creen. Nos contamos entre estos últimos. Sabemos con qué rapidez se toman los medios por fines y no admitimos cualquier justicia. Esto puede provocar la

ironía de los realistas y Jean Guehen.no acaba de experimentarlo. Pero es él quien tiene razón y estamos convencidos de que su aparente locura es hoy la única cordura deseable. Porque se trata, en efecto, de conseguir la salvación del hombre. No situándose fuera del mundo, sino a través de la historia misma. Se trata de estar al servicio de la dignidad del hombre por medios que permanezcan dignos, en medio de un contorno histórico que no lo es. Mídase la dificultad y la paradoja de tal empresa.

Sabemos, en efecto, que la salvación del hombre es quizá imposible, pero afirmamos que eso no es una razón para dejar de intentarla y afirmamos sobre todo que no es lícito llamarla imposible antes de haber hecho, de una vez para siempre, todo lo necesario para demostrar que no lo era.

Hoy se nos presenta la ocasión. Este país es pobre, y nosotros somos pobres con él. Europa es miserable, y su miseria es la nuestra. Sin riquezas ni herencia material, hemos entrado, quizá, en una libertad que nos permite entregarnos a esa locura que se llama la verdad.

Por eso, hemos expresado nuestra convicción de que se nos brinda una última oportunidad, y pensamos de verdad, que es la última. La astucia, la violencia, y el sacrificio ciego de los hombres son medios que se probaron durante siglos. Esa prueba fue amarga. Sólo queda por intentar la vía normal y simple de una honestidad sin ilusiones, de la prudente lealtad y de la obstinación para, únicamente, fortalecer la dignidad humana. Creemos que el idealismo es ilusorio. Pero nuestra idea, para terminar, es que el día en que algunos hombres decidan poner al servicio del bien la misma obstinación y la misma incansable energía que otros ponen al servicio del mal, las fuerzas del bien podrán triunfar, por un tiempo muy breve quizá, pero al menos por algún tiempo, y esa conquista será entonces inconmensurable.

¿Por qué —se nos dirá— volver sobre esta discusión habiendo tantas cuestiones de orden práctico más urgentes? Nunca hemos vacilado en hablar de esas cuestiones de orden práctico. La prueba está en que cuando hablamos de ellas no complacemos a todo el mundo.

Y, por otra parte, era necesario volver sobre el tema por-

que en realidad no hay cuestión más urgente. Sí, ¿por qué volver sobre esta discusión? Para que el día en que, en un mundo jornetido a la obediencia realista, la humanidad vuelva a la decencia y a las tinieblas, hombres como Guéhenno sepan que no están solos y sepan, también, que la pureza, dígase lo que se diga, no es nunca un desierto.

VI

(Combat, 24 de noviembre de 1944.)

Cuanto más reflexionemos, más nos persuadimos de que una doctrina socialista está tomando cuerpo en amplios sectores de la opinión política. Ya lo dijimos ayer. Pero el tema merece ser precisado, pues, en definitiva, nada de todo esto es original. Críticos mal predispuestos podrían asombrarse de que los hombres de la resistencia, y coa ellos muchos franceses, hicieran tantos esfuerzos para llegar a eso.

Pero, en primer lugar, no es absolutamente necesario que las doctrinas políticas sean nuevas. La política (no decimos la acción) no necesita genios. Los asuntos humanos son complicados en su detalle, pero simples en sus principios.

La justicia social puede muy bien lograrse sin una filosofía ingeniosa. Sólo exige algunas verdades de sentido común y esas cosas simples como la clarividencia, la energía y el desinterés. En estas materias, querer innovar a toda costa es trabajar para el año 2000. Y debemos poner en orden los problemas de nuestra sociedad en seguida, mañana si es posible.

En segundo lugar, las doctrinas no son eficaces por su novedad, sino solamente por la energía que transmiten y por el espíritu de sacrificio de los hombres que las sirven. Es difícil saber si el socialismo teórico representó algo profundo para los socialistas de la Tercera República. Pero hoy, el socialismo es como una quemadura para muchos hombres, porque da forma a la impaciencia y a la fiebre de justicia que los animan.

En fin, quizá en nombre de una concepción pobre del socialismo nos inclinaríamos a creer que llegar a él es poca cosa.

Existe una cierta forma de esta doctrina que detestamos uq^Ê tal vez, que las políticas de tiranía. Es la que se apoya enH optimismo, la que se funda en el amor a la humanidad pajj eximirse de servir a los hombres, en el progreso inevitj^H para esquivar las cuestiones salariales, y en la paz univetH para evitar los sacrificos necesarios. Ese socialismo se basa (H bre todo en el sacrificio de los demás. Jamás comprometi^B quien lo profesaba. En una palabra, ese socialismo tiene nj do de todo, incluso de la revolución.

Lo hemos conocido. Y es verdad que sería bien poca cdH si sólo se trata de volver a él. Pero hay otro socialismo qjj está decidido a pagar. Rechaza por igual la mentira y la debilH dad y no se plantea la cuestión fútil del progreso, sino qui está convencido de que la suerte del hombre está siempre eri las manos del hombre.

No cree en las doctrinas absolutas e infalibles, sino en mejoramiento obstinado, caótico pero incansable de la con<¡ ción humana. Para él, la justicia bien vale una revolución y, ésta le es más difícil que a otros, porque no desprecia al hon bre, es más probable también que no exija sino sacrificios úl les. En cuanto a saber si esa disposición de corazón y de esp ritu puede traducirse en hechos es un punto sobre el cual vo veremos.

Hoy, queremos disipar algunos equívocos. Es evidente qu el socialismo de la Tercera República no respondió a las exi gencias que acabamos de formular. Hoy puede reformarse, 5 lo deseamos. Pero también deseamos que los hombres de 1 resistencia y los franceses que están de acuerdo con ellos con serven intactas estas exigencias fundamentales. Pues si el so cialismo tradicional quiere reformarse, no lo hará solament llamando a esos hombres nuevos que comienzan a tomar con ciencia de esta nueva doctrina. Lo hará acercándose él mismc a esta doctrina y aceptando incorporarse a ella totalmente. N< hay socialismo sin compromiso y sin fidelidad de todo el ser es lo aue sabemos hov. Y esto sí aue es nuevo.

VII

{Combat, 26 de diciembre de 1944.)

El Papa acaba de dirigir al mundo un mensaje en el que, abiertamente, toma posición en favor de la democracia. Nos congratulamos. Pero creemos también que este mensaje lleno de matices exige igualmente un comentario con matices. No estamos seguros de que este comentario exprese la opinión de todos nuestros camaradas de *Combat,* entre los cuales hay cristianos. Pero sí estamos seguros de que refleja los sentimientos de una gran parte de ellos.

Ya que se nos presenta la ocasión, quisiéramos decir que nuestra satisfacción no está desprovista de pesar. Hace años que esperábamos que la más grande autoridad espiritual de estos tiempos tuviera a bien condenar claramente los actos de las dictaduras. Digo claramente, ya que esta condena puede deducirse de algunas encíclicas, a condición de que se las sepa interpretar, pues está formulada en el lenguaje tradicional que lamas fue claro para la gran mayoría de los hombres.

Y era la gran mayoría de los hombres la que esperaba durante todos estos años que se elevara una voz para decir claramente, como hoy, dónde se encontraba el mal. Nuestro secreto deseo era que esa voz se elevara en el momento mismo en que triunfaba el mal y en que las fuerzas del bien estaban amordazadas. Que eso suceda hoy, cuando la dictadura se tambalea en todo el mundo, evidentemente nos alegra. Pero no queríamos solamente alegrarnos, queríamos creer y admirar. Queríamos que el espíritu diera pruebas de su valor antes de que la fuerza viniera a apoyarlo y a darle la razón.

Hubiéramos querido oír, en 1936, ese mensaje que condena a Franco, para que Georges Bernanos no se hubiese visto obligado a hablar y a maldecir. Esta voz que acaba de dictar al mundo católico el partido que debe tomar era la única que pudo haber hablado en medio de las torturas y los lamentos, la única que pudo haber negado, tranquilamente y sin temor, la fuerza ciega de los tanques.

Digámoslo claramente: hubiéramos deseado que el Papa*^H mará partido en el transcurso de esos años vergonzosos, y jH nunciara lo que había que denunciar. Es duro pensar quejH Iglesia dejó esa tarea a otros más oscuros que no tenían su ^*m* toridad y de los cuales algunos carecían de la esperanza invsH cible con la que ella vive. Pues la Iglesia no tenía entonces gH qué ocuparse de perdurar y de preservarse. Incluso entre cadenas no hubiera dejado de existir. Por el contrario, hubiera *em* contrado en ellas una fuerza que hoy estamos tentados de rfl reconocerle.

Pero, al menos, ahí está el mensaje. Y ahora los católicos que dieron lo mejor de sí mismos en la lucha común sabqí que tenían razón y que estaban del lado del bien. Las virtudei de la democracia son reconocidas por el Papa. Pero, aquí intervienen los matices'pues esta democracia se entiende en senl tido amplio y el Papa dice que puede abarcar tanto la repúbla ca como la monarquía. Esta democracia desconfía de la rnaáB que Pío XII distingue sutilmente del pueblo. Esta democracia admite también las desigualdades sociales, aunque atemperar* dolas con el espíritu de fraternidad.

La democracia, tal como aparece definida en ese texto, ciel ne paradójicamente un matiz radical-socialista que no deja de sorprendernos. Por lo demás, la palabra clave ha sido pronunl ciada al expresar el Papa su deseo de un régimen moderado. I

Comprendemos, desde luego, ese deseo. Hay una modenj ción del espíritu que debe ayudar a la inteligencia de las cosal sociales, y aun a la felicidad del hombre. Pero tantos matices y tantas precauciones abren también el camino a la moderados más aborrecible: la moderación del corazón, que es, justamenl te, la que admite las desigualdades y la que tolera la prolonga^ ción de la injusticia. Esos consejos de moderación son de doí ble filo. Hoy se corre el riesgo de que sirvan a los que quieres conservarlo todo y no han comprendido que algo debe camJ biar. Nuestro mundo no necesita almas tibias, sino corazones ardientes que sepan darle a la moderación su justo lugar. NcJ los cristianos de los primeros siglos no eran moderados. Y la Iglesia hoy debería esforzarse en que no se la confundiera cotí las fuerzas conservadoras.

Esto es, al menos, lo que deseábamos decir, porque quisiél

ramos que todo lo que tiene nombre y honra en este mundo esté al servicio de la causa de la libertad y de la justicia. En esta lucha, nunca seremos demasiados. Esta es la única razón je nuestras reservas. ¿Quiénes somos nosotros, en efecto, para permitirnos criticar a la más alta autoridad espiritual del siglo? Sólo simples defensores del espíritu, precisamente, pero sabemos que hay que ser infinitamente exigentes con aquellos cuya misión es representar al espíritu.

VIII

{*Combat,* 11 de enero de 1945.)

El señor Mauriac acaba de publicar un artículo sobre el «desprecio por la caridad» que no me parece justo ni caritativo. Por primera vez ha adoptado, en las cuestiones que nos separan, un tono sobre el cual no quiero insistir y que yo, al menos, no voy a adoptar. Por otra parte, yo no habría respondido si las circunstancias no me hubieran obligado a abandonar esos debates cotidianos en los que los mejores y los peores de nosotros discutimos durante meses, sin que nada de lo que nos importa realmente llegara a aclararse. No habría respondido si no tuviera la impresión de que esta discusión, cuyo tema es nuestra vida misma, comenzaba a tornarse confusa. Y ya que se me alude personalmente, quisiera, antes de terminar, hablar en mi nombre y tratar, por última vez, de aclarar lo que quise decir.

Cada vez que a propósito de la depuración yo hablaba de ¡usticia, el señor Mauriac hablaba de caridad. Y la virtud de la caridad es bastante peculiar como para que pareciera que al reclamar justicia, yo abogaba por el odio. Verdaderamente se diría, según el señor Mauriac, que en estos asuntos cotidianos estamos obligados a escoger entre el amor a Cristo y el odio al hombre. ¡Y bien, no es así! Somos de los que rechazan a la vez los gritos de odio que nos llegan por un lado y los ruegos enternecidos que nos vienen por el otro. Y buscamos entre ambos esa voz justa que nos dé la verdad sin la vergüenza. No necesitamos para ello tener conocimientos de todo, sino sola-

^

mente desear la claridad, con esa pasión de la inteligencisM del corazón sin la cual ni el señor Mauriac ni nosotros harjM mos nada bueno. Esto me permite decir que la caridad no qH ne nada que ver con esto. Tengo la impresión, a este respecto» de que el señor Mauriac lee muy mal los textos que se propel ne contradecir. Bien veo que es un humorista y no un escrito! de razonamiento, pero me gustaría que en estas materias ha-f bláramos sin humor. Pues el señor Mauriac me ha leído mi» mal si cree que ante el mundo que se nos ofrece se me ocunl sonreír. Cuando digo que la caridad que se propone conjB ejemplo a veinte pueblos hambrientos de justicia no es ma| que un consuelo irrisorio, le ruego a mi oponente que creí que lo digo sin sonreír.

Mientras yo respete al señor Mauriac por lo que es, tendía el derecho de rechazar lo que piensa. Y para esto no es ñeca sario sentir ese desprecio por la caridad que, generosamente! me atribuye. Al contrario, las posiciones me parecen claras. El señor Mauriac no quiere aumentar el odio y en eso lo siga gustoso. Pero yo no quiero que se aumente la mentira y en esto espero que me apruebe. En una palabra, espero que diga abiertamente que existe ahora una necesidad de justicia.

En realidad, no creo que lo diga: es una responsabilidad que no va a asumir. El señor Mauriac que escribió que nuesl tra República sabría ser dura, se propone escribir pronto uní palabra que no ha pronunciado aún: la palabra perdón. Sóld quisiera decirle que veo dos caminos mortales para nuestra país (y hay maneras de sobrevivir que no valen más que la muerte). Esos dos caminos son el del odio y el del perdónl Tanto uno como el otro me parecen desastrosos. No tenga ninguna inclinación por el odio. La sola idea de tener enema gos me parece lo más fatigoso del mundo y mis camaradas y yo tuvimos que hacer un gran esfuerzo para soportar tenerlos Pero el perdón no me parece mejor y, en estos momentos tendría carácter de agravio. En todo caso, estoy convencidc de que el perdón no nos pertenece. Si siento horror por la; condenas, es sólo asunto mío. Perdonaré de verdad, con el se ñor Mauriac, cuando los padres de Velin, cuando la mujer dí Leynaud me hayan dicho que puedo hacerlo. Pero no antes jamás antes, para no traicionar, al precio de una efusión del

corazón, lo que siempre he amado y respetado en este mundo, lo que constituye la nobleza del hombre: la fidelidad.

Esto es quizá duro de oír. Quisiera solamente que el señor Mauriac supiera que no es menos duro decirlo. Escribí claramente que Béraud no merecía la muerte, pero confieso que no tengo imaginación para ver los grilletes que, según el señor Mauriac, los condenados por traición llevan en los tobillos. Precisamente, nos hizo falta mucha imaginación durante cuatro años para ver a miles de franceses honorables destinados a todos los suplicios, por unos periodistas a los que ahora se quiere convertir en mártires. Puede que, como hombre, admire al señor Mauriac por saber amar a los traidores: pero como ciudadano, lo deploro porque ese amor engendrará una nación de traidores y de mediocres y una sociedad que ya no deseamos.

Para terminar, el señor Mauriac me echa a Cristo en cara. Solamente quisiera decirle esto, con la gravedad que corresponde: creo tener una idea precisa de la grandeza del cristianismo, pero nos contamos entre los que, en este mundo acosado, tenemos la impresión de que si bien Cristo murió por algunos, no murió por nosotros. Al mismo tiempo, nos negamos a perder la esperanza en el hombre. Sin tener la ambición insensata de salvarlo, queremos al menos servirlo. Si aceptamos prescindir de Dios y de la esperanza, no renunciamos tan fácilmente al hombre. Sobre este punto bien puedo decirle al señor Mauriac que no nos desanimamos y que rechazaremos hasta el último momento una caridad divina que frustraría la justicia de los hombres.

IX

{*Combat*, 27 de junio de 1945.)

El señor Herriot acaba de pronunciar unas palabras desafortunadas. Una palabra desafortunada es una palabra inoportuna. El señor Herriot ha hablado en una oportunidad que ya no era la suya y sobre un tema que se puede considerar intempestivo. Aunque tenga razón, no es el hombre indicado para

tachar de inmoral a la nación y para declarar que esta époJ no puede dar lecciones a la época de preguerra.

Si esta condena es injusta, es porque, en primer lugarjM demasiado general. Es cierto que a los franceses les gusa apostar en contra cuando se trata de sí mismos. Pero, si bid se puede excusar este defecto en hombres que han luchado! sufrido mucho por su país, resulta difícil mostrar la misma in. dulgencia con respecto a una persona cuya experiencia polítia debería hacer más cauta y cuya doctrina debiera hacer má¡ modesta.

No hay nada que se pueda condenar en general y a una ni ción menos todavía. El señor Herriot debería saber que esta época no pretende dar lecciones de moral a la que la ha precaj dido, pero que tiene el derecho, adquirido en medio de ter«J bles convulsiones, de rechazar pura y simplemente la mora que la condujo a la catástrofe.

No son, sin duda, las ideas políticas del señor Herriot y flj sus colegas radicales las que nos han perdido, pero su mora sin obligaciones ni sanciones, la Francia de tenderos, de estará queros y de banquetes legislativos que nos regalaron hizo mal por enervar los ánimos y reflejar las energías que perversions más espectaculares. En todo caso, esa moral no da derecho 1 señor Herriot a condenar a los franceses de 1945.

La verdad es que este pueblo está buscando una moral pero aún no acaba de definirse. Sin embargo, ya ha dado baJ tantes pruebas de su abnegación y de su espíritu de sacrifica como para exigir que unos hombres políticos que fueron rq presentativos no lo juzguen con algunas palabras despectivas] Comprendemos muy bien el despecho que puede sentir el señor Herriot al ver que se rechaza una cierta moral política dí preguerra. Pero debe resignarse a ello. Los franceses estai cansados de las virtudes mediocres; ahora saben cuánto desgarramiento y dolor puede costar un conflicto moral extendido i una nación entera. No es pues de extrañar que se aparten djj sus falsas *élites,* ya que ellas fueron, en primer lugar, las *élitá* de la mediocridad.

Cualesquiera que sean la sabiduría y la experiencia del señoa] Herriot, somos muchos los que creemos que ya no tiene nadíj que enseñarnos. Si aún puede sernos útil es en la medida

que, al considerar lo que él es y lo que fue su partido, y percibir después la prodigiosa aventura que debe correr Francia para renacer, nos digamos que no existe ninguna proporción y que la renovación francesa exige algo más que corazones tibios.

Es posible que en el círculo del señor Herriot se prefieran dos horas de mercado negro a una semana de trabajo. Pero podemos asegurarle que hay millones de franceses que trabajan y callan. Y por ellos se debe juzgar a la nación. Por eso consideramos que decir que Francia necesita más una reforma moral que una reforma política es tan tonto como afirmar lo contrario. Necesita las dos, precisamente para impedir que se juzgue a una nación entera por los escandalosos beneficios de algunos miserables. Siempre hemos hecho hincapié, aquí, en las exigencias de la moral. Pero sería una estafa que estas exigencias sirvieran para escamotear la renovación política e institucional que necesitamos. Hay que dictar buenas leyes si se quieren tener buenos ciudadanos. Nuestra única esperanza reside en que esas buenas leyes nos eviten por algún tiempo el retorno al poder de los profesores de virtud que hicieron cuanto hacía falta para que las palabras diputado y gobierno fueran en Francia, durante largos años, símbolo de escarnio.

X

{*Combat,* 30 de agosto de 1945.)

Se nos disculpará por empezar hoy por una verdad primordial: está ya bien claro que la depuración en Francia no sólo ha fracasado sino que, además, está desacreditada: La palabra depuración ya era bastante desagradable por sí misma. El hecho se ha vuelto odioso. Sólo tenía una posibilidad de no hacerse odioso: que se practicara sin espíritu de venganza y sin ligereza. Hay que pensar que el camino de la simple justicia no es fácil de encontrar entre los clamores del odio, por una parte, y los alegatos del remordimiento, por la otra. El fracaso, de todos modos, es completo.

Porque, además, la política con todas sus cegueras ha intervenido en esto. Demasiada gente clamó por la muerte como si los trabajos forzados, por ejemplo, fueran un castigo sin consecuencias. Pero, demasiada gente, por el contrario, aulló de terror cuando algunos años de prisión castigaban el ejercicio de la delación y del deshonor. En todos los casos, nos sentimos impotentes. Quizá lo más seguro hoy es hacer lo necesario para que injusticias demasiado flagrantes no envenenen más aún un aire que a los franceses ya les cuesta respirar.

Hoy, queremos hablar de una de esas injusticias. El mismo tribunal que condenó a Albertini, reclutador de la L.V.F., a cinco años de trabajos forzados, ha condenado a ocho años de la misma pena al pacifista René Gérin, que tenía a su cargo la crónica literaria de *L'Oeuvre* durante la guerra. Esto no puede admitirse ni por lógica ni en justicia. No aprobamos aquí a René Gérin. El pacifismo integral no nos parece razonable y sabemos además que llega siempre un momento en que es insostenible. No podemos aprobar tampoco que Gérin haya escrito, aunque fuera sobre temas literarios, en *L'Oeuvre*.

Pero hay que respetar, sin embargo, las proporciones y juzgar a los hombres según lo que son. No se castiga con trabajos forzados algunos artículos literarios, aunque se publicaran en los periódicos de la ocupación. Por lo demás, la posición de Gérin nunca varió. Se puede no compartir su punto de vista, pero su pacifismo, al menos, era el resultado de una cierta concepción del hombre que no deja de ser respetable. Una sociedad se enjuicia a sí misma si en el momento en que no es capaz, por falta de definición o de ideas claras, de castigar a los auténticos criminales, envía a presidio a un hombre que, por azar, se encontraba entre esos falsos pacifistas que deseaban el hitlerismo y no la paz. Y una sociedad que quiere y pretende renacer ¿puede carecer de esa preocupación elemental de claridad y de distinción?

Gérin no denunció a nadie ni participó en ninguna de las empresas del enemigo. Si se juzgaba que su colaboración literaria en *L'Oeuvre* merecía una sanción, había que aplicarla, pero adecuada al delito. A ese grado de exageración, una sanción no repara nada. Sólo provoca la sospecha de que semejante sentencia no es la de la nación sino la de una clase. Hu-

milla a un nombre sin beneficio para nadie. Desacredita una política para daño de todos.

Ese proceso, en todos los casos, exige una revisión. Y no sólo para evitar a un hombre unos sufrimientos desproporcionados a sus faltas, sino para que la justicia misma sea preservada y llegue a ser, en un caso al menos, respetable. Aunque René Gérin haya estado en distinto campo que nosotros, nos parece que sobre este punto toda la opinión de la Resistencia debería estar a nuestro lado para salvar, con decisión, todo lo que aún puede salvarse en este terreno.

XI

{*Combat,* 8 de agosto de 1945.)

El mundo es lo que es, es decir, poca cosa. Todos lo sabemos desde ayer, gracias al formidable concierto que la radio, los periódicos y las agencias de noticias acaban de desencadenar con respecto a la bomba atómica. En efecto, nos enteramos, en medio de una multitud de comentarios entusiastas, que cualquier ciudad de mediana importancia puede ser totalmente arrasada por una bomba del tamaño de una pelota de fútbol. Los periódicos norteamericanos, ingleses y franceses se extienden en elegantes disertaciones sobre el porvenir, el pasado, los inventores, el costo, la vocación pacífica y los efectos bélicos, las consecuencias políticas e, incluso, el carácter independiente de la bomba atómica. Lo resumiremos todo en una sola frase: la civilización mecánica acaba de alcanzar su último grado de salvajismo. Será preciso elegir, en un futuro más o menos cercano, entre el suicidio colectivo o la utilización inteligente de las conquistas científicas.

Mientras tanto, es lícito pensar que hay cierta indecencia en celebrar así un descubrimiento que se pone, en primer lugar, al servicio de la más formidable furia destructora de la que el hombre haya dado pruebas desde hace siglos. Nadie, sin duda, a menos que sea un idealista impenitente, se asombrará de que, en un mundo entregado a todos los desgarramientos de la violencia, incapaz de ningún control, indiferente a la justicia

y a la sencilla felicidad de los hombres, la ciencia se consagre al crimen organizado.

Estos descubrimientos deben registrarse y comentarse, según lo que son, y anunciarse al mundo para que el hombre tenga una idea precisa de su destino. Pero rodear estas terribles revelaciones de una literatura pintoresca o humorística es intolerable.

Ya se respiraba con dificultad en un mundo torturado. Y ahora se nos ofrece una nueva angustia, que tiene todas las posibilidades de ser definitiva. Sin duda se está brindando al hombre su última oportunidad. Quizá sea ese el pretexto, para una edición especial, pero debería ser, con mayor razón, el motivo de algunas reflexiones y de mucho silencio.

Además, hay otras razones para acoger con reserva la novela de ciencia ficción que los periódicos nos ofrecen. Cuando se ve al redactor diplomático de la Agencia Reuter anunciar que esta invención vuelve caducos los tratados o prescritas incluso las decisiones de Postdam, y señalar que es indiferente que los rusos estén en Koenigsberg o los turcos en los Dardanelos, no se puede evitar atribuir a ese hermoso concierto intenciones bastante ajenas al desinterés científico.

Entiéndase bien. Si los japoneses capitulan después de la destrucción de Hiroshima y por efectos de la intimidación, nos alegramos. Pero nos negamos a sacar de tan grave noticia otra conclusión que no sea la decisión de abogar más enérgicamente aún en favor de una verdadera sociedad internacional, donde las grandes potencias no tengan derechos superiores a los de las pequeñas y medianas naciones, y donde la guerra, ese azote que se ha vuelto definitivo por el solo efecto de la inteligencia humana, no dependa más de los apetitos o de las doctrinas de tal o cual estado.

Ante las perspectivas aterradoras que se abren a la humanidad, percibimos aún mejor que la paz es la única lucha que vale la pena entablar. No es ya un ruego, sino una orden que debe subir de los pueblos hacia los gobiernos, la orden de elegir definitivamente entre el infierno y la razón.

r-

La carne

I

(Combat, 27 de octubre de 1944.)

Nos fue difícil hablar ayer de René Leynaud. Los que hayan leído en un rincón del periódico la noticia de que un periodista de la Resistencia con ese nombre, había sido fusilado por los alemanes, habrán prestado tan sólo una atención distraída a lo que, para nosotros, era una terrible, una atroz noticia. Y, sin embargo, es necesario que hablemos de él. Es necesario que hablemos para que la memoria de la resistencia se conserve, si no en una nación que corre el riesgo de ser olvidadiza, al menos en algunos corazones atentos a la calidad humana.

Se enroló en la Resistencia desde los primeros meses. Todo lo que constituía su vida moral, el cristianismo y el respeto por la palabra dada, lo había impelido a ocupar silenciosamente su lugar en esa batalla de las sombras. Eligió el nombre de guerra que respondía a lo que había de más profundo en él: para todos sus camaradas de *Combat,* se llamaba *Clair.*

La única pasión personal que conservó, con la del pudor, fue la poesía. Había escrito poemas que sólo dos o tres de nosotros conocíamos. Tenían la cualidad de lo que era él, es de-

cir, la transparencia misma. Pero en la lucha diana renunci^B escribir, dedicándose tan sólo a comprar los más diversos • bros de poesía, que se reservaba para leer después de la gu«a rra. Por lo demás, compartía nuestra convicción de que cierta lenguaje y la obstinación en la rectitud restituirían a **nuestjM** país el aspecto sin igual que esperábamos de él. Desde hacfl meses lo aguardaba su lugar en este periódico y con todo el empenamiento de la amistad y de la ternura, rechazábamos la noticia de su muerte. Hoy ya no es posible.

Ese lenguaje que era necesario mantener no será ya • suyo. La absurda tragedia de la resistencia se encierra en está horrible desgracia. Pues hombres como Leynaud entraron **efl** la lucha convencidos de que nadie podía hablar antes de dar la cara. Desgraciadamente, la guerra sin uniforme no tiene la terrible justicia de la guerra a secas. Las balas del frente alean! zan a cualquiera, al mejor y al peor. Pero durante estos cuatrtj años fueron los mejores los que se significaron y los que cay<¡ ron; fueron los mejores los que ganaron el derecho de hablar perdieron el poder de hacerlo.

En todo caso, aquél que amábamos no hablará ya más. 1 sin embargo Francia tenía necesidad de voces como la suy¡ Su corazón altivo entre todos, largo tiempo silencioso entre s\ fe y su honor, habría sabido decir las palabras necesarias. Per ahora, ha callado para siempre. Y otros, que son indignos, ha blan de ese honor que él había hecho suyo, como otros, qu no están seguros, hablan en nombre del Dios que él había el« gido.

Hoy es fácil criticar a los hombres de la Resistencia, señala sus debilidades y acusarlos. Pero, quizá, es debido a que lo mejores de ellos han muerto. Lo decimos porque lo creemo firmemente: si nosotros estamos todavía aquí es porque no hi cimos lo suficiente. Leynaud hizo lo suficiente. Y hoy, devuel to a esta tierra para nosotros sin porvenir y para él pasajera alejado de esa pasión a la que había sacrificado todo, espera mos al menos que su consuelo sea no oír las palabras de amar gura y de denigración que resuenan alrededor de esta pobo aventura humana en la que estamos involucrados.

Que nadie tema, no nos serviremos de él, que jamás se sir vio de nadie. Salió desconocido de esta lucha en la que habí

ef)trado desconocido. Conservaremos para él lo que él hubiera preferido: el silencio de nuestro corazón, el recuerdo atento y la horrible tristeza de lo irreparable. Pero él, a su vez, nos perdonará que dejemos volver a la amargura, nosotros que siempre hemos intentado alejarla, y que nos pongamos a pensar que, tal vez, la muerte de un hombre como él es un precio demasiado caro para que otros hombres tengan derecho a olvidar en sus actos y en sus escritos lo que valieron durante cuatro años el coraje y el sacrificio de algunos franceses.

II

(Combat, 22 de diciembre de 1944.)

Francia ha vivido muchas tragedias que hoy alcanzan su desenlace. Y vivirá todavía muchas otras que no han comenzado aún. Pero hay una que, desde hace cinco años, los hombres y las mujeres de este país no han dejado de sufrir: la separación.

La patria lejana, los amores rotos, esos diálogos de sombras que mantienen dos seres por encima de las llanuras y las montañas de Europa, o esos monólogos estériles que cada uno prosigue a la espera del otro, son los signos miserables de la época. Franceses y francesas esperan desde hace cinco años. Hace cinco años que en sus corazones desarraigados luchan desesperadamente contra el tiempo, contra la idea de que el ausente envejece y de que todos estos años se han perdido para el amor y la felicidad.

Sí, este tiempo es el tiempo de la separación. En esta época torturada, no nos atrevemos ya a pronunciar la palabra felicidad. Y sin embargo, millones de seres, hoy, se buscan, y estos años son para ellos un plazo que no termina nunca y al cabo del cual esperan que su felicidad sea nuevamente posible.

¿Quién podría, entonces, censurarlos? ¿Y quién podría decir que están equivocados? ¿Qué sería la justicia sin la posibilidad de la dicha, de qué serviría la libertad en la miseria? Nosotros lo sabemos bien, nosotros los franceses que entramos en esta guerra no por afán de conquista, sino para defender precisamente cierta idea de la felicidad. Sencillamente, esa feli-

cidad era tan indómita y tan pura que nos pareció que valía fe pena atravesar primero los años de la desdicha. Conservemos entonces el recuerdo de esa felicidad y de los que la han perdj. do. Esto quitará aridez a nuestra lucha y, sobre todo, le ofl gara toda su crueldad a la desdicha de Francia y a la tragedia de sus hijos separados.

No es éste el lugar ni el momento de escribir que la sepfl ción me parece a menudo la norma y que reunirse no es sirte la excepción, que la felicidad es un azar que se prolonga.™ que se espera de todos nosotros son palabras de esperanza.jM verdad que a nuestra generación sólo se le exigió una ofl ponerse a la altura de la desesperación. Pero esto nos prepara mejor, quizá, para hablar de la mayor de las esperanzas, la <*M* se va a buscar a través de la miseria del mundo y que se pa9 ce a una victoria. Es la única que nos parece respetable. Sók existe una cosa que no podamos vencer, porque pone fin;| todo: la separación eterna. Pero, por lo demás, no hay nads que el coraje y el amor no puedan conseguir plenamente, fl coraje de cinco años, un amor de cinco años, es la prueba *m* humana que franceses y francesas se vieron obligados a sopo* tar y que mide la dimensión de su infortunio.

Todo esto es lo que se ha querido conmemorar en la SerjB na del Ausente. Una semana no es gran cosa. Es más fácil *m* ingenioso en la desdicha que en la felicidad y cuando que» mos aliviar desgracias, no tenemos tantos recursos y dama dinero. Espero solamente que demos mucho. Ya que no tenj mos ningún poder contra el dolor, hagamos algo para soluqB nar la miseria. El dolor será así más libre y todos esos se» frustrados tendrán tiempo para sus sufrimientos. Será un lid del que están privados desde hace mucho.

Pero que nadie se crea libre de deudas y que el dinero en fregado no tranquilice las conciencias: hay deudas que no si saldan. A los que están allá, a esa inmensa multitud misterios y fraternal, le damos el rostro de los que conocíamos y noi fueron arrancados. Pero sabemos bien que no los hemos ama do bastante, que no hemos aprovechado lo suficiente el tiera po en que nos necesitaban. Nadie los ha amado bastante, i siquiera su patria puesto que están todavía donde están. Qu al menos esta semana, «nuestra» semana, no nos haga olvid^

«sus» años. Que nos enseñe a no amarlos con un amor mediocre, que nos dé memoria e imaginación, lo único que puede hacernos dignos de ellos. Sobre todo, que nos sirva para olvidar nuestras vanas palabras y para preparar el silencio que les ofreceremos ese día difícil y maravilloso en que estén frente a nosotros.

III

{*Combat,* 2 de enero de 1945.)

Hemos leído con el respeto y la aprobación que merece la carta de un combatiente, publicada ayer por *Le Populaire.* Su severidad es legítima, sus condenas, fundadas en su mayoría. En cuanto al desconcierto y a la amargura que esa carta expresa, los hemos subrayado suficientemente, y hemos solicitado con suficiente insistencia que se someta a toda la nación a la regla de la guerra, como para volver sobre ello.

Dicho esto, no podemos aprobar en la carta de nuestro camarada su condena a la juventud de retaguardia: «Juventud enclenque, títere y ridicula que se burla estrepitosamente de todo lo que la sobrepasa: Victor Hugo o el coraje.» No se trata de la posibilidad de contradecir este punto de vista. Ya que, en efecto, no ha sido razonado, y sólo expresa un estado de ánimo que, por lo demás, una parte de nosotros mismos comprende y aprueba. Pero es necesario, tal vez, pensar en los jóvenes franceses que al leer esta carta caerían en la tentación de dudar de sí mismos, creyendo que eso es lo que se puede pensar de ellos y acongojándose por haber dado a sus mayores una imagen tan irrisoria y a tal punto desesperante.

Porque esa condena es infundada. La excesiva generalización es su defecto. Está dictada por la legítima impaciencia de los que han sufrido. Hay en toda amargura un juicio sobre el mundo. La decepción lleva a generalizar y se habla de toda una juventud cuando sólo se ha contemplado a algunos desdichados. No queremos defender a esos desdichados, pero creemos posible testimoniar en favor de esa juventud que los hombres de la colaboración insultaron durante años y que se-

ría injusto condenar en el mismo momento en que necesita- ¿nos de ella.

La tarea de la juventud francesa no fue fácil. Parte de ella **combatió,** y sabemos bien que el día de la insurrección había detrás de las barricadas tantos rostros de jóvenes como de **adultos.** Otros no encontraron ocasión de luchar o no tuvieron esa presencia de ánimo. Hoy todos están a la expectativa. Dos generaciones legaron a esta juventud la desconfianza hacia las ideas y el pudor de las palabras. Y aquí está ahora ante[1]] inmensas tareas para las cuales no se la ha provisto de ninguna herramienta. No tiene nada que hacer y todo en este mundo la sobrepasa. ¿Quién podría decir que es culpable? He visto hace poco muchos de esos rostros jóvenes reunidos en una misma sala. Sólo leí en ellos seriedad y atención. Precisamente, esta juventud está atenta. Lo que quiere decir también que espera y que nadie ha respondido aún a esa llamada. No es esa juventud, sino nosotros, el país entero y el gobierno con él, los responsables de su aislamiento y de su pasividad.

No se la ayudará con palabras despectivas. Se la ayudará con una mano fraternal y un lenguaje viril. Este país, que ha sufrido durante tanto tiempo de senilidad, no puede prescindir de su juventud. Pero esta jueventud necesita que se le otorgue confianza y que se la conduzca con espíritu de grandeza y no en un clima de angustia o de hastío. Francia ha conocido momentos de coraje desesperado. Fue, quizá, ese coraje sin porvenir y sin dulzura, el que, finalmente, la salvó. Pero esa violencia de un alma apartada de todo no puede servir indefinidamente. Los franceses nb necesitan, ciertamente, ilusiones. Ya están demasiado dispuestos a alimentarlas. Pero Francia no puede vivir sólo de desconfianza y de rechazo. Su juventud, en todo caso, necesita que se la provea de afirmaciones para poder afirmarse ella misma.

f Siempre es difícil unir realmente a los que combaten y a los que esperan. La comunidad de la esperanza no es suficiente, q es preciso la de las experiencias. Pero aunque nunca será posible unir en un mismo espíritu a hombres cuyos sufrimientos son distintos, no hagamos nada al menos que pueda enfrentarlos. En el caso que nos ocupa, no agreguemos a las angustias de los jóvenes franceses una condena que los subleve si la

sienten injusta y los coloque en situación de inferioridad si piensan que es plausible. Tenemos buenas razones para dejarnos llevar, a veces, por la amargura. Pero, dentro de lo posible, debemos guardar esa amargura para nosotros.

No, realmente, esta juventud no se burla de lo que la sobrepasa. La que hemos conocido, al menos, sólo se ha reído de las grandes palabras rimbombantes y tenía razón. Pero la hemos visto siempre silenciosa en medio de la lucha o ante el espectáculo del valor. Es el signo de su calidad y la certidumbre de un alma difícil que sólo pide ser útil, y que no es todavía responsable de la soledad en que se la deja.

3 E

(*Combat,* 17 de mayo de 1945.)

«Nuestro alimento es un litro de sopa a mediodía y café con trescientos gramos de pan por la noche... Estamos llenos de piojos y pulgas... Todos los días mueren judíos. Una vez muertos, se les apila en un rincón del campo de concentración y se espera a que haya bastantes para enterrarlos... Entonces, durante horas y días, y con la ayuda del sol, un olor infecto se esparce por el campo judío y por el nuestro.»

Ese campo inundado por el horrendo olor de la muerte, es el de Dachau. Lo sabíamos desde hacía tiempo y el mundo comienza a cansarse de tantas atrocidades. Los delicados lo encuentran monótono y nos reprocharán que hablemos todavía de ello. Pero Francia se descubrirá, tal vez, una nueva sensibilidad cuando sepa que ese es el grito de unos de los miles de deportados políticos de Dachau ocho días después de su liberación por las tropas norteamericanas. Pues a esos hombres se les ha retirado en su campo a la espera de una repatriación que no ven llegar. En los mismos lugares donde creyeron alcanzar su mayor infortunio, conocen hoy un sufrimiento aún mayor, porque concierne ahora a su confianza.

Los fragmentos que hemos citado están extraídos de una carta de cuatro páginas dirigida por un internado a su familia,

las referencias están a disposición de todos. Muchas informaciones nos hacían pensar, en efecto, que tales cosas estaban ocurriendo con nuestros camaradas deportados. Pero guardábamos silencio a la espera de informaciones más seguras. Hoy ya nos es imposible. El primer mensaje que nos llega de allá es decisivo y tenemos que gritar nuestra indignación y nuestra cólera. Hay allí una ignominia que debe cesar.

Cuando los campos alemanes rebosan de víveres y provisiones, cuando los generales hitlerianos comen a sus anchas, es una vergüenza, efectivamente, que los internados políticos pasen hambre. Cuando los «deportados de honor» son repatriados inmediatamente y en avión, es vergonzoso que nuestros camaradas sigan viendo todavía los mismos horizontes desesperantes que contemplaron durante años. Esos hombres no piden gran cosa. No quieren un trato de favor. No reclaman medallas ni discursos. Sólo quieren volver a sus casas. Ya están hartos. Aceptaron sufrir por la Liberación, pero no pueden comprender que haya que sufrir la Liberación. Sí, están hartos porque se les ha arruinado todo, hasta esta victoria que es también —hasta un punto que este mundo indiferente- a las cosas del espíritu no puede saber— su victoria.

Es preciso que se sepa que un solo cabello de estos hombres es más valioso para Francia y para el universo entero que una veintena de esos políticos cuyas sonrisas son registradas por nubes de fotógrafos. Ellos, y sólo ellos, fueron los guardianes del honor y los testigos del coraje. Por eso es necesario que se sepa que si ya nos es insoportable saberlos en medio del hambre y la enfermedad, no soportaremos que se les arrebate la esperanza.

En esa carta en que cada línea es motivo de furor y de rebelión para el lector, nuestro camarada cuenta lo que fue el día de la victoria en Dachau: «Ni un grito, ni una manifestación; este día no nos anuncia nada.» ¿Se comprende lo que esto quiere decir, cuando se trata de hombres que, en lugar de esperar que la victoria les llegara del otro lado del mar, sacrificaron todo para apresurar ese día de sus más entrañables esperanzas? ¡Aquí está ese día! Y los encuentra, sin embargo, en medio de cadáveres y de pestilencias, contenidos sus ímpetus por las alambradas, desconcertados ante un mundo que, en

sus más negros pensamientos, no habían podido imaginar hasta tal punto estúpido e inconsciente.

Nos detendremos aquí, pero si este clamor no es escuchado, si los organismos aliados no anuncian medidas inmediatas, repetiremos esta llamada y emplearemos todos los medios a nuestro alcance para gritarla por encima de todas las fronteras y hacer saber al mundo cuál es la suerte que las democracias victoriosas reservan a los testigos que ofrecieron su vida, para que los principios que ellas defienden tengan al menos una apariencia de verdad.

V

{*Combat,* 19 de mayo de 1945.)

Anteayer protestamos a causa de la suerte reservada a los deportados que están aún en los campos de concentración de Alemania. Ayer, nuestros camaradas de *France-Soir* intentaron dar a nuestra protesta una interpretación política que rechazamos categóricamente. Semejante tentativa no sólo es pueril, sino además de mal tono ante un problema tan grave. Aquí no queremos defender a nadie, y nuestro único propósito es salvar las vidas francesas más valiosas. Ni la política, ni las susceptibilidades nacionales tienen nada que hacer en medio de esta angustia.

En todo caso, no es el momento de iniciar procesos, pues el proceso sería general. Es el momento de actuar con rapidez y de sacudir brutalmente las imaginaciones perezosas y los corazones indiferentes que nos cuestan hoy tan caro. Hay que actuar y actuar rápidamente, y si nuestra voz puede provocar el alboroto necesario, la emplearemos, sin perdonar a nadie.

Los norteamericanos nos prometen hoy repatriar en avión a cinco mil deportados por día. Esta promesa llega después de nuestra llamada y tomamos nota con alegría y satisfacción. Pero aún queda el problema de los campos en cuarentena. El tifus está diezmando los campos de Dachau y de Allach. Al 6 de mayo se contaban 120 muertes por día. Los médicos deportados que están allí piden que la cuarentena se haga, pero

no en el mismo campo que está superpoblado y donde cada pulgada de terreno está infectada, sino en el campo de los S.S. que se encuentra a pocos kilómetros y es limpio y confortable. Esto no se ha obtenido aún y debe obtenerse.

Cuando todo esté resuelto, habrá que determinar las responsabilidades, y se hará. Pero hay que despertar a los que duermen, a todos los que duermen, sin excepción. Es preciso decirles, por ejemplo, que es inadmisible que nuestros camaradas deportados no tengan correspondencia regular con sus familias y que la patria les parezca hoy tan lejana como en los días de su mayor desdicha. Hay que decirles también que no son conservas lo que se les debe dar a esos organismos arruinados, sino una alimentación controlada por médicos que exige todo un equipo y que ahorrará algunas de esas vidas irreemplazables.

Continuaremos protestando, de todos modos, hasta que recibamos una completa satisfacción. Si nuestro artículo anterior ha provocado alguna emoción, tanto mejor. Pero sin duda, hubiera sido preferible que la emoción naciera, sin necesidad de un artículo. Los espectáculos de Dachau deberían haber sido suficientes. Pero no es tiempo de lamentaciones, sino de acción.

Para hablar con claridad, nada reprochamos en especial a los norteamericanos. Se sabe, por otra parte, que desde aquí hacemos todo lo posible en favor de la amistad norteamericana. Pero lanzamos una acusación general ante la cual los responsables deben reconocerse, retractarse públicamente y hacer lo necesario para reparar sus olvidos y sus errores. Los hombres y las naciones no siempre ven dónde están su interés y su verdadera riqueza.

Los gobiernos, no importa cuáles, de las democracias están demostrando, en este caso particular, que ignoran dónde están sus verdaderas *élites.* Están en esos campos infectos donde algunos sobrevivientes de un grupo heroico luchan todavía contra la indiferencia y la ligereza de los suyos.

Francia, en particular, perdió a sus mejores hijos en la lucha voluntaria de la Resistencia. Es una pérdida que Francia mide día a día en su verdadera extensión. Cada uno de los hombres que muere hoy en Dachau aumenta aún más su debilidad y su

desdicha. Lo sabemos demasiado bien como para no ser terriblemente avaros de esos hombres y para no defenderlos con todas nuestras fuerzas, sin consideraciones para nadie ni nada, hasta que sean liberados por segunda vez.

EL PESIMISMO Y EL VALOR

(Combat, setiembre de 1945.)

Desde hace ya algún tiempo, se ven aparecer artículos que se refieren a obras presuntamente pesimistas, artículos que pretenden demostrar, en consecuencia, que esas obras conducen directamente a la más cobarde servidumbre. El razonamiento es elemental. Una filosofía pesimista es, en esencia, una filosofía desalentada y quienes no creen que el mundo es bueno están destinados a aceptar servir a la tiranía. El más eficaz de esos artículos, por ser el mejor, es el del señor Georges Adam en *Les Lettres françaises.* El señor George Rabeau, en uno de los últimos números de *L'Aube,* vuelve a formular esa acusación bajo el título inaceptable de: «¿El nazismo no ha muerto?».

Sólo veo una manera de responder a esta campaña: hacerlo abiertamente. Aunque el problema me sobrepase, aunque aluda a Malraux, Sartre y algunos otros más importantes que yo, me parecía hipócrita no hablar en mi nombre. No insistiré, sin embargo, sobre el fondo de la discusión. La idea de que un pensamiento pesimista es forzosamente un pensamiento desa-

/

nimado es una idea pueril, pero que necesita una muy larga refutación. Sólo hablaré del método de pensamiento que inspiró esos artículos.

Digamos ante todo que es un método que no quiere tener en cuenta los hechos. Los escritores aludidos en esos artículos probaron, en su momento, y como pudieron, que a falta & optimismo filosófico, el deber del hombre al menos, no les era ajeno. Un espíritu objetivo aceptaría, pues, decir que una filo, sofía negativa no es incompatible, en los hechos, con una moral de la libertad y del valor. Sólo vería en ella la ocasiónjH aprender algo sobre el corazón de los hombres.

Ese espíritu objetivo tendría razón. Pues esta conciencia, en algunos espíritus, de una filosofía de la negación y de una moral positiva representa, de hecho, el gran problema que sacude dolorosamente toda esta época. Brevemente, es un problema de civilización y se trata para nosotros de saber si el hombre, sin el auxilio de lo eterno o del pensamiento racionalista, puede crear por sí solo sus propios valores. Esta empresa nos sobrepasa a todos infinitamente. Lo digo porque así lo creo; Francia y Europa deben hoy crear una nueva civilizacióiM perecer.

Pero las civilizaciones no se forjan a reglazos en los dedos, sino con la confrontación de las ideas, con la sangre del espíritu y con el dolor y el coraje. No es posible que unos temá¡ que son los de Europa desde hace cien años sean juzgados en un santiamén en *L'Aube,* por un editorialista que, con toqj tranquilidad, atribuye a Nietzsche la inclinación a la lujuria y a Heidegger la idea de que la existencia es inútil. No me agraqj mucho la demasiado célebre filosofía existenciali'sta, y, para decirlo de una vez, creo que sus conclusiones son falsas. Pera representa, al menos, una gran aventura del pensamiento y difícilmente se soporta verla sometida, como lo hace el seño! Rabeau, al juicio del más estrecho de los conformismos.

En realidad esos temas y esas empresas no se valoran en estos momentos de acuerdo con las reglas de la objetividad. Nj se juzgan según los hechos, sino según una doctrina. Nuestro! camaradas comunistas y nuestros camaradas cristianos nos hablan desde la altura de unas doctrinas que respetamos. No soa las nuestras, pero jamás se nos ocurrió hablar de ellas con el

tono con que se dirigen a nosotros *y* con la seguridad con que lo hacen. Permítasenos, pues, proseguir modestamente esta experiencia y nuestro pensamiento. El señor Rabeau nos reprocha tener audiencia. Creo que es mucho decir. Pero lo cierto es que el malestar que nos embarga es el de toda una época de la que no queremos separarnos. Queremos pensar y vivir en nuestra historia. Creemos que la verdad de este siglo sólo puede alcanzarse yendo hasta el final de su propio drama. Si la época sufre de nihilismo, no es ignorándolo como obtendremos la moral que necesitamos. No, no todo se resume en la negation o el absurdo, lo sabemos. Pero es preciso plantear en primer lugar la negación y el absurdo porque son lo que nuestra generación ha encontrado y con lo que nos tenemos que arreglar.

Los hombres acusados por esos artículos intentan lealmente por el doble juego de su obra y de su vida resolver este problema. ¿Es tan difícil comprender que no se puede solucionar en algunas líneas una cuestión que otros no están seguros de resolver consagrándose a ella por entero? ¿No se/les puede acordar la paciencia que se le concede a toda persona de buena fe? ¿No se les puede hablar, en fin, más modestamente?

Detengo aquí esta protesta, que espero haya sido mesurada. Pero quisiera que se la sienta indignada. La crítica objetiva es para mí lo mejor y admito sin esfuerzo que se diga que una obra es mala o que una filosofía no es buena para el destino del hombre. Es justo que los escritores respondan de sus escritos. Eso los obliga a reflexionar y todos tenemos una terrible necesidad de reflexionar. Pero deducir de esos principios juicios sobre la disposición para la servidumbre de tal o cual persona, sobre todo cuando se tiene la prueba de lo contrario, concluir que tal o cual pensamiento debe forzosamente conducir al nazismo es dar del hombre una imagen que prefiero no calificar y es suministrar pruebas muy mediocres de los beneficios morales de la filosofía optimista.

DEFENSA DE LA INTELIGENCIA

(Alocución pronunciada durante la reunión organizada por *L'Amitié française* en el salón de la *Mutualité* el 15 de marzo de 1945.)

Si la amistad francesa, de la que aquí se trata, sólo debiera ser una simple efusión sentimental entre personas simpáticas yo no daría mucho por ella. Sería lo más fácil, pero seria también lo menos útil. Y supongo que los hombres que tomaron esta iniciativa han querido otra cosa: una amistad más difícil que fuera constructiva. Para que no nos dejemos tentar por lo fácil y nos contentemos con felicitaciones recíprocas, quisiera simplemente en los diez minutos que se me conceden, mostrar las dificultades de la empresa. Desde este punto de vista **no** podría hacerlo mejor que hablando de lo que se opone siempre a la amistad: la mentira y el odio.

En efecto, no haremos nada por la amistad francesa si **ni** nos liberamos de la mentira y del odio. La verdad es que, en cierto sentido, aún no nos hemos liberado. Es algo que **nos** vienen enseñando desde hace demasiado tiempo. Y, quizá, la última y más duradera victoria del hitlerismo sean esas huellas vergonzosas que han quedado en el corazón de aquellos que 1⊲Í combatieron con todas sus fuerzas. ¿Cómo podría ser de otra manera? Desde hace años el mundo se entrega a un desencai denamiento de odio como jamás tuvo igual. Durante cuatraj años, entre nosotros mismos, hemos asistido al ejercicio razo| nado de ese odio. Hombres como ustedes y como yo, que **pal** la mañana acariciaban a los chiquillos en el metro, se transfoq maban por la tarde en verdugos meticulosos. Se convertían en funcionarios del odio y de la tortura. Durante cuatro años, e9¿ tos funcionarios llevaron adelante su administración: Allí se fabricaban pueblos de huérfanos y se disparaba contra **loi** hombres en plena cara para que no se los pudiera reconocer, allí se metían a taconazos los cadáveres de los niños en ataü^ des demasiado pequeños y se torturaba al hermano delante de la hermana; allí se formaban cobardes y se destruían las almas más altivas. Parece que, en el extranjero, no creen estos sucesos. Y, sin embargo, durante cuatro años, nuestra carne w

nuestra angustia los tuvieron que creer. Durante cuatro años, todas las mañanas, cada francés recibía su ración de odio y su bofetada en el momento de abrir el periódico. Forzosamente, algo de todo eso tuvo que quedar.

Nos ha quedado el odio. Nos ha quedado ese impulso que, el otro día, en Dijon, lanzaba a un niño de catorce años contra un colaboracionista linchado para reventarle la cara. Nos ha quedado este furor que nos quema el alma al recordar ciertas imágenes y ciertos rostros. Al odio de los verdugos ha respondido el odio de las víctimas. Y una vez que partieron los verdugos, los franceses se han quedado con parte de su odio, y sin poderlo emplear. Todavía se miran entre ellos con un resto de cólera. Pues bien, en primer lugar debemos vencer todo esto. Hay que curar esos corazones envenenados. Y mañana lograremos sobre el enemigo la victoria más difícil, al entablar la lucha en nosotros mismos con ese esfuerzo superior que transforme nuestra sed de odio en deseo de justicia. No ceder al odio, no hacer ninguna concesión a la violencia, no consentir que nuestras pasiones nos cieguen, esto es lo que todavía podemos hacer por la amistad y contra el hitlerismo. Aún hoy, algunos periódicos se entregan a la violencia y al insulto. De ese modo, estamos cediendo ante el enemigo. Por el contrario, se trata para nosotros de no permitir jamás que la crítica se mezcle con el insulto, se trata de admitir que nuestro oponente puede tener razón y que, en todo caso sus razones, aunque sean malas, pueden ser desinteresadas. Se trata, en fin, de rehacer nuestra mentalidad política.

¿Qué significa todo esto? Si reflexionamos sobre ello, significa que debemos preservar la inteligencia. Porque estoy convencido de que allí está el problema. Hace algunos años, cuando los nazis acababan de tomar el poder, Goering daba una idea precisa de su filosofía al declarar: «Cuando se me habla de inteligencia, saco el revólver.» Y esa filosofía invadía Alemania. Al mismo tiempo y en toda la Europa civilizada, se denunciaban los excesos de la inteligencia y los defectos de los intelectuales. Los intelectuales mismos, por una interesante reacción, no eran los últimos en dirigir ese proceso. Por todos lados triunfaban las filosofías del instinto y, con ellas, ese romanticismo de mala calidad que prefiere sentir a comprender

como si ambas cosas pudieran separarse. Desde entonces, se sigue acusando a la inteligencia. Vino la guerra, después la derrota. Vichy nos enseñó que la inteligencia era la gran responsable. Los campesinos habían leído demasiado a Proust. Y todo el mundo sabe que *Paris-Soif,* Fernandel y los banquetes de los círculos de amigos eran signos de inteligencia. Parece que la mediocridad de las *élites,* causa de la muerte de Francia, tenía su origen en los libros.

Aun ahora se maltrata a la inteligencia. Eso sólo prueba que el enemigo no ha sido aún vencido. Basta con que haga-' mos el esfuerzo de comprender sin ideas preconcebidas, basta con que hablemos de objetividad para que se nos acuse sutiles, y se enjuicien todas nuestras pretensiones. ¡Pues bien, no! Esto es lo que hay que reformar. Conozco como todo el mundo los! excesos de la inteligencia y sé como todo el mundo que el intelectual es un animal peligroso que traiciona con facilidad, Pero no es ésa la inteligencia sana. Nosotros hablamos de la inteligencia que se apoya en el valor, de la que durante cuatro años pagó el precio que había que pagar para tener el derecha de ser respetada. Cuando esta inteligencia se apaga, llega la! noche de las dictaduras. Por ello debemos mantenerla con todos sus deberes y todos sus derechos. A ese precio, sólo a ese precio, la amistad francesa tendrá sentido. Porque la amistacf es la ciencia de los hombres libres. Y no hay libertad sin inte-| ligencia y sin comprensión recíprocas.

Para terminar, me dirigiré a ustedes, estudiantes. No soy de los que predican la virtud; demasiados franceses la confundenj con la debilidad. Si tuviera algún derecho, les predicaría más bien la pasión. Pero quisiera que sobre uno o dos puntos, loa que van a constituir la inteligencia francesa del mañana, estén j al menos, resueltos a no ceder jamás. Quisiera que no cedie-j sen cuando se les diga que la inteligencia está siempre de másd cuando se les pretenda probar que es lícito mentir para triun-a far más fácilmente. Quisiera que no cediesen ante la astuciaj ni ante la violencia, ni ante la abulia. Entonces, quizá sea po-J sible una amistad francesa porque será algo más que vana pa4 labrería. Entonces, quizá en una nación libre y apafiio""^0 pora la verdad, el hombre vuelva a sentir ese amor por el hombrq """ fl nial f 1 min"^" "rtlr* Qen'a"unà Iflfnensajojedad.

DEMOCRACIA y MODESTIA

(*Combat,* febrero de 1947.)

Comienza un nuevo período. Se repetirán los arreglos; los regateos, y los líos. Se abordarán los mismos problemas que nos abruman desde hace dos años para llevarlos a los mismos callejones sin salida. Y cada vez que una voz libre intente decir, sin pretensiones, lo que piensa sobre ellos, un ejército de perros guardianes, de todo pelo y color, ladrará furiosamente para ahogar su eco.

Nada de todo esto es divertido, por supuesto. Felizmente, cuando conservamos esperanzas razonables, nos sentimos más fuertes. Los franceses que vivieron plenamente los diez últimos años aprendieron al menos a no temer por ellos mismos, sino solamente por los demás. Ya han pasado lo peor. De ahora en adelante, estarán tranquilos y firmes. Repitamos, pues, tranquila y firmemente, con esa inalterable ingenuidad que se tiene a bien reconocernos, los principios elementales que nos parecen los únicos apropiados para hacer aceptable la vida política.

No hay, quizá, ningún régimen político bueno, pero la de-

mocracia es, con toda seguridad, el menos malo. La democracia no puede separarse de la noción de partido, pero la noción[1] de partido puede muy bien existir sin la democracia. Esto ocurre cuando un partido o un grupo de hombres cree poseer la verdad absoluta. Por eso, el Parlamento y los diputados necesitan hoy una cura de modestia.

El mundo de hoy evidencia todas las razones para esa modestia. ¿Cómo olvidar que ni el Parlamento ni ningún gobierno tienen los medios para resolver los problemas que nos acosan? La prueba está en que ninguno de esos problemas fue abordado por los diputados sin que se pusiera en evidencia la discordia internacional. ¿Nos falta carbón? Es porque los ingleses nos niegan el del Ruhr y los rusos el del Sarre. ¿Falta pan? El señor Blum y el señor Thorez se echan en cara las toneladas y los quintales de trigo que Moscú y Washington deberían habernos enviado. Imposible encontrar una prueba mejor de que el Parlamento y el gobierno sólo pueden desempeñar por el momento un papel puramente administrativo y que Francia, en fin, es un país dependiente.

Lo único que se puede hacer es reconocerlo, extraer de ello las consecuencias que convienen y tratar, por ejemplo, de definir en común el orden internacional sin el cual ningún problema interno se arreglará jamás en ningún país. Dicho del otro modo, sería necesario que nos olvidáramos un poco de nosotros mismos. Esto daría a los diputados y a los partidos un poco de esa modestia que caracteriza a las buenas y verdaderas democracias.

Demócrata, en definitiva, es aquel que admite que el adversario puede tener razón, que le permite, por consiguiente, expresarse y acepta reflexionar sobre sus argumentos. Cuando los partidos o los hombres están demasiado persuadidos de sus razones como para cerrar la boca de sus oponentes por la violencia, la democracia deja de existir. La modestia es saludable para las repúblicas en todas las ocasiones. Hoy Francia no tiene ya los medios para ser poderosa. Que otros se encarguen de decir si esto es bueno o malo. Pero es una oportunidad. A la espera de recuperar ese poderío o de renunciar a él, le queda aún a nuestro país la posibilidad de ser un ejemplo. Pero sólo podrá serlo a los ojos del mundo si proclama las verdades

que puede descubrir en el interior de sus fronteras, es decir, se afirma, por el ejercicio de su gobierno, que la democracia interna será aproximativa mientras no se realice un orden democrático internacional y si plantea en principio, finalmente, que ese orden, para ser democrático, debe renunciar a los desgarramientos de la violencia.

Son éstas —ya se habrá comprendido— consideraciones voluntariamente anticuadas.

EL CONTAGIO

{*Combat*, 10 de mayo de 1947.)

Francia es, sin duda, un país mucho menos racista que todos aquellos que he tenido ocasión de visitar. Por eso es imposible aceptar sin indignarse los signos que aparecen, aquí y allá, de esta enfermedad estúpida y criminal.

Un periódico de la mañana exhibe en primera página, a varias columnas, este titular: «El asesino Raseta». Es un signo, ya que es bien evidente que el asunto Raseta está ahora en la etapa de la instrucción sumarial y es inadmisible publicar una acusación tan grave antes de que esa instrucción haya finalizado.

Debo adelantar que sobre el problema malgache sólo tengo, como información veraz, relatos de las atrocidades cometidas por los insurrectos e informes sobre algunos aspectos de la represión. Por mis convicciones, siento igual repugnancia por ambos métodos. Pero la cuestión está en saber si el señor Raseta es un asesino o no. Con toda seguridad, un hombre honesto no lo decidiría antes de terminar la instrucción. De todos modos, ningún periodista osaría publicar tal titular si el presunto asesino se llamara Dupont o Durand. Pero el señor Raseta es malgache y debe ser un asesino de alguna manera, por lo tanto, semejante titular no tiene importancia.

No es el único signo. Se encuentra normal que el desdichado estudiante que mató a su novia utilice para desviar las sospechas la presencia de «sidis», como ellos dicen, en el bosque de Sénart. Si un árabe se pasea por el bosque, la primavera no

tiene nada que ver. Sólo puede hacerlo para asesinar a sus contemporáneos.

Del mismo modo, podemos estar seguros de encontrar, en cualquier momento, un francés, por lo demás, con frecuencia inteligente, que dice que los judíos en realidad exageran. Naturalmente, este francés tiene un amigo judío, que, él por lo menos... En cuanto a millones de judíos que fueron torturados y quemados, el interlocutor no aprueba esos métodos, lejos de eso. Simplemente cree que los judíos exageran y que no tienen razón en'apoyarse los unos a los otrosTlmnqu? el campo de concentración IPS enseñara esa solidaridad.

Sí, todo esto son signos. Pero hay más. Hace un año se utiílizaron en Argelia los métodos de la represión colectiva. *Com*bat* reveló la existencia de la cámara de confesiones «espontáneas» en Fianarantsoa. Tampoco en este caso voy a abordar el fondo del problema, que es de otro orden. Pero es necesario hablar de la forma, que invita a reflexionar.

Tres años después de haber experimentado los efectos *dé* una política de terror, algunos franceses reciben estas noticia! con la indiferencia de las personas que ya han visto demasiaJdo. Sin embargo, el hecho está allí, claro y repelente como la verdad misma: hacemos en estos casos lo mismo que les resprochamos a los alemanes. Sé bien que se nos ha dado la siguiente explicación: los rebeldes malgaches torturaron, tamlbien ellos, a franceses. Pero la cobardía y el crimen del adverjsario no disculpan que nos convirtamos en cobardes y criminales. Yo no he oído decir que se hayan construido hornos crematorios para vengarnos de los nazis. Hasta que se pruebe lo contrario, les hemos combatido con los tribunales. La justtacia clara y firme es la prueba del derecho. Y lo que debería re^presentar a Francia es la justicia.

En realidad la explicación es otra. Si los hitlerianos aplica!ron a Europa sus leyes abyectas es porque consideraban que su raza era superior y que la ley no podía ser la misma parar los alemanes y para los supuestos esclavos. Si nosotros, fran«ceses, nos rebelamos contra ese terror, es porque estimábamos que todos los europeos son iguales en derechos y en dignidadj Pero si hoy algunos franceses se enteran sin sublevarse de loi métodos que otros franceses utilizan a veces contra los argeli-j

nos o los malgaches, es porque viven, de manera inconsciente, con la certeza de que nosotros somos, de alguna manera, superiores a esos pueblos y de que la elección de los medios adecuados para mostrar esa superioridad importa poco.

Repito, no se trata de solucionar aquí el problema-colonial, ni de discujpar nad? SP trata r\t ijfferW los signos d^-"" racismo, que deshonra ya a tantos países y del que sería preciso preservar, al menos, al nuestro. En eso consistía y debería consistir nuestra auténtica superioridad y algunos de nosotros temblamos al pensar en perderla. Si es verdad que el problema colonial es el más complejo de los que se nos plantean, si es verdad que gobierna la historia de los próximos cincuenta años, no es menos cierto que jamás podremos resolverlo si introducimos en él los más funestos prejuicios.

No se trata aquí de abogar por un sentimentalismo ridículo que mezclaría todas las razas en una misma confusión enternecida. Los hombres no se parecen, es verdad, y sé bien lo profundas que son las tradiciones que me separan de un africano o de un musulmán. Pero también sé muy bien lo que me une a ellos y que hay algo en cada uno de ellos que no puedo despreciar sin envilecerme yo mismo. Por todo esto es necesario decir claramente que esos signos, espectaculares o no, de racismo revelan lo que hay de más abyecto y de más insensato en el corazón de los hombres. Solamente cuando hayamos vencido a ese racismo tendremos r[1] difi'ril derecho de d^rujn-Hat^dpnde las encontremos, la tiranía o la violenqa.

ANIVERSARIO

(*Combat*, 7 de mayo de 1947.)

El 8 de mayo de 1945, Alemania firmaba la más importante capitulación de la historia. El general Jodl declaraba entonces: «Considero que el acta de la rendición pone a Alemania y al pueblo alemán en manos de los vencedores.» Dieciocho meses después, Jodl era ahorcado en Nuremberg. Pero no se pudo ahorcar a sesenta millones de alemanes; Alemania sigue

en manos de los vencedores, y, en fin, este aniversario no ; jubiloso, porque la victoria tiene también sus servidumbres.

Sí, Alemania sigue bajo acusación por lo que resulta difíci sobre todo para un francés, decir o hacer cosas razonables a respecto. Hace años, la radio de Flensburg difundía, por orden de Doenitz, un comunicado en el que los dirigentes provisionales del Reich vencido expresaban su esperanza de que «la atmósfera de odio que rodea a Alemania en toda la tierra sea poco a poco sustituida por un espíritu de conciliación entre las naciones sin el cual el mundo no puede reconstruirse»,. Esta lucidez llegaba con cinco años de retraso y la esperanza de Doenitz se realizó sólo a medias. El odio a Alemania ha sido sustituido por un extraño sentimiento donde la desconfianza y un vago rencor se mezclan con una cansada indiferencia. En cuanto al espíritu de conciliación...

El silencio de tres minutos que siguió al anuncio de la capitulación alemana se prolonga, por lo tanto, interminablemente! en un mutismo en el que la Alemania ocupada prosigue su(existencia huraña, en medio de un mundo que sólo se le en-i frenta con una indiferencia algo despectiva. Ello se debe, sirtj duda, a que el racismo, como todos los regímenes rapaces, po-, día esperar todo del mundo, excepto el olvido. Fue él quien nos enseñó el odio. Y quizá ese odio podría haberse olvidado, ya que la memoria de los hombres se disipa a la misma velocidad a que marcha la historia. Pero el cálculo, la precisión helada y meticulosa que el régimen hitleriano ponía en el odio siguen estando en todos los corazones. Los funcionarios del odio se olvidan con más dificultad que sus víctimas. Es una; advertencia válida para todos.

Hay, pues, ciertas cosas que los hombres de mi edad no pueden olvidar. Pero ninguno de nosotros aceptaría, creo, en: este aniversario, pisotear a un vencido. La justicia absoluta es; imposible, como son imposibles el odio o el amor eternos.! Por eso es necesario volver a la razón. El tiempo del Apocalipsis ha pasado. Hemos entrado en el tiempo de la organización mediocre y de las conciliaciones sin grandeza. Por pru-fl dencia y por afán de felicidad hay que preferir éste, aunque sffl sepa que a fuerza de mediocridad se vuelve a los apocalipsis. Pero este respiro permite la reflexión y esta reflexión en lugatj

de incitarnos hoy a despertar odios que dormitan, debería, por el contrario, conducirnos a colocar las cosas y a Alemania en su verdadero lugar.

Cualesquiera que sean nuestra pasión íntima y el recuerdo de nuestras rebeldías, sabemos bien que la paz mundial necesita una Alemania pacificada, y no se pacifica un país desterrándolo para siempre del concierto internacional. Si el diálogo con Alemania es aún posible, la razón misma exige que se reanude. Mas es preciso decir, y con la misma fuerza, que el problema alemán es un problema secundario, aunque se le quiera hacer pasar por el más importante de todos para desviar nuestra atención de lo que salta.a la vista. Y lo que salta a la vista es que Alemania, más que una amenaza, se ha convertido en un envite entre Rusia y los Estados Unidos. Y los únicos problemas urgentes de nuestro siglo son los que conciernen al acuerdo o la hostilidad de esas dos potencias. Si ese acuerdo se logra, Alemania, y con ella algunos otros países, conocerán un destino razonable. En caso contrario, Alemania se hundirá en una inmensa derrota general. Es decir que, en cualquier circunstancia, Francia debe preferir el esfuerzo de la razón a la política del poder. En la actualidad es preciso elegir entre hacer cosas probablemente ineficaces o ciertamente criminales. Creo que la elección no es difícil.

Además, ese esfuerzo es una prueba de confianza en sí mismo. Es la prueba de que nos sentimos suficientemente firmes como para continuar luchando y abogando, pase lo que pase, por la justicia y la libertad. El mundo actual no es un mundo esperanzado. Tal vez volvamos al Apocalipsis. Pero la capitulación de Alemania, esa victoria contra toda lógica y contra toda esperanza, ilustrará por mucho tiempo esa impotencia de la fuerza de la que Napoleón hablaba con melancolía: «A la larga, Fontanes, el espíritu termina siempre por vencer a la espada.» A la larga, sí... Pero, después de todo, es una buena regla de conducta pensar que el espíritu libre siempre tiene razón y termina siempre por triunfar, ya que el día en que deje de tener razón será el día en que la humanidad entera se haya equivocado y en que la historia de los hombres pierda su sentido.

ESTO NO TIENE DISCULPA

{Combat, 22 de marzo de 1947.

En nuestro número de ayer, pudimos leer la valiente carta que el R. P. Riquet, miembro de la Resistencia y deportado, dirigió al señor Ramadier. Ignoro lo que los cristianos puedan pensar al respecto. Pero, por mi parte, no me quedaría con la conciencia tranquila si dejara sin eco esa carta, y me parece,' por el contrario, que un no creyente debe sentirse obligado más que nadie, a manifestar su indignación ante la incalificable actitud que parte de nuestra prensa ha adoptado en este asunto.

No tengo deseos de justificar a nadie. Si es verdad que algunos religiosos conspiraron contra el Estado, el asunto compete a las leyes vigentes de este país. Pero, que yo sepa, y hasta el presente, Francia nunca creyó que la responsabilidad pudiera ser colectiva. Antes de denunciar a los conventos como nidos de asesinos y de traidores y a la Iglesia entera como el centro de un vasto y oscuro complot, hubiera sido preferible que los periodistas y los militantes de los partidos hicieran memoria.

Quizá entonces se acordaran del tiempo en que algunos I conventos encubrían, con su silencio, un complot muy diferente. Quizá admitieran poner frente a los tibios y a los claudicantes el ejemplo de algunos héroes que supieron abandonar sin discursos sus comunidades pacíficas, por las comunidades torturadas de los campos de destrucción. Nosotros que fuimos: los primeros en denunciar la complaciente actitud de algunos dignatarios de la Iglesia, tenemos el derecho de escribir esto en momentos en que otros periodistas olvidan de tal manera los deberes y la dignidad de su profesión como para llegar a insulto.

Cualquiera que sea la responsabilidad de un gobierno que sólo reveló lo que le convenía y que eligió para hacerlo el mo mentó más favorable para él, la de los periodistas es aún mayor. Porque ocultaron lo que sabían, y se desviaron de lo

que constituye nuestra única justificación: nuestra comunidad de sufrimientos durante cuatro años. Para los periódicos que tuvieron el honor de la clandestinidad es un olvido imperdonable, una falta a la más noble de las memorias y un desafio a la justicia. Cuando *Franc-Tireur,* al responder al padre Riquet, sin reproducir su carta, exclama: «¿Quién permanece fiel al espíritu de la Resistencia? ¿Los que tratan de sustraer a la justicia a los verdugos de los sacerdotes deportados o quienes quieren castigarlos?», olvida que si hay una justicia que debe aplicarse al enemigo, hay otra, superior ante el espíritu, que se le debe a los hermanos de armas. La más estricta justicia exigía a este respecto que se hiciera el esfuerzo de no mezclar, en la confusión de una acusación general, a un puñado de acusados con la inmensa cohorte de inocentes, olvidando, frivolamente, a todos los que se entregaron a la muerte. No, decididamente, esto no tiene disculpa.

Pero, en realidad, ¿para qué protestar? El espíritu calculador se vuelve sordo, predicamos en el desierto. ¿Quién se preocupa hoy por la Resistencia y su honor? Depués de estos años en que se han destrozado tantas esperanzas, es triste volver a hablar de lo mismo. Sin embargo, es necesario. Sólo se habla de lo que se conoce, y nos avergonzamos por los que amamos y sólo por ellos. Ya oigo desde aquí las burlas. ¡Qué! *iCombat* está ahora con la Iglesia? Pero eso no tiene importancia. Los no creyentes como nosotros solamente odiamos el odio y mientras haya un soplo de libertad en este país seguiremos negándonos a unirnos con los que gritan e insultan, para permanecer, tan sólo, junto a los que dan testimonio, no importa quiénes sean.

Ni víctimas ni verdugos

EL SIGLO DEL MIEDO

(Combat, noviembre de 1948.)

El siglo xvii fue el siglo de las matemáticas, el xvm el de las ciencias físicas y el xix el de la biología. Nuestro siglo xx es el siglo del miedo. Se me dirá que el miedo no es una ciencia. Pero, en primer lugar, la ciencia es en cierto modo responsable de ese miedo, porque sus últimos avances teóricos la han llevado a negarse a sí misma y porque sus perfeccionamientos prácticos amenazan con destruir toda la tierra. Además, si bien el miedo en sí mismo no puede considerarse una ciencia, no hay duda de que es, sin embargo, una técnica.

Lo que más impresiona en el mundo en que vivimos es, en primer lugar y en general, que la mayoría de los hombres (salvo los creyentes de todo tipo) viven sin porvenir. No hay vida valedera sin proyección hacía el porvenir, sin promesas de maduración y de progreso. Vivir contra una pared es una vida de perros. ¡Pues bien! los hombres de mi generación y de la que ingresa hoy en los talleres y en las facultades han vivido y viven cada vez más como perros.

Desde luego, no es la primera vez que los hombres se ha-

lian ante un porvenir materialmente cerrado. Pero salían adelante, por lo general, gracias a la palabra y al grito. Recurrían a otros valores en los que depositaban sus esperanzas. Hoy nadie habla ya (salvo los que se repiten) porque el mundo nos parece conducido por fuerzas ciegas y sordas que no oirían las voces de advertencia, ni los consejos ni las súplicas. Algo en nosotros se ha destruido por el espectáculo de los años que acabamos de vivir. Y ese algo es esa eterna confianza del hombre por la que siempre creía que podían obtenerse de otro hombre reacciones humanas hablándole con el lenguaje de la humanidad. Nosotros vimos mentir, envilecer, matar, deportar, torturar y nunca fue posible persuadir a los que lo hacían de no hacerlo, porque estaban seguros de sí mismos y porque no^seDersuade a una abstracción, es decir al representante de jiña id£ofégí37^~~~—'

til largodiálogo de los hombres acaba de terminar. Y, por supuesto, un hombre a quien no se puede persuadir es un hombre que da miedo. Así, al lado de los que no hablaban porque lo juzgaban inútil, se extendía y se extiende aún una inmensa conspiración del silencio, aceptada por los que tiemblan y se dan buenas razones para ocultarse a sí mismos ese temblor, y suscitada por quienes tienen interés en hacerlo. «No deben ustedes hablar de la depuración de artistas en Rusia, porque es hacerle el juego a la reacción.» «No deben ustedes decir que Franco se mantiene en el poder gracias a la ayuda de los anglosajones, porque es hacerle el juego al comunismo.» Bien decía yo que el miedo es una técnica.

Entre el miedo muy general a una guerra que todo el mundo prepara y el miedo particular a las ideologías asesinas, es muy cierto que vivimos en el terror. Vivimos en el terror porque ya no es posible la persuasión, porque el hombre fue entregado por completo a la historia y no puede ya volverse hacia esa parte de sí mismo, tan verdadera como la parte histórica, y que podría recobrar ante la belleza del mundo y de los rostros; porque vivimos en el mundo de la abstración, el mundo de las oficinas y de las máquinas, de las ideas absolutas y del mesianismo sin matices. Nos ahogamos entre esa gente que cree poseer la razón absoluta, ya sea con sus máquinas o con sus ideas. Y para todos aquellos que no pueden vivir sino

en el diálogo y la amistad de los hombres, ese silencio es el fin del mundo.

Para salir de este terror habría que poder reflexionar y actuar según esa reflexión. Pero el terror, precisamente, no constituye un clima favorable para la reflexión. Creo, sin embargo, que en lugar de censurar este miedo, hay que considerarlo como uno de los primeros elementos de la situación y tratar de ponerle remedio. Nada hay más importante. Pues esto concierne a la suerte de gran número de europeos a quienes, hartos de violencia y de mentiras, defraudados en sus más entrañables esperanzas, les repugna tanto la idea de matar a sus semejantes para convencerlos como la de ser convencidos de la misma manera. Sin embargo, es la alternativa en la que se coloca a esa gran masa de hombres en Europa, que no pertenecen a ningún partido, o que están a disgusto en el que eligieron, que dudan de que el socialismo se haya realizado en Rusia y el liberalismo en Estados Unidos, que reconocen, no obstante, a aquéllos y a éstos el derecho de afirmar su verdad, pero les niegan el de impornerla por el asesinato, individual o colectivo. Entre los poderosos de la hora actual, esos hombres son hombres sin tierra y sólo podrán hacer admitir (no digo triunfar, sino admitir) su punto de vista y recuperar su patria cuando tomen conciencia de lo que quieren y lo digan tan simple y enérgicamente, como para que sus palabras puedan reunir un haz de energías. Y si el miedo no es el clima adecuado para una acertada reflexión, deberán, en primer lugar, ajustar cuentas con él.

Para esto, es necesario ver qué significa w qué rechaza. Significa y rechaza el mismo hecho: un mundo donde se legitima el homicidio y donde la vida humana se considera una futilidad. Este es el primer problema político de hoy. Y antes de seguir adelante es necesario tomar posiciones con respecto a este problema.

Previamente a toda realización es preciso formular, hoy, dos preguntas: «Sí o no, directa o indirectamente, ¿quiere usted que lo maten o lo violenten? Sí o no, directa o indirectamente, ¿quiere usted matar o violentar?» Todos los que contesten no a estas dos preguntas quedan automáticamente embarcados en una serie de consecuencias que deben modificar

su manera de plantear el problema. Tengo el proyecto de precisar tan sólo dos o tres de esas consecuencias. Entretanto, el lector de buena voluntad puede interrogarse y responder.

SALVAR VIDAS

En una oportunidad dije que yo no podría ya admitir, después de la experiencia de estos dos últimos años, ninguna verdad que pudiera ponerme en la obligación, directa o indirecta de condenar a muerte a un hombre. Algunas personas que aprecio me han hecho, a veces, la observación de que mis palabras eran utópicas, que no existe ninguna verdad política que no nos conduzca un día a esos extremos, y que, en consecuencia, había que correr ese riesgo o aceptar el mundo ta cual es.

Este argumento se exponía con energía. Pero, en primer lugar, pienso que esta energía denotaba que quienes lo exponían eran incapaces de imaginar la muerte ajena. Es un defecto de nuestra época. Del mismo modo que se ama por teléfono y que se trabaja no ya sobre la materia sino sobre la máquina, en la actualidad se mata y se muere por procuración. Así, la pulcritud gana, pero el conocimiento pierde.

Sin embargo, ese argumento tiene otra virtud aunque indirecta; plantea el problema de la utopía. En suma, las personas como yo querrían un mundo, no donde ya no se mate (¡no estamos tan locos!), sino donde el asesinato no esté legitimado. Y aquí estamos, en efecto, en la utopía y la contradicción. Pues vivimos precisamente en un mundo donde el asesinato es legal y debemos cambiarlo si no lo queremos así. Pero parece que no se le puede cambiar sin correr el riesgo de matar. El crimen, pues, nos reenvía al crimen y continuaremos viviendo en el terror, ya sea que lo aceptemos con resignación, ya sea que queramos suprimirlo utilizando medios que susti-; tuyan ese terror por otro.

En mi opinión, todo el mundo debería reflexionar sobre esto. Pues lo que me sorprende en medio de las polémicas, de las amenazas y de los estallidos de violencia es la buena voluntad de todos. Con excepción de algunos tramposos, todos, de

la derecha a la izquierda, consideran que su verdad es la adecuada para conseguir la felicidad de los hombres. Y, sin embargo, la conjunción de esas buenas voluntades desemboca en este mundo infernal donde todavía se mata, se amenaza y se deporta a los hombres, donde se prepara la guerra y donde es imposible decir una palabra sin ser de inmediato insultado o traicionado. Por lo tanto, hay que llegar a la conclusión de, que si las personas como nosotros viven en la contradicción, no son las únicas y que quienes las acusan de sueños utópicos viven, tal vez, en una utopía diferente, sin duda, pero en definitiva, más costosa.

Hay que admitir, pues, que el rechazo a la legitimación del asesinato nos obliga a reconsiderar nuestra idea de utopía. A ese respecto, parece que puede afirmarse lo siguiente: la utopía es lo que estáen contradicción con la realidad. Desde este punto de vista sería totalmente utópico querer que nadie mate a nadie. Es la utopía absoluta. Pero pedir que no se legitime el asesinato es una utopía de menor grado. Por otra parte, las ideologías marxista y capitalista, basadas las dos en la idea de- progreso, convencidas ambas de que la aplicación de sus principios debe conducir inevitablemente al equilibrio de la sociedad, son utopías de un grado mucho más alto. Además están costándonos muy caro.

De todo esto se puede deducir que en los años venideros la lucha se entablará no entre las fuerzas de la utopía y las de la realidad, sino entre diferentes utopías que tratan de insertarse en la realidad y entre las cuales sólo se trata de elegir las menos costosas. Estoy convencido de que no podemos ya tener la esperanza razonable de salvarlo todo, pero, al menos, podemos proponernos salvar vidas para que el futuro siga siendo posible.

Se ve, pues, que el hecho de rechazar la legitimación del asesinato no es más utópico que las actitudes realistas de hoy. La cuestión consiste en saber si estas últimas cuestan más o menos caro. Es un problema que debemos resolver también y se me disculpará, entonces, que piense que se puede ser útil definiendo, en relación con la utopía, las condiciones que son necesarias para pacificar a los individuos y a las naciones. Esta reflexión, si se hace sin temor y sin pretensiones, puede ayu-

dar a crear las condiciones de un pensamiento justo y de un acuerdo provisional entre los hombres que no quieren ser n víctimas ni verdugos. Por supuesto, no será cuestión de defi nir en los artículos siguientes una posición absoluta, sino sola mente de corregir algunas ideas hoy tergiversadas y tratar d plantear el problema de la utopía tan correctamente como se posible. Se trata, en suma, de definir las condiciones de un pensamiento político modesto, es decir liberado de todo me sianismo y desembarazado de la nostalgia del paraíso terrenal.

EL SOCIALISMO FALSEADO

Si se admite que el estado de terror, confesado o no, en qu vivimos de diez años a esta parte no ha cesado aún y es en la actualidad el mayor responsable del malestar que experimen tan los individuos y las naciones, es preciso saber qué se pue de oponer al terror. Esto plantea el problema del socialismo occidental. Porque el terror sólo se legitima cuando se admit el principio: «El fin justifica los medios.» Y este principio sólo puede admitirse si se establece la eficacia de una acción como objetivo absoluto, como es el caso de las ideologías nihilista (todo está permitido, lo que importa es el éxito), o en las filosofías que hacen de la historia un absoluto (Hegel, despué Marx: la sociedad sin clases es el fin, todo lo que conduzca ella es admisible).

Este es el problema que se les ha planteado a los socialista franceses, por ejemplo. Hoy sienten escrúpulos. Han visto ac tuar a la violencia y a la opresión, de las que hasta ahora sólo habían tenido una idea bastante abstracta. Y se preguntaron s aceptarían, como quiere su filosofía, ejercer ellos la violencia aunque fuera provisionalmente y con un propósito distinto Un moderno prologuista de Saint-Just, al hablar de los hombres que tenían escrúpulos semejantes, escribía con desprecio «Retrocedieron ante el horror.» Nada hay más cierto. Y por eso merecieron incurrir en el desprecio de unas almas fuer tes y superiores que se instalaron sin titubear en el horror Pero, al mismo tiempo, ellos dieron voz a este clamor angustiado de los mediocres —nosotros también lo somos— que se

encuentran por millones y que constituyen la materia misma de la historia y a los que habrá que tener en cuenta, algún día, pese a todos los desdenes. Por el contrario, nos parece más serio tratar de comprender la contradicción y la confusión en que se encuentran nuestros socialistas. Desde este punto de vista, es evidente que no se ha reflexionado bastante sobre la crisis de conciencia del socialismo francés tal como se ha manifestado en un congreso reciente. Es evidente que nuestros socialistas, bajo la influencia de León Blum, y más aún bajo la amenaza de los acontecimientos, sienten como preocupación prioritaria los problemas morales (el fin no justifica todos los üedlós) a los que hasta ahora no habían prestado atención. Su legítimo deseo era remitirse a algunos principios que estuvieran por encima del asesinato. No es menos evidente que esos mismos socialistas quieren conservar la doctrina marxista; unos porque piensan que no se puede ser revolucionario si no se es marxista, otros por una fidelidad respetable a la historia del partido, historia que los persuade también de que no se puede ser socialista sin ser marxista. E^último congreso del partido puso de relieve estas dos tendencias y su tarea principal iue conciliarias. Pero no se puede conciliar lo inconciliable.

Pues está claro que si el marxismo es una doctrina verdadera, y hay una lógica de la historia, el realismo político es legítimo. Es igualmente claro que si los valores morales preconizados por el partido socialista se fundan en derechos, el marxismo es absolutamente falso porque pretende ser absolutamente verdadero. Desde este punto de vista, la famosa superación del marxismo en un sentido idealista y humanitario es sólo una humorada y un sueño sin consecuencias. Marx no puede ser superado porque fue hasta el límite de la consecuencia. Los comunistas tienen fundamentos razonables para utilizar la mentira y la violencia que no quieren los socialistas, y los tienen, porque se basan en los principios mismos y en la dialéctica irrefutable que los socialistas quieren, sin embargo, conservar. Por lo tanto, no fue de extrañar que el congreso socialista terminara por yuxtaponer simplemente las dos posiciones contradictorias cuya esterilidad se vio sancionada en las últimas elecciones.

Desde este punto de vista, la confusión continúa. Era preciso elegir y los socialistas no querían o no podían elegir.

No he escogido este ejemplo para apabullar al socialismo sino para ilustrar las paradojas en que vivimos. Para apabullar a los socialistas sería necesario ser superiores a ellos. No es aún el caso. Por el contrario, me parece que esta contradicción es común a todos los hombres de quienes he hablado, que desean una sociedad que sea al mismo tiempo feliz y digna, que quieren que los hombres sean libres en condiciones justas, pero que dudan entre una libertad en la que se terminará burlando a la justicia —y esto lo saben bien—, y una justicia en donde se ve claramente que se suprime la libertad desde un comienzo. Esta angustia intolerable se convierte generalmente en motivo de burla para quienes saben lo que hay que creer o hacer. Pero opino que, en vez de burlarse de ella, es necesario razonarla y aclararla, ver qué significa saber interpretar la condena casi total que lanza sobre el mundo que la provoca y salvar la débil esperanza que la sostiene.

Y la esperanza reside precisamente en esa contradicción que obliga u obligará a los socialistas a optar. O bien admitirán que el fin justifica los medios y, por consiguiente, que el crimen puede ser legitimado, o bien renunciarán al marxismo como filosofía absoluta, limitándose a conservar de él el as-j pecto crítico, con frecuencia todavía válido. Si eligen el primer término de la alternativa, la crisis de conciencia se terminará y las situaciones se clarificarán. Si admiten el segundo, demostrarán que esta época marca el fin de las ideologías, es decir de las utopías absolutas que se destruyen a sí mismas, erj la historia, por el precio que se acaba pagando por ellas. Será: preciso, entonces, elegir otra utopía, más modesta y menos; ruinosa. Es así, al menos, cómo la negativa a legitimar el cri^ men obliga a formular la pregunta.

Sí, esa es la pregunta que debe formularse y nadie, creo, osará responder con ligereza.

LA REVOLUCIÓN DESVIRTUADA

Desde agosto de 1944, todo el mundo habla de revolución entre nosotros y, sin duda alguna, siempre con sinceridad. Pero la sinceridad no es una virtud en sí misma. Hay un tipo de sinceridad tan confusa que resulta peor que una mentira. No se trata hoy, para nosotros, de hablar con el corazón, sino solamente de pensar con claridad. Idealmente, la revolución es un cambio de las instituciones políticas y económicas para conseguir más libertad y justicia en el mundo. Prácticamente, es el conjunto de unos acontecimientos históricos, a menudo desdichados, que introducen ese cambio feliz. *

¿Puede decirse hoy que esta palabra se emplea en su sentido clásico? Entre nosotros, cuando la gente oye hablar de revolución, y suponiendo que conserve entonces su sangre fría, piensa en un cambio en el sistema de la propiedad (generalmente la socialización de los medios de producción) obtenido ya sea por una legislación establecida según las leyes de la mayoría, ya sea en ocasión de la toma del poder por una minoría.

Es fácil ver que este conjunto de nociones no tiene sentido alguno en las circunstancias históricas actuales. Por una parte, la toma de poder por medio de la violencia es una idea romántica que el progreso de los armamentos ha vuelto ilusoria. El aparato represivo de los gobiernos tiene toda la fuerza que le confieren los tanques y los aviones. Serían necesarios, entonces, tanques y aviones tan sólo para equilibrar esa fuerza. 1789 y 1917 son aún fechas importantes, pero ya no son ejemplos. *f?v*

Suponiendo que esa toma del poder sea, a pesar de todo, posible, ya sea que se realice por las armas o por la ley, sólo sería eficaz sí Francia (o Italia o Checoslovaquia) pudiera ser colocada entre paréntesis y aislada del resto del mundo. Pues, en nuestra actualidad histórica, en 1946, una modificación del régimen de la propiedad, por ejemplo, acarrearía tales repercusiones sobre los créditos norteamericanos que nuestra economía se vería amenazada de muerte. Una revolución de dere-

chas no tendría mejores posibilidades, a causa de la hipoteca paralela que nos crea Rusia gracias a los millones de electores comunistas y a su calidad de mayor potencia continental. La verdad es, y pido disculpas por escribirlo claramente, ya que todo el mundo la conoce sin decirla, es que no somos libres, como franceses, de ser revolucionarios. O al menos, no podemos ser revolucionarios solitarios, porque ya no existen hoy en el mundo políticas conservadoras o socialistas que pueden desarrollarse únicamente, bajo el punto de vista nacional.

Así, sólo podemos hablar de revolución internacional. Más exactamente, la revolución se producirá a escala internacional o no se producirá. Pero, ¿qué sentido tiene todavía esta expresión? Hubo un tiempo en que se creía que la revolución internacional se realizaría por la conjunción o la sincronización de varias revoluciones nacionales; una suma de milagros, de alguna manera. Hoy, y si nuestro análisis precedente es exacto, sólo se puede pensar en la difusión de una revolución que ya ha triunfado. Es lo que Stalin percibió muy bien y es la explicación más benévola que pueda darse de su política (la otra sería negar a Rusia el derecho de hablar en nombre de la revolución).

Esto equivale a considerar a Europa y a Occidente como una sola nación donde una importante minoría bien armada podría imponerse y luchar para tomar por fin el poder. Pero dado que la fuerza conservadora (en este caso los EE.UU.) estaría igualmente bien armada, es fácil darse cuenta de que la idea de revolución ha sido sustituida hoy por la de guerra ideológica. Más precisamente, la revolución internacional implica hoy un serio riesgo de guerra. Toda revolución del futuro será una revolución extranjera. Se iniciará con una ocupación militar, o lo que es lo mismo, con una amenaza de ocupación. Sólo tendrá sentido a partir de la victoria definitiva del ocupante sobre el resto del mundo.

Las revoluciones cuestan ya muy caras en el interior de las naciones. Pero, en general, se acepta la necesidad de ese perjuicio teniendo en cuenta el progreso que se supone aportan. Hoy, el precio que costaría la guerra a la humanidad debe sopesarse objetivamente con el progreso que se puede esperar de la toma del poder mundial por Rusia o los EE.UU. Y creo de

una importancia definitiva que se consideren las diferentes posibilidades y que, por una vez, se imagine lo que sería este planeta, con sus treinta millones de cadáveres, aún calientes, después de un cataclismo que nos costaría diez veces más.

Quisiera señalar, que esta manera de razonar es totalmente objetiva. Sólo toma en cuenta la apreciación de la realidad, sin implicar, por el momento, juicios ideológicos o sentimentales. En todo caso, debería hacer reflexionar a quienes hablan con ligereza deje*«feeÍQr^. Lo que esta palabra contiene *boy* debe ser aceptado o rechazado en conjunto. Quien lo acepte debe reconocerse responsable consciente de la guerra por venir. Quien lo rechace deberá o bien declararse partidario dd_xtó/# *quo*, lo que constituye la utopía total en la medida en que supone la inmovilización de la historia, o bien renovar el contenido de la palabra revolución, lo que indica un consentimiento a lo que llamaré utopía relativa.

Después de haber reflexionado un poco sobre este problema, me parece que los hombres que quieran hoy cambiar eficazmente el mundo tienen que elegir entre las fosas de cadáveres que se anuncian, el sueño imposible de una historia paralizada de repente y la aceptación de una utopía relativa que deje una posibilidad a la acción y a los hombres a la vez. Pero no es difícil ver que, al contrario, esta utopía relativa es la única posible y la única inspirada en la realidad. En un próximo artículo, estudiaremos cuál es la frágil posibilidad que podría salvarnos de esas fosas de cadáveres.

DEMOCRACIA Y DICTADURA INTERNACIONALES

Hoy sabemos que ya no hay islas y que las fronteras son inútiles. Sabemos que en un mundo en constante aceleración, donde el Atlántico se atraviesa en menos de un día, donde Moscú habla con Washington en algunas horas, estamos obligados a la solidaridad o a la complicidad, según los casos. Durante los años cuarenta aprendimos que el daño causado a un estudiante de Praga afectaba al mismo tiempo al obrero de Clichy, que la sangre vertida en alguna parte sobre las márgenes de un río de Europa central impulsaba a un campesino de

Texas a derramar la suya sobre ese suelo de las Ardenas que veía por primera vez. No había, cornojiojiayjra, un solo sufrimiento aislado, "una gola tortura «a-esíe mundo^ueño[a] repercuta ennuestrayida_cotidiana.

Muchos norteamericanos quisieran continuar viviendo encerrados en su sociedad, que encuentran buena. Muchos rusos quisieran, tal vez, seguir con la experiencia estatista al margen del mundo capitalista. No pueden ni podrán jamás lograrlo. Del mismo modo, ningún problema económico, por secundario que parezca, se puede resolver hoy al margen de la solidaridad de las naciones. El pan de Europa está en Buenos Aires y las máquinas herramienta de Siberia se fabrican en Detroit. Hoy día, la tragedia es colectiva.

Todos sabemos, pues, sin sombra de duda, que el nuevo orden que buscamos no puede ser solamente nacional, ni siquiera continental, ni menos occidental ú oriental, pebe ser universal. No es posible esperar soluciones parciales o concesiones. El compromiso es lo que vivimos, es decir la angustia del presente y el crimen del mañana. Y durante este tiempo, la velocidad de la historia y del mundo se acelera. Los veintiún sordos, futuros criminales de guerra, que discuten hoy de paz, intercambian sus monótonos diálogos, tranquilamente sentados en el centro de un torrente que los arrastra hacia el abismo, a mil kilómetros por hora. Sí, este orden universal es el único problema del momento y rebasa todas las polémicas ' constitucionales y electorales. Es un problema que nos exige la dedicación de todos los recursos de nuestra inteligencia *M* de nuestra voluntad.

¿Cuáles son en la actualidad los medios para alcanzar esta unidad mundial, para realizar esa revolución internacional, ppjr las que los recursos humanos, las materias primas, los mercados comerciales y las riquezas espirituales puedan estar mejor distribuidos? Sólo veo dos, y ambos definen nuestra última alternativa. El mundo puede ser unificado desde arriba, como dije ayer, por un solo Estado más poderoso que los otros. Rusia o los EE.UU. pueden pretender ese papel. No tengo nada que argumentar, y las personas que conozco tampoco lo tienen, a la idea que defienden algunos de que Rusia o los EE.UU. disponen de los medios para gobernar y unificar

este mundo a imagen de su sociedad. Esa idea me repugna, como francés y más aún como mediterráneo. Pero no tomaré en cuenta este argumento sentimental.

Esta es nuestra única objeción, tal como la he definido en un último artículo: esta unificación no puede realizarse sin guerra, o, al menos, sin un gran riesgo de guerra. Y admito, aunque no estoy de acuerdo, que la guerra pueda no ser atómica. Aun así, la guerra del mañana dejaría a la humanidad tan mutilada y empobrecida que la sola idea de orden sería definitivamente anacrónica. Marx podía justificar, como lo hizo, la guerra de 1870, pues era la guerra del fusil Chassepot y además estaba localizada. En las perspectivas del marxismo, cien mil muertos no son nada, en efecto, si constituyen el precio de la felicidad de centenas de millones de hombres. Pero la muerte cierta de centenas de millones para lograr la presunta felicidad de los que queden, es un precio demasiado alto. El progreso vertiginoso de los armamentos, hecho histórico ignorado por Marx, obliga a plantear de un modo distinto el problema de los medios y del fin.

Y el medio, ahora, destruiría el fin. Cualquiera que sea el fin deseado, por elevado y necesario que se considere, que pretenda o no consagrar la felicidad humana, la justicia o la libertad, el medio a emplear para lograrlo representaría un riesgo tan definitivo, tan desproporcionado en magnitud con las posibilidades de éxito que nos negamos objetivamente a correrlo. Es preciso, pues, volver al segundo medio apto para asegurar este orden universal: el acuerdo mutuo de todas las partes. No nos preguntaremos si es posible, ya que consideramos que es precisamente el único posible.. Nos preguntaremos en primer lugar en qué consiste.

Este acuerdo de las partes tiene un nombre: democracia internacional. Todo el mundo habla de ella en la ONU, por supuesto. Pero, ¿qué es la democracia internacional? Es una democracia que es internacional. Se me perdonará esta perogrullada, pero las verdades más evidentes son también las más desfiguradas.

¿Qué es la democracia nacional o internacional? Es una forma de sociedad donde la ley está por encima de los gobernantes, ya que esa ley es la expresión de la voluntad de todos,

representada por un cuerpo legislativo. ¿Es eso lo que se trata de establecer hoy? Se nos está preparando, en efecto, una ley internacional. Pero esa ley se hace o se deshace por los gobiernos, es decir por el ejecutivo. Estamos, por lo tanto, en un régimen de dictadura internacional. La única manera de salir de esta dictadura es poner la ley internacional por encima de los gobiernos, por consiguiente, hacer esa ley, disponer de un parlamento, constituir ese parlamento por medio de elecciones mundiales en las que participen todos los pueblos. Y ya que no tenemos ese parlamento, el único medio es resistir a esta dictadura internacional en un plano internacional y por medios que no contradigan e! fin perseguido.

EL MUNDO VA DEPIUSA

ES evidente para todos que el pensamiento político está, cada vez más, desbordado por lo acontecimientos. Los franceses, por ejemplo, comenzaron la guerra de 1914 con los medios de la guerra de 1870, y la de 1939 con los medios de 1918. Pero, además, el pensamiento anacrónico no es una especialidad francesa. Será suficiente señalar que, prácticamente, las grandes políticas de hoy pretenden solucionar el futuro del mundo mediante principios formados en el siglo xvm en lo que concierne al liberalismo capitalista, y en el xix en lo que respecta al socialismo llamado científico. En el primer caso, un pensamiento nacido en los primeros años del industrialismo moderno, y en el segundo, una doctrina contemporánea del evolucionismo darwiniano y del optismo renaniano se proponen poner en ecuación la época de la bomba atómica, de las mutaciones bruscas y del nihilismo. Nada podría ilustrar mejor el desfase cada vez más desastroso que se está produciendo entre el pensamiento político y la realidad histórica/

Por supuesto, el espíritu va siempre atrasado con respecto al mundo. La historia corre mientras que el espíritu medita, pero ese retraso inevitable aumenta hoy en proporción con la aceleración histórica. El mundo ha cambiado mucho más en los últimos cincuenta años que en los doscientos años anteriores. Y vemos a este mundo empeñado en arreglar problemas

de fronteras cuando todos los pueblos saben que las fronteras son hoy abstractas. Y el principio de las nacionalidades siguió imperando aparentemente en la conferencia de los Veintiuno.

Debemos tener esto en cuenta en nuestro análisis de la realidad histórica. Centramos actualmente nuestras reflexiones alrededor del problema alemán, que es un problema secundario en relación con el choque de imperios que nos amenaza. Pero si, mañana, concibiéramos soluciones internacionales con arreglo al problema ruso-norteamericano, correríamos el riesgo de vernos nuevamente rebasados, jjj-jghoque,.4& JBBgrios ^¡*ÁiiPi* i[a] P u n t o de volveafe^eaundario^ en reJacjón,con el choque de las civilizaciones. Desde todas partes, en efecto, las civilizaciones colonizadas hacen oír sus voces. Dentrp.,$}e...diez iños, de cincuenta años, será la preeminencia de la civilización occidental lo que se discutirá. Más vale, entonces, pensar en ello de inmediato y abrir el Parlamento mundial a esas civili-C zaciones a fin de que la ley sea verdaderamente universal, y universal el orden que consagre.

Los problemas que plantea actualmente el derecho de veto están falseados porque las mayorías o las minorías que se oponen en la ONU son falsas. La URSS tendrá siempre el derecho de rechazar la decisión de la mayoría mientras ésta siga siendo una mayoría de ministros y no una mayoría de pueblos representados por sus delegados, y mientras, precisamente, todos esos pueblos, no estén allí representados. El día en que esta mayoría tenga una significación será preciso que todos la obedezcan o rechacen su autoridad, es decir declaren abiertamente su voluntad de dominio.

Del mismo modo, si tenemos siempre presente esta aceleración del mundo, encontraremos la manera correcta de plantear el problema económico actual. En 1930 ya *no* se enfoca el problema del socialismo como en 1848. A la abolición de la propiedad había sucedido la técnica de la socialización de los medios de producción. Y esta técnica, en efecto, además de resolver el destino de la propiedad, tomaba en cuenta al mismo tiempo que el problema económico se planteaba a gran escala. Pero, desde 1930, esta escala aumentó todavía más. Y del mismo modo que la solución política será posible si es internacional o no será posible, igualmente la solución económi-

ca debe buscarse, *en primer termino,* en los medios de produc ción internacionales: petróleo, carbón y uranio. Si debe habe colectivismo, que se incluyan en él los recursos indispensable para todos y que, efectivamente, no deben pertenecer a nadie en particular. Lo demás, todo lo demás, es sólo discurso elec toral.

Estas perspectivas son utópicas a los ojos de algunos, pero todos los que se niegan a aceptar la posibilidad de una guerra deben afirmar y defender sin ninguna reserva este conjunto de principios. En cuanto a saber qué caminos pueden acercarnos a una concepción semejante considero imposible imaginarlos sin la reunión de los antiguos socialistas y de los hombres de hoy, solitarios a través del mundo.

En todo caso, es posible responder una vez más, y para terminar, a la acusación de utopía. Pues, para nosotros, la cosa es muy simple: tendrá que ser la utopía o la guerra, tal como nos la están preparando métodos de pensamiento caducos. E mundo tiene que elegir hoy entre el pensamiento político anacrónico y el pensamiento utópico. El pensamiento anacrónico nos está matando. Por desconfiados que seamos (y que yo sea), el sentido de la realidad nosobliga. a volver a esta utopía relativa. Y cuando entre en la Historia, como muchas otras autopías del mismo género, los hombres no concebirán otra realidad. Hasta tal punto la Historia es sólo el esfuerzo desesperado de los hombres para dar forma a sus sueños más clarividentes.

UN NUEVO CONTRATO SOCIAL

Resumiendo: el destino de los hombres de todas las naciones no se resolverá antes de que se solucione el problema de la paz y de la organización mundial. No habrá revolución efi caz en ninguna parte del mundo hasta que no se produzca esa revolución. Todo lo que se diga fuera de esto, hoy, en Francia, es fútil o interesado. Iré más lejos aún. No sólo no podra modificarse de forma permanente el modo de propiedad en ningún punto del globo, sino que ni siquiera los problemas más simples, como el pan de todos los días, el hambre que

atenaza los vientres de Europa, y el carbón, tendrán solución mientras no se instaure la paz.

Todo pensamiento que reconozca lealmente su incapacidad para justificar la mentira y el asesinato, llega a esta conclusión, por poco que se preocupe por la verdad. Por lo tanto, su única posibilidad es aceptar sencillamente este razonamiento.

Dicho pensamiento reconocerá: 1.°, que la política interior, considerada en solitario, es un asunto totalmente secundario, v por otra parte, inimaginable; 2.°, que el único problema es ja creación de un orden internacional que aporte finalmente las reformas de estructura duraderas por las cuales la revolución se definió; 3.°, que en el interior de las naciones sólo existen problemas administrativos que es preciso solucionar provisionalmente, y de la mejor manera posible, a la espera de un reglamento político más eficaz, por ser más general.

Habrá que decir, por ejemplo, que la Constitución francesa sólo puede juzgarse con arreglo al servicio que preste o no preste al orden internacional fundado en la justicia y en el diálogo. Desde este punto de vista, la indiferencia de nuestra Constitución hacia las más simples libertades humanas es condenable. Será preciso reconocer que la organización provisional del abastecimiento es diez veces más importante que el problema de las nacionalizaciones o de las estadísticas electorales. Las nacionalizaciones no serán viables en un solo país. Y aunque el abastecimiento no puede tampoco solucionarse en el plano nacional solamente, es, al menos, más apremiante e impone acudir a recursos extremos aunque sean provisionales.

Por consiguiente, todo esto puede dar a la política interior el criterio que, a nuestro juicio, le faltaba hasta ahora. Por más que treinta editoriales de *L'Aube* se opongan todos los meses a treinta editoriales de *L'Humanité* no podrán hacernos olvidar que estos dos periódicos, con los partidos que representan y los hombres que los dirigen, aceptaron la anexión sin referéndum de Brigue y Tende y que se unieron así en una misma empresa de destrucción respecto a la democracia internacional, Bidault y Thorez favorecen por igual el principio de la dictadura internacional ya sea buena o mala su intención. Desde este punto de vista, y aunque parezca lo contrario, ellos

representan en nuestra política, no la realidad, sino la utopía más desdichada.

Sí, debemos restarle importancia a la política interna. No se cura la peste con medicinas para resfriados. Una crisis que desgarra al mundo entero debe solucionarse a escala universal. En la actualidad, nuestro objetivo lógico es el orden para todos, a fin de que disminuya para cada uno el peso de la miseria y del miedo. Pero esto exige acción y sacrificio, es decir, hombres. Y si hay muchos hombres que en lo íntimo de su corazón maldicen hoy la violencia y el crimen, no hay muchos que quieran reconocer que esto los obliga a reconsiderar su pensamiento o su acción. Sin embargo, quienes quieran realizar este esfuerzo encontrarán en él una esperanza razonable y una regla de acción.

Admitirán que no pueden esperar mucho de los actuales gobiernos, porque éstos viven y actúan según unos principios criminales. La única esperanza reside en el mayor esfuerzo, que consiste en rehacer las cosas desde su comienzo para formar una sociedad viva en el seno de una sociedad condenada. Es, pues, necesario que esos hombres, uno por uno, rehagan entre ellos, en el interior de las fronteras y por encima de ellas, un nuevo contrato social que los una según unos principios más razonables.

El movimiento por la paz del que hablé debería poder articularse en el interior de las naciones en comunidades de trabajo, y por encima de las fronteras en comunidades de reflexión; las primeras, según unos contratos de común acuerdo al modo cooperativo, aliviarían al mayor número posible de individuos, y las segundas tratarían de definir los valores de los que se nutriría ese orden internacional, al tiempo que abogarían, en toda ocasión, por él.

Más precisamente, la tarea de éstas últimas sería oponer palabras claras a las confusiones del terror y definir, al mismo tiempo, los valores indispensables para un mundo pacificado. Sus primeros objetivos podrían ser un código de justicia internacional cuyo primer artículo establecería la abolición general de la pena de muerte, y una clarificación de los principios necesarios a toda civilización de diálogo. Este trabajo respondería a las necesidades de una época que no encuentra en ningu

na filosofía la justificación necesaria al ansia de amistad que consume hoy a los espíritus occidentales. Pero, es evidente que no se trataría de construir una nueva ideología. Se trataría tan sólo de buscar un estilo de vida.

Son éstos, en todo caso, motivos de reflexión y no puedo desarrollarlos en el marco de estos artículos. Pero, para hablar más concretamente, digamos que los hombres que decidieran oponer, en toda circunstancia, el ejemplo a la fuerza, la palabra a la dominación, el diálogo al insulto y ,el simple honor a la astucia; que rechazaran todas las ventajas de la sociedad actual y sólo aceptaran los deberes y las cargas que los ligan a ios otros hombres; que se dedicaran a orientar la enseñanza en primer lugar, la prensa y la opinión después, según los principios de conducta de los que hemos hablado hasta ahora, esos hombres no actuarían utópicamente, sino, es bien evidente, de icuerdo con el realismo más honesto. Prepararían el futuro y así harían caer desde ese momento algunos de los muros que nos oprimen. Si el realismo es el arte de tener en cuenta, a la vez, el presente y el futuro, de obtener lo máximo sacrificando lo mínimo ¿quién no comprende que conseguirían la más deslumbradora de las realidades?

Si esos hombres aparecerán o no, no lo sé. Es probable que la mayoría de ellos reflexionen en este momento y eso es bueno. Pero con toda seguridad, la eficacia de su acción estará unida al coraje con el qué acepten renunciar, por el momento, a algunos de sus sueños, para dedicarse sólo a lo esencial que es la salvación de las vidas. Y al llegar aquí sería preciso, tal vez antes de terminar, alzar la voz.

HACIA EL DIÁLOGO

Sí, habría que alzar la voz. Hasta ahora he evitado apelar a las fuerzas del sentimiento. Lo que nos destroza hoy es una lógica histórica que hemos creado íntegramente, y cuyos nudos terminarán por ahogarnos. El sentimiento no puede cortar los nudos de una lógica que desvaría; sólo puede hacerlo una razón que razone dentro de los límites que ella conoce.

Pero no quisiera, en fin, que nadie creyese que el futuro del

mundo puede prescindir de nuestras fuerzas de indignación de amor. Sé bien que el hombre necesita grandes motivaciones para ponerse en marcha y que le es difícil comenzar a moverse para una lucha cuyos objetivos son tan limitados y donde la esperanza apenas participa. Pero no se trata de arrastrar a los hombres. Lo esencial, por e¡ contrario, es que no sean arrastrados y que sepan bien lo que hacen.

Salvar lo que aún puede ser salvado, para que el futuro sea únicamente posible, he aquí el gran móvil, la pasión y el sacrificio que se piden. Eso solamente exige reflexionar sobre ello y decidir con claridad si hay que aumentar aún más el dolo humano con fines siempre indiscernibles, si hay que acepta[1] que el mundo se llene de armas y que el hermano mate d nuevo al hermano, o si es preciso, por el contrario, evitar tan-; to como sea. posible la sangre y el dolor para, únicamentej ofrecer su oportunidad a otras generaciones que estarán mejoc preparadas que nosotros.

Por mi parte, creo estar casi seguro de haber elegido, y habiéndolo hecho, me pareció que debía hablar, decir que ya no seré jamás de aquellos, cualesquiera que sean, que aceptan el crimen, y sacar de ello las consecuencias que convengan. La cosa está ya hecha y he terminado por hoy. Pero antes, quisiera que se apreciase bien el espíritu que me ha animado a ha-< blar así hasta ahora.

Se nos pide amar o detestar a tal o cual país, a tal o cua' pueblo. Pero somos de los que se dan muy bien cuenta d nuestra semejanza con todos los hombres como para acepta esa opción. La forma correcta de amar al pueblo ruso, e~ agradecimiento por lo que jamás dejó de ser, es decir la leva dura del mundo como dicen Tolstoi y Gorki, no es desearl aventuras de poder, sino evitarle, después de tantas prueba pasadas, una nueva y terrible sangría. Lo mismo puede decirs respecto del pueblo norteamericano y de la desdichada Europa. Es éste el tipo de verdades elementales que se olvidan en medio de las pasiones actuales.

Sí, lo que hay que combatir hoy son el miedo y el silencio, y con ellos la separación de los espíritus y de las almas que ese miedo y ese silencio producen. Lo que hay que defender es el diálogo y la comunicación universal entre los hombrss. La

servidumbre, la injusticia, la mentira son las plagas que rompen esa comunicación e impiden el diálogp. Por eso, debemos rechazarlos. Pero esas plagas son hoy la materia misma de la historia y, por consiguiente, muchos hombres las consideran mâles necesarios. Es verdad, también, que no podemos escapar a la historia puesto que estamos totalmente inmersos en ella. Pero se puede pretender luchar en la historia para preservar esa parte del hombre que no le pertenece. Esto es todo lo que he querido decir. Y en todo caso, definiré mejor aún esta actitud y el espíritu de estos artículos con un razonamiento que quisiera, antes de terminar, que se meditase con lealtad.

Una gran experiencia pone en marcha hoy a todas las naciones del mundo, según las leyes del poder y de la dominación. No diré que hay que impedir ni favorecer esta experiencia. No necesita que la ayudemos y, por el momento, se burla de que pretendamos contrariarla. Por lo tanto, la experiencia continuará. Formularé simplemente esta pregunta: ¿Qué sucederá si la experiencia fracasa, si la lógica de la historia, sobre la que tantos se apoyan, se contradice? ¿Qué sucederá si a pesar de dos o tres guerras, a pesar del sacrificio de varias generaciones y de ciertos valores, nuestros nietos —suponiendo que lleguen a existir— no se encuentran más cerca de la sociedad universal? Sucederá que los sobrevivientes de esta experiencia no tendrán ni siquiera la fuerza de ser los testigos de su propia agonía. Entonces, puesto que la experiencia prosigue inevitablemente, no está mal que unos hombres se asignen la tarea de preservar, a lo largo de la historia apocalíptica que nos espera, la reflexión modesta que, sin pretender resolverlo todo, servirá en algún momento para dar un sentido a la vida cotidiana. Lo esencial es que esos hombres sopesen bien, V de una vez por todas, el precio que tendrán que pagar.

Ahora puedo terminar. Lo que deseo, en este momento, es que en medio de un mundo asesino, nos decidamos a reflexions rj^hrp *p*\ a^inato y a e.lpgir. Si esto pudiera hacerse, nos dividiríamos entonces entre los que aceptan en rigor ser asesinos y los que se niegan con todas sus fuerzas. Ya que esta terrible división existe, será un progreso, al menos, clarificarla. A través de los cinco continentes, y en los próximos años, va a continuar una lucha interminable entre la violencia y el diá-

logo, y la verdad es que las posibilidades de la primera son mil veces superiores a las de este último. Pero siempre he creído que si bien el hombre que espera _en_Ja_condición humaaa. es un loco, el que se desespera por cayü^ *Ar* Ips^acontecimientos es un cobarde. Y de ahora en adelante el único honor será el de mantener obstinadamente esta formidable apuesta que decidirá, al fin, si las palabras son más fuertes que las balas.

Dos respuestas a Emmanuel d'Astier de la Vigerie

PRIMERA RESPUESTA

{*Caliban,* n.° 16.)

Pasaré por alto el título, imprudente en mi opinión, que usted le puso a su respuesta [1]. Pasaré por alto también dos o tres contradicciones de las que no quiero aprovecharme. No busco tener razón en contra suya, y lo que me interesa es responderle sobre lo esencial. Y aquí comienza mi dificultad, pues, precisamente, usted no ha hablado de lo esencial y las objeciones que me hace me parecen la mayoría de las veces secundarias o sin objeto. Si quiero contestarlas en primer lugar es sólo para tener el campo libre.

No es refutarme, en efecto, refutar la no violencia. Jamás la he defendido, pero es una actitud que se me atribuye para la comodidad de una polémica. No pienso que haya que responder a los golpes con bendiciones. Creo que la violencia es inevitable; los años de ocupación me lo enseñaron. Para decirlo de una vez, hubo, en esos tiempos, terribles violencias que no me crearon ningún problema. No voy a decir, entonces, que es preciso suprimir toda violencia, lo que sería deseable pero utópico. Solamente digo que hay que rechazar toda legitima-

[1] *Arrancad la victima a los verdugos.* En *Caliban,* num. 15.

ción de la violencia, ya sea que provenga de una razón de Estado absoluto o de una filosofía totalitaria. La violencia es, ja la vez, inevitable e injustificable. Creo que hay que mantener su carácter excepcional y encerrarla en los límites que se pueda. No predico, pues, ni la no violencia —conozco desgraciadamente su imposibilidad—, ni, como dicen los burlones, la santidad; me conozco demasiado como para creer en la virtud pura. Pero en un mundo donde nos dedicamos a justificar el; terror con argumentos opuestos, pienso que hay que poner límite a la violencia, reducirla a algunos sectores cuando es inevitable, amortiguar sus efectos terroríficos e impedirle llegar hasta el extremo de su furor. Me horroriza la violencia confortable. Me horrorizan aquellos cuyas palabras van más lejos¡ que sus actos. Todo esto me separa de algunos de nuestros grandes hombres, y dejaré de menospreciar sus llamamientos; al asesinato cuando sean ellos mismos los que sostengan los fusiles de la ejecución.

Al comienzo de su artículo, usted me pregunta por qué razones me puse del lado de la Resistencia. Es una pregunta que no tiene sentido para algunos hombres entre los que me cuento. No me imaginaba en otro lado, eso es todo. Me parecía, y me sigue pareciendo, que no se puede estar del lado de los campos de concentración. Comprendí entonces que detestaba menos la violencia que las instituciones de la violencia. Y para ser bien preciso, recuerdo perfectamente el día en que la ola¡¡ de indignación que me embargaba llegó a la cúspide. Era una; mañana, en Lyon, y yo leía en el periódico la ejecución de Gabriel Péri.

Es esto lo que da derecho a los hombres entre los que me cuento (¡y sólo a ellos, d'Astier!) a gritar su repugnancia y su desprecio por el actual gobierno griego, y a combatirlo por,; medios que serán finalmente más eficaces que los de usted. Los hombres de Atenas son abyectos verdugos. No son los únicos, pero acaban de hacer estallar a la faz del mundo la culpabilidad, por lo general mejor disfrazada, de la sociedad burguesa. Adivino su respuesta. Acabará usted pretendiendo que para que los comunistas griegos no sean fusilados, hay que reducir al silencio o liquidar el número necesario de no comunistas. Esto supone que sólo los comunistas merecen ser salvados, porque

son los únicos que están en posesión de la verdad y yo digo que, en efecto, lo merecen, pero al mismo título que los demás hombres. Afirmo que al repugnante problema que se nos plantea no se le puede dar una solución tan sólo estadística. El castigo de los verdugos no puede significar la multiplicación de las víctimas. Y debemos tomar en nosotros mismos, y alrededor nuestro, medidas (una medida) para que el juicio necesario no coincida con un apocalipsis sin mañana. Todo el resto es moral primitiva o locura del orgullo. Aún cuando la violencia que usted preconiza fuera más progresista, como dicen nuestros filósofos-espectadores, seguiría diciendo que habría que limitarla. ¿Pero es, acaso, más progresista? Éste es el fondo del problema sobre el cual volveré.

En todo caso, cuando usted me compadece porque soy un resignado, puedo muy bien decir que esa conmiseración no tiene sentido. Su error es excusable, por otra parte. Estamos en tiempos de gritos y un hombre que rechaza esa embriaguez fácil parece un resignado. Tengo la desgracia de que no me gustan los desfiles civiles o militares. Permítame indicarle, no obstante sin levantar el tono, que la verdadera resignación conduce a la ciega ortodoxia y la desesperación a las filosofías de la violencia. Y basta con decirle que no me resignaré jamás a nada de lo que usted ya ha aceptado.

Tampoco creo que sea razonable ni generoso acusarme de ser un intelectual y de preferir la preservación de mi vida interior a la liberación del hombre. ¿Usted dice que llegó tarde a la conciencia política? Lo sabía, pero esta conversión, aunque no tenga nada que no sea honorable, no le confiere el privilegio de borrar de un plumazo los años que otros consagraron, con mayor o menor suerte, a luchar contra todas las formas de la tiranía. Al contrario, debería incitarlo a interrogarse sobre las razones que pueden tener hoy esos mismos hombres para levantarse contra los arrebatos de la violencia. La resistencia condenatoria a la sociedad del lucro y del poder que han opuesto, activamente, los que se parecen a mí, no data de ayer. Si usted consiente precisamente en interrogarse es tanto como decirle entonces que tengo la ilusión, al hablar contra usted, de estar hablando además contra la sociedad burguesa.

Uno de los suyos me envía su libro sobre el marxismo, cor-

tésmente, por otra parte, pero haciéndome la observación de que no aprendí la libertad çon Marx Fs, verdad: la aprendí rnnja miseria. Pero la mayoría de ustedes no saben qué signifícaesa palabra.

Y hablo precisamente en nombre de quienes compartieron esa miseria conmigo y cuyo primer deseo es tener paz porque saben que no tendrán justicia en la guerra. Objetivamente como dicen ustedes, ¿están equivocados? Lo veremos. Pero no acuse entonces a los intelectuales o a la vida interior y reconozca claramente que en su sistema no se admite la oposición de un obrero como tampoco la disidencia de un intelectual. Diga abiertamente que es la noción misma de oposición la que está en juego. Entonces estaremos en la verdad y le quedará por justificar esa bella teoría. Y dialogaremos sobre esa justificación.

Es ahora cuando nos acercamos al verdadero problema. Pero antes, es necesario que desmienta las posiciones que usted me adjudica en dos oportunidades. Yo no condené el capitalismo ni el socialismo (usted lo sabe bien), sino aquellas de sus ideologías que han adoptado la forma de conquista, es decir, el liberalismo imperialista y el marxismo. Y desde este punto de vista, voy a sostener lo que ya dije antes: que estas ideologías, nacidas hace un siglo, en tiempos de la máquina de vapor y del optimismo científico ingenuo, están hoy caducas y son incapaces, bajo su forma actual, de resolver los problemas que se plantean en el siglo del átomo y de la relatividad.

Usted eligió la máquina de vapor y eso le impide ver, por ejemplo, que se le puedan hacer muchas objeciones a la idea de un parlamento mundial, salvo la de codificar la anarquía, como usted dice. La anarquía, en el sentido vulgar, sólo existe en una sociedad cuando cada uno hace lo que quiere y todo k> que quiere. Y la anarquía de nuestra sociedad internacional proviene precisamente de que cada nación sólo se obedece a * misma en un momento en que ya no existen economías nacionales. La anarquía es, hoy, la soberanía, y es fácil ver que ej usted quien la defiende, en beneficio indirecto de algunos Es» tados burgueses o policiales.

Pero estos malentendidos me parecen inevitables porque usted no abordó lo esencial. Abordemos, pues, lo esencial ahora.

En el razonamiento que he tratado de desarrollar aquí, sólo dije una cosa: que ninguna nación de Europa podía ya hacer sola su revolución, que la revolución sería mundial o no se produciría, pero que no podría tener el aspecto que le daban nuestros viejos sueños: hoy debía pasar por la guerra ideológica. Y pedí, simplemente, que se reflexionara sobre esto, de lo cual nadie quiere hablar. Usted no dijo si este análisis le parecía verdadero o falso y, sin embargo, es este análisis lo que habría que discutir. Pues no es discutir el afirmar que renuncio a 1789 ya 1917. Esto es absurdo. En las cosas del espíritu y de la historia hay herencias a las que no se puede renunciar. Tampoco es discutir el decir que pongo guerra y revolución en el mismo saco, pues ahí, usted deforma gravemente lo que debiera haber leído: yo solamente escribí que hoy, en 1948, guerra y revolución se confunden. Usted se limita a rechazar el pacifismo, por otra parte razonable, que mi análisis implicaba, al invocar la importancia de lo que está en juego y el precio que hay que pagar por la liberación humana. Marx, sin duda, no retrocedió, en 1870, ante el elogio a una guerra cuyas consecuencias, según él, deberían contribuir al progreso de los movimientos de emancipación. Pero se trataba de una guerra relativamente económica y Marx razonaba con arreglo al fusil Chassepot que es un arma de colegial. Hoy, usted y yo sabemos que el mañana de una guerra atómica es inimaginable y que hablar de la emancipación humana en un mundo devastado por una tercera guerra mundial es algo que se parece a una provocación. ¡Vaya a explicarles a los habitantes de Saint-Malo o de Caen que una tercera guerra mejorará su suerte!

En un plano teórico, podemos admitir que el materialismo dialéctico exija los más considerables sacrificios con arreglo a una sociedad justa cuyas probabilidades sean muy grandes. -iQué significan esos sacrificios, si la probabilidad se reduce a cero, si se trata de una sociedad que agonizará entre los escombros de un continente atomizado? Es la única pregunta que debemos hacernos. Yo me la hice, y no me reconocí otro derecho que el de recomendar la lucha contra la guerra y el enorme esfuerzo que debe realizar una verdadera democracia internacional. Para decirlo de una vez, no veo cómo un espíri-

tu preocupado por la justicia y consagrado a un ideal de liberación podría elegir otra cosa. Si se tratara sólo de la justicia, ningún socialista, por ejemplo, ninguna conciencia poli'tica, eq todo caso, debería negarse a adoptar esta posición. Y si una parte de la inteligencia europea, lejos de adoptarla, por el contrario la combate, es que no se trata de la justicia; esto esta claro. Y aquí empieza la falsedad que quiere hacernos creei que la política de poder, cualquiera que sea, puede traernos una sociedad mejor, donde, por fin, se realice la liberación social. La política de poder significa la preparación para la guerra. La preparación para la guerra, y con mayor razón la guerra misma, hacen precisamente imposible esa liberación social, La liberación social y la dignidad obrera dependen estrechamente de la creación de un orden internacional. La unies cuestión es saber si se llegará a este orden por la guerra o poi la paz. Esta elección deberá unirnos o separarnos. Todas lai otras opciones me parecen fútiles.

Usted dice que para suprimir la guerra, hay que suprimir el capitalismo. Me parece bien suprimir el capitalismo. Pero pan suprimirlo es necesario hacerle la guerra. Esto es absurdo, j sigo pensando que no se combate lo malo con lo peor, sine con lo menos malo. Usted me dirá que se trata de la última guerra, la que va a arreglar todo. Mucho me temo, en efecto, que sea la última, y en todo caso, me preocupa ver cómo s« empuja a los hombres a esta nueva aventura diciéndoles, una vez más, que es preciso hacerlo para que sus hijos no veatí nada igual. En realidad, el mundo capitalista y Stalin misme dudan ante la guerra. Pero usted, que se dice socialista, no parece dudar. No es paradójico más que en apariencia y quisiera decirle que por qué, tan simplemente como pueda.

Cierto aspecto crítico del marxismo me sigue pareciende válido. Pero, si yo fuera marxista, de la gran noción de falsificación habría llegado a la conclusión de que las mejores intenciones, incluidas también las que inspiran el marxismo de hoy, pueden ser falseadas. Había en Marx una lección de modestia que me parece a punto de olvidarse. Había también en Marx una sumisión a la realidad y una humildad ante la experiencia que lo habrían, sin duda, conducido a revisar algunos de los puntos de vista que sus actuales discípulos quie-

ren desesperadamente mantener en la esclerosis del dogma. Me resulta impensable que el mismo Marx, ante la desintegración del átomo y ante el aterrador desarrollo de los medios de destrucción, no reconociera que los datos objetivos del problema revolucionario habían cambiado. Es que además Marx amaba a los hombres (los verdaderos, los vivos, y no los de'la duodécima generación que a usted le resulta más Jacil amar puesto que no están aquí paca decirle cuál es la clase de amor que no quieren). *^ „"_ , >

Pero algunos marxistas no quieren ver que los datos objetivos han cambiado. Y hay muchas cosas en estos últimos cincuenta años que no han querido tener en cuenta. Prefieren la idea que se forjan de la historia, a la historia misma, tal como es. Es la debilidad racionalista. Marx creyó que había corregido a Hegel. Pero lo que transmitió de Hegel triunfó sobre él entre sus sucesores. La razón es muy sencilla y voy a decírsela, no con el desdén de los jueces, sino con la angustia de quien conoce demasiado bien su complicidad con toda su época como para creerse limpio de todo reproche. Los marxistas del siglo xx (y no son los únicos) se hallan en el extremo de esa larga tragedia de la inteligencia contemporánea que sólo se podría resumir escribiendo la historia del orgullo europeo. Existía en Lenín, Marx y Netchaiev. Es Netchaiev quien triunfa poco a poco. Y el racionalismo más absoluto que ha conocido la historia termina, como es lógico, por identificarse con el más absoluto nihilismo. En realidad, a pesar de sus afirmaciones, la justicia ya no está en juego. Lo que está en luego es un prodigioso mito de divinización del hombre, de dominación, de unificación del universo por los meros poderes de la razón humana. Lo que está en juego es la conquista de la totalidad, y Rusia cree ser el instrumento de ese mesianismo sin Dios. ¿Qué pueden pesar la justicia, la vida de algunas generaciones, el dolor humano ante ese misticismo desmesurado? Nada, a decir verdad. Algunas inteligencias con formidables ambiciones llevan un ejército de creyentes hacia una tierra santa imaginaria. Durante un cuarto de siglo, verdaderamente los marxistas condujeron el mundo. Pero entonces tenían los ojos abiertos. Lo siguen conduciendo por la fuerza del impulso, pero con los ojos ya cerrados. Si no los

abren a tiempo, se estrellarán contra un muro de orgullo y millones de hombres pagarán el precio de esa soberbia. Toda idea falsa termina en sangre, pero se trata siempre.de la sangre ajena. Es lo que explica que algunos de nuestros filósofos se queden tan tranquilos diciendo cualquier cosa.

Al perder la esperanza en la justicia inmediata, los marxistas que se llaman ortodoxos eligieron dominar el mundo en nombre de una justicia futura. En cierta manera, no tienen ya los pies sobre la tierra, a pesar de las apariencias. Están en la lógica. Y en nombre de la lógica, por primera vez en la historia intelectual de Francia, algunos escritores de vanguardia dedicaron su inteligencia a justificar a quienes fusilan, a reserva de protestar después en nombre de una categoría bien determinada de fusilados. Necesitaron mucha filosofía, pero lo consiguieron; la filosofía no cuesta nada. La historia intelectual ya no tiene sentido. En lo que se refiere a la historia religiosa, se pretende que creamos que las inquisiciones sólo ejecutaron a los hombres para que alcanzaran su verdadera felicidad. Ignoro si usted ha llegado a eso. Pero quiero, sin embargo, decirle, porque es verdad, que usted ha elegido la vocación asesina de la inteligencia y que la ha elegido por una extraña especie de desesperación y de resignación.

Estas perspectivas le parecerán, tal vez, desmesuradas. Son, sin embargo, las verdaderas y la historia de hoy es tan sangrienta, únicamente, porque la inteligencia europea, traicionando su herencia y su vocación, eligió la desmesura, por amor al patetismo y a la exaltación. Es preciso partir de esas perspectivas para permanecer en la verdad del momento. Son ellas en todo caso las que me permitirán, para terminar, responder a la única parte de su artículo que no puedo aceptar. Usted me acusa de una complicidad inconsciente u objetiva con la sociedad burguesa. Ya contesté en parte a esa acusación. Pero sería poco decir que le niego el derecho de formular tal acusación. Le niego el derecho a creerse con las manos limpias. Estamos en un nudo de la historia donde la complicidad es total y usted no solamente no escapa de esa servidumbre, sino que tampoco hace ningún esfuerzo por escapar. Mi única ventaja sobre usted es que, por mi parte, yo he hecho ese esfuerzo y he abogado, como debía hacerlo en nombre de

mi oficio y en nombre de todos los míos, por que disminuya *desde ahora mismo* el atroz dolor de los hombres.

Sólo quisiera que cuando usted haya terminado de leer esta respuesta, se preguntara, objetivamente, de qué se ha hecho cómplice con consentimiento. Advertirá entonces, quizá, esa mancha de sangre intelectual de la que Lautréamont decía que toda el agua del mar no sería suficiente para lavar. Tranquilícese, Lautréamont era poeta. Y a falta de agua de mar, hay algo con lo que siempre podrá lavarse: una sincera confesión de ignorancia. Los que pretenden saber todo y arreglar todo, :erminan por matar todo. Llega un día en que no tienen otra regla "que el crimen, ni otra ciencia que la pobre escolástica que, en todos los tiempos, sirvió para justificar el crimen. Y là única salida que tienen es reconocer precisamente que no lo saben todo. Si algunos de nosotros confiesa su ignorancia sobre dos o tres puntos, como yo lo hice, usted sacará provecho. 'ero es un provecho del que viven todos los culpables hasta el momento de la confesión. Esperaré, pues, a que la modestia le ¡legue. Y hasta entonces, mi propia ignorancia me impedirá siempre condenarlo absolutamente. ¿Cómo podría hacerlo, por otra parte? Lo peor que puede sucederle es ver triunfar lo que ha tratado de defender ante mí. Pues ese día usted tendrá, sin duda, razón, en el sentido en que este mundo miserable lo entiende. Pero ten4rá_razÓn_en medio del silencio y de los cadáveres. Es una victoria que jamás le envidiaré.

SEGUNDA RESPUESTA

(*La Gauche,* octubre de 1948.)

Mi segunda respuesta será la última. Hay en su largo artículo ' un tono que me obliga a abreviar. Pero le debo todavía algunas declaraciones:

1.° Me he visto forzado a señalar que he nacido en una familia obrera. No es un argumento (jamás lo utilicé hasta ahora). Es una rectificación. El periódico donde usted me res-

En el periódico *Action.*

pondió y otros que intentan rivalizar con él en la mentira me han presentado tantas veces como hijo de burgués, que es preciso que, *una vez al menos,* les recuerde que la mayoría de ustedes, intelectuales comunistas, no tienen ninguna experiencia de la condición proletaria y que"ñr> sop jos indicadosjpara tratarnos de "soñadores ignorantes de la realidad. No se trata de mí, sino de un argumento de la polémica general al que hay que hacer justicia de una vez por todas. Su pudor se equivoca pues, al ofenderse.

2.° Hubo y hay una falta de pudor, al contrario, en alardear de sus servicios en la resistencia. No se tiene mérito por el nacimiento sino por las acciones. Pero hay que saber callarlas para que el mérito sea completo. Para ser más breve, el tipo «ex-combatiente» no es el mío. No lo seguiré, entonces, en la comparación que hace entre nosotros. La encuentro ligeramente calumniosa, por supuesto; pero no espere que me justifique. Por el contrario, y para su tranquilidad, no pondré ninguna dificultad en dejarle el grado de jefe en una aventura en la que me permitirá, sin embargo, reconocerme el de la tropa, que ha sido siempre el mío.

Pero, en todo caso, no finja creer que al escribir que «me horrorizan aquellos cuyas palabras van más lejos que sus actos» quise poner en duda sus acciones. Un vez más, es un argumento del que soy incapaz. Y el contexto de la frase lo prueba muy bien. Sólo significa, y es bastante, que me horrorizan esos intelectuales y esos periodistas con los que usted se solidariza, que piden o aprueban ejecuciones capitales, pero que cuentan con que otros realicen la tarea.

3.° No hubo equívoco en hacerle decir lo que dicen sus amigos comunistas. Hace muy poco tiempo, usted escribía: «Admito mi solidaridad con el partido comunistas francés.»

4.° No acepto la manera cómo usted responde a mi pregunta sobre el derecho de oposición. «Reconozca —le decía yo— que en su sistema no se admite la oposición de un obrero como tampoco la disidencia de un intelectual.» Sabe muy bien que esto es verdad, y la simple honestidad exigía su reconocimiento. Por el contrario, usted me contesta que la noción de oposición no es clara. Habrá que pensar que es muy difícil negar públicamente a un obrero su derecho de oposición y me

alegro del homenaje indirecto que usted rinde al proletariado francés. Pero eso no impide que su respuesta sea un engaño. Acaban de ejecutar en Rumania a siete miembros de la oposición bajo el rótulo, ya conocido, de «terroristas». Trate de explicarles a la familia, a los amigos de los fusilados, a los hombres libres que creyeron la noticia que la noción de oposición no está bien definida en Rumania.

5.° Ya que lo desea, y sin extenderme tanto como quisiera, voy a darle una buen ejemplo de violencia legitimada: los campos de concentración y la utililización como mano de obra de los deportados políticos. Los campos formaban parte del aparato del Estado en Alemania, y forman parte del aparato del Estado en la Rusia soviética, usted no puede ignorarlo. En este último caso están justificados, parece, por la necesidad histórica. Lo que quiero decir es muy simple. Los campos no tienen ninguna de las excusas que puedan tener las violencias provisionales de una insurrección. No hay razón en el mundo, histórica o no, progresista o reaccionaria, que pueda hacerme aceptar los campos de concentración. Propuse simplemente que los socialistas rechazaran por anticipado, y en toda ocasión, el campo de concentración como medio de gobierno. Sobre este punto usted tiene la palabra '.

6.° Sigo pensando que lo que hemos entendido hasta ahora por revolución sólo puede triunfar hoy con una guerra. Usted me pone a Checoslovaquia como ejemplo. Lo que usted llama la revolución de Praga es ante todo una alineación de política exterior que nos ha acercado considerablemente a la guerra, y por lo tanto, justifica mi punto de visfa. Entre tanto, la aventura yugoslava lo habrá informado, sin duda alguna, acerca de las posibilidades que tienen Gottwald y los dirigentes checos de colocar en primer plano cuestiones que sean puramente internas.

La única cosa que me conmueve, porque es humana y verdadera, en su respuesta sobre este punto es la imposibilidad en que usted se siente de ceder al chantaje de la guerra. No me crea totalmente ciego al respecto: lo he meditado. Pero hay también un chantaje a la revolución que nos hacemos con fre-

Esta propuesta quedó sin contestación.

cuencia a nosotros mismos. Yo propongo no apoyar la puja recíproca a la que se entregan los dos imperios. La manera correcta de no ceder al chantaje no es el derrotismo ni la obstinación ciega. Es la lucha contra la guerra y en favor de la organización internacional. Al término de ese prolongado esfuerzo, la palabra revolución volverá a adquirir su sentido. Pero no antes. Por eso, sigo creyendo que únicamente los movimientos por la paz y las concepciones federalistas resisten eficazmente a ese chantaje. Y cuando usted ironice de nuevo, con algunos otros, acerca de metas tan lejanas, yo lo dejaré hablar ya que sólo nos ofrecieron como elección un falso liberalismo que nos repugna y el socialismo de los campos de concentración del que usted es servidor. La esperanza está de nuestro lado, le guste o no le guste.

7.o Voy a hablar ahora de su propuesta. Usted cree que me pone en un aprieto al invitarme a enviar una carta abierta a la prensa norteamericana para protestar contra la complicidad directa o indirecta de los Estados Unidos en las recientes ejecuciones griegas. Esto me consuela algo, porque es la prueba de que desconoce mi verdadera posición. Usted no puede saber, por otra parte, que yo ya tomé partido sobre ese caso concreto en Inglaterra, hace algunas semanas, y sobre casos parecidos en América, hace dos años, en el curso de conferencias públicas. Por eso, no me cuesta ningún trabajo contestarle: tengo esa carta a su disposición. Y agregaré en ella una protesta motivada por lo que es un verdadero crimen contra la conciencia europea: el mantenimiento de Franco en España. Le doy carta blanca para su publicación, con una sola condición, que, espero, considere legítima. Usted escribirá, por su parte, una carta abierta, no a la prensa soviética, que no la publicará, sino a la prensa francesa. En ella tomará posición contra el sistema de los campos de concentración y la utilización de la mano de obra de los deportados. En reciprocidad, pedirá al mismo tiempo la liberación incondicional de los republicanos españoles, todavía internados en la Rusia soviética y a los que su camarada Courtade ha creído que podía insultar, olvidando lo que siguen representando esos hombres para todos nosotros e ignorando, sin duda, que ni siquiera es digno de atarles los zapatos. Nada de todo esto es incompatible, me

parece, con la vocación revolucionaria a la que usted invoca. Y entonces sabremos si este diálogo ha sido inútil o no. En efecto, yo habré denunciado los males que le producen indignación y usted habrá retribuido esa satisfacción con la denuncia de males que igualmente deben sublevarle[1].

Pues quiero creer que le sublevan. Y antes de terminar esta polémica, haré lo único que puedo hacer ahora por usted: no creerle. No creerle cuando dice que si las fosas de cadáveres volvieran, a pesar suyo, usted preferiría tener razón en medio de ellas que estar equivocado. Es una manera, sin embargo, de ratificar lo que le dije en mi primera respuesta. Pero prefiero haberme equivocado. Pues para hacer pública una pretensión tan horrible, hace falta mucho orgullo o poca imaginación. Mucho orgullo, en efecto. Ya que es afirmar que la razón histórica que usted eligió servir le parece la única adecuada y que la humanidad no puede salvarse con ninguna otra. Su razón o las fosas de cadáveres, es el futuro que usted traza. Decididamente soy más optimista que usted y pondré en duda su imaginación.

Voy a terminar. Usted desdeña muchas cosas en su larga respuesta. Acepto, por mi parte, algunos de sus desprecios. Mi papel, lo reconozco, no es el de transformar el mundo ni al hombre. No tengo suficientes virtudes ni luces para ello. Pero sí es, quizá, el de servir, desde mi puesto, a algunos valores sin los cuales un mundo, incluso transformado, no valdría la pena ser vivido, y sin los cuales un hombre, incluso un hombre nuevo, no merecería ser respetado. Esto es lo que quiero decirle antes de despedime: usted no puede prescindir de esos valores y los volverá a encontrar creyendo que los crea de nuevo. No vivimos sólo de lucha y de odio. No morimos siempre con las armas en las manos. Hay historia y hay otra cosa, la felicidad sencilla, la pasión de las almas, la belleza natural. También ellas son raíces que la historia ignora, y Europa, por haberlas perdido, es hoy un desierto.

Yo le concedo que los marxistas tienen a veces los remordimientos de los liberales, que bien los necesitan. Pero los marxistas ¿no tienen necesidad de esos remordimientos? Si no la

I ' Esta propuesta quedó sin contestación.

tienen, nadie en el mundo podrá ayudarles, y al final, juntos, conoceremos una derrota que toda Europa pagará con la sangre que le queda. Pero si necesitan esos remordimientos, sólo podrán dárselos esos pocos hombres que, sin separarse de la historia, conscientes de sus límites, tratan de expresar, como pueden, la desdicha y la esperanza de Europa. ¡Solitarios!, dirá usted con desprecio. Tal vez, por el momento. Pero ¡qué solos estarían ustedes sin esos solitarios!

El no creyente y los cristianos

}

(Fragmentos de una conferencia pronunciada en el convento de los dominicos de Latour-Maubourg en 1948.)

Ya que han tenido ustedes a bien pedir a un hombre que no comparte sus convicciones que venga a responder a la pregunta muy general que se formula en el curso de estas charlas —antes de decirles lo que me parece que los no creyentes esperan de los cristianos— quisiera, lo primero de todo, reconocer esta generosidad de espíritu con la afirmación de algunos principios.

Hay, en primer lugar, un fariseísmo laico al cual trataré de no ceder. Llamo fariseo laico a quien finge creer que el cristianismo es cosa fácil y aparenta exigir del cristiano, en nombre de un cristianismo visto desde afuera, más de lo que se exige a sí mismo. Creo, efectivamente, que el cristianismo tiene muchas obligaciones, pero no corresponde a quien las rechaza recordárselas al que las acepta. Si alguien puede exigir algo del cristianismo es otro cristiano. lia conclusión es que si yo me permito, al final de esta conferencia, reclamar de ustedes algunos deberes, no podrá tratarse más que de deberes que se deben exigir a todos los hombres en la actualidad, sean cristianos o no. nj/

En segundo lugar, quiero declarar también que al no sentirme en posesión de ninguna verdad absoluta ni de ningún mensaje, jamás partiré del principio de que la verdad cristiana* es ilusoria, sino solamente de este hecho: yo no he podido ingresar„en.-ella. Para ilustrar esta posición reconoceré de buen grado lo siguiente: hace tres años una controversia me enfrentó con uno de ustedes y no precisamente de los peores. La fiebre de esos años, y el difícil recuerdo de dos o tres amigos asesinados, provocaron ese deseo. Sin embargo, puedo declarar que a pesar de algunos excesos de lenguaje de parte de François Mauriac, jamás dejé de meditar sobre lo que dijo¡, Al finalizar esa reflexión —y les doy así mi opinión sobre la utilidad del diálogo creyente-no creyente— tuve que reconocerme a mí mismo, y aquí lo hago públicamente, que, en el fondo y sobre el punto preciso de nuestra controversia, François Mauriac tenía razón.

Dicho esto, me será más fácil enunciar mi tercer y último principio. Es simple y claro. No trataré de modificar nada de lo que pienso, ni nada de lo que ustedes piensan (al menos lo que creo que piensan) con el fin de obedecer una conciliación que nos resultaría agradable a todos. Al contrario, lo que deseo decirles hoy es que el mundo necesita el verdadero diálogo, que lo opuesto al diálogo es tanto la mentira como el silencio y que el diálogo sólo es posible entre personas que se mantienen en lo que son y dicen la verdad. Esto equivale a afirmar que el mundo de hoy necesita cristianos que continúen siendo cristianos. El otro día, en la Sorbona, dirigiéndose a un conferenciante marxista, un sacerdote católico decía en público que él también era anticlerical. ¡Pues bien!, no me gustan los sacerdotes anticlericales, como tampoco las filosofías que se avergüenzan de sí mismas. No trataré, pues, por mi parte, de hacerme el cristiano ante ustedes. Comparto con ustedes el mismo horror por el mal. Pero no comparto su esperanza y sigo luchando contra este universo donde hay niños que sufren y mueren... \ «

¿Y por qué no voy a decir aquí lo que escribí en otro lugar? Esperé mucho tiempo, durante esos años espantosos, que desde Roma se elevara una gran voz. ¿Yo, no creyente? Precisamente. Pues sabía que el espíritu se perdería si no lanzaba,

ante la *fuerza*, un grito de condena. Parece que esa voz se elevó. Pero les juro que ni yo, ni millones de hombres conmigo, la oímos y que había entonces en todos los corazones, creyentes o no, una soledad que crecía sin cesar a medida que pasaban los días y se multiplicaban los verdugos.

Después, me explicaron que la condenación se había producido realmente, pero en el lenguaje de las encíclicas, que no es claro. ¡La condenación se había producido y nadie la entendió! ¿Quién no comprende ahora dónde está la verdadera condena y quién no se da cuenta de que este ejemplo lleva en sí mismo uno de los elementos de la respuesta, quizá la respuesta total, que ustedes me piden? Lo que el mundo espera de los cristianos es que hablen, con voz clara y alta, y que expresen su conlena de tal manera que jamás la duda, una sola duda, pueda albergarse en el corazón del más simple de los hombres. Espera que los cristianos salgan de la abstracción y se enfrenten con el rostro ensangrentado de la historia de hoy. La unión que necesitamos es la unión de hombres decididos a hablar claro y a dar la cara. Cuando un obispo español bendice las ejecuciones políticas ya no es un obispo, ni un cristiano, ni siquiera un hombre, es un perro, igual que el que desde lo alto de una ideología ordena esa ejecución sin hacer él mismo el trabajo. Esperamos y espero que se unan los que no quieren ser perros y están decididos a pagar el precio que hay que pagaj-para que el hombre sea algo más que un perro

¿Y ahora qué pueden hacer los cristianos por nosotros?

En primer lugar terminar con las vanas polémicas de las cuales la primera es la del pesimismo. Creo, por ejemplo, que Gabriel Marcel se beneficiaría dejando en paz formas de pensamiento que lo apasionan y lo extravían. Marcel no puede llamarse demócratra y pedir al mismo tiempo la prohibición de la pieza de Sartre. Es una posición molesta para todo el mundo. Porque Marcel quiere defender valores absolutos, como el pudor y la verdad divina del hombre, cuando se trata de defender los pocos valores provisionales que le permitirán seguir luchando un día, y a su gusto, por esos valores absolutos...

Por lo demás, ¿con qué derecho un cristiano o un marxista

me acusaría, por ejemplo, de pesimismo? No fui yo quien inventó la miseria humana, ni las terribles fórmulas de la maldición divina. No fui yo quien gritó aquel *Nemo bonus,* ni la condenación de los niños sin bautismo. No fui yo el que dijo que el hombre es incapaz de salvarse solo y que desde el fondo de su degradación sólo puede esperar en la gracia de Dios. ¡En cuanto al famoso optimismo marxista...! Nadie extremó tanto la desconfianza en el hombre y finalmente las fatalidades económicas de este mundo se presentan más terribles que los caprichos divinos.

Los cristianos y los comunistas me dirán que su optimismo es de más largo alcance, que es superior a todo lo demás y que Dios o la historia, según el caso, son las metas satisfactorias de su dialéctica. Yo hago ese mismo razonamiento. Si el cristiano es pesimista en cuanto al hombre, es optimista en cuanto al destino humano. ¡Pues bien! Yo diré que, pesimista en cuanto al destino humano, soy optimista en cuanto al hombre. Y no en nombre de un humanismo que siempre me ha parecido de cortos alcances, sino en nombre de una ignorancia que trata de no negar nada.

Esto significa entonces que las palabras pesimismo y optimismo necesitan una mayor precisión y que a la espera de poder dársela, debemos examinarlo más bien lo que nos une que lo que nos separa.

Esto es, creo, todo lo que tenía que decirles. Estamos ante el mal. Y la verdad es que me siento un poco como ese Agustín de antes de su conversión que decía: «Buscaba de dónde viene el mal y no lo encontraba.» Pero también es verdad que sé, y algunos también lo saben, lo que hay que hacer, si no para disminuir el mal, al menos para no aumentarlo. No podemos impedir, quizá, que en este mundo se torture a los niños. Y si ustedes no nos ayudan, ¿quién podrá hacerlo? -

Una gran lucha desigual ha comenzado entre las fuerzas del terror y las del diálogo. Sólo tengo ilusiones razonables sobre el resultado de esa lucha. Pero creo que hay que entablarla y sé que hay hombres decididos a ello. Solamente temo que se sientan a veces un poco solos, que lo estén en efecto, y que con dos mil años de intervalo nos expongamos a asistir al sa-

crificio, muchas veces repetido de Sócrates. El programa para el mañana es la comunidad de diálogo o la condena a muerte, solemne y significativa, de los testigos del diálogo. Después de dar mi respuesta, la pregunta que formulo, a mi vez, a los cristianos es ésta: «¿Estará Sócrates aún sólo y no existe nada en él y en la doctrina del cristianismo que los impulse a unirse a nosotros?»

Puede ser, lo sé bien, que el cristianismo responda negativamente. ¡Oh, no por boca de ustedes! lo creo. Pero puede ser, y es lo más probable, que se obstine en el compromiso, o bien en dar a sus condenas la forma oscura de la encíclica. Puede ser que se obstine en dejarse arrancar definitivamente el espíritu de rebelión y de indignación que le perteneció hace ya mucho tiempo. Entonces los cristianos vivirán y el cristianismo morirá. Entonces serán los otros, en efecto, quienes paguen el sacrificio. Es un futuro, en todo caso, que no me corresponde decidir, a pesar de todo lo que remueve en mí de esperanza y de angustias. Sólo puedo hablar de lo que sé. Y lo que sé, y que constituye a veces mi nostalgia, es que si los cristianos se decidieran, millones de voces —millones de voces, oigan bien— se unirían en el mundo al grito de un puñado de solitarios, que sin fe ni, ley ahnpají hoy un poco por toadas partes y sin descanso en favor de los niños y de los hombres.

Tres entrevistas

(Esta entrevista fue publicada por Emile Simon en la *Reine du Caire,* en 1948. Las extensas y pertinentes preguntas de Emile Simon se abreviaron aquí sin ser deformadas.)

...¿No cree usted que se podría fundar una moral muy pura sobre esa idea de felicidad lamentablemente confundida en el pensamiento de algunos con el dejar pasar, el placer, la vida fáál? La felicidad es, no obstante, una virtud muy alta y muy difícil de conquistar (¿qué hay de más raro, en efecto, que un hombre feliz?)-

«Sí, en cuanto a la felicidad. Pero sin exclusivismo. El error proviene siempre de una exclusión, dice Pascal. Si sólo se busca la felicidad, se termina en lo fácil. Si sólo se cultiva la desdicha, se desemboca en la complacencia? En ambos casos, una devaluación. Los griegos sabían que hay una parte de sombra y otra de luz. Hoy sólo vemos la sombra y la tarea de quienes no quieren desesperarse es recordar la luz, los mediodías de la vida. Pero es una cuestión de estrategia. En todo caso, a lo

que hay que tender no es al aniquilamiento, sino al equilibrio y al dominio de uno mismo.»

...¿No se puede inferir que este sufrimiento de los niños —tan inútil, tan monstruoso e injustificable— es una de esas evidencias por las que se niega usted a creer en lo que los cristianos llaman la Divina Providencia, y que lo inducen a considerar la Creación como una gran obra frustrada?

A ese sufrimiento, el cristiano sólo puede oponer un acto de fe... Pero ese acto de fe del cristianismo, esa sumisión de la razón a la injusticia más escandalosa, no es más que una dimisión y una buida. Para salvarse a sí mismo, y salvar la paz de su alma, el cristiano acepta esa creencia.

La única actitud digna del hombre es la del doctor Rieux, que se niega, incluso con el pensamiento, a pactar con el mal y pone en acción todos los recursos de su inteligencia y de su corazón para expulsar e, sufrimiento de los dominios del hombre.

¿No es éste el fondo de su pensamiento!

«En efecto, me parece que, el problema del mal es un obstáculo infranqueable. Pero es también un obstáculo real para el humanismo tradicional. La muerte de los niños expresa la arbitrariedad divina, pero el asesinato de los niños significa la arbitrariedad humana. Estamos acorralados entre dos arbitrariedades. Mi posición personal, hasta donde pueda defenderse es considerar que si bien, los hombres no son inocentes, son culpables tan sólo de ignorancia. Es una idea que se podría desarrollar.

»Pero yo reflexionaría antes de decir como usted que la fe cristiana es una dimisión. ¿Se puede decir eso de un san Agustín o de un Pascal? La honestidad consiste en juzgar una doctrina por sus expresiones más elevadas, no por sus subproductos. Y, por otra parte, aunque sé poco de estas cosas, tengo la impresión de que la fe es menos una paz que una esperanza trágica.

»>Dicho esto, yo no soy cristiancvS^Jací pobre, bajo un cielo feliz, en una naturaleza que yo sentía en armonía conmigo, sin hostilidad. No comencé, pues, por el desgarramiento, sino por la plenitud* Después... Pero yo me siento griego de corazón.

¿Y qué hay en el espíritu griego que el cristianismo no pueda aceptar? Muchas cosas, pero esto en particular: los griegos no negaban a los dioses, pero les *limitaban* su importancia.. El cristianismo, que es una religión *total,* para emplear un término de moda, no puede admitir ese espíritu que señala límites a lo que, a sü juicio, debe abarcar la totalidad. Aunque ese espíritu, por el contrario, puede muy bien admitir la existencia del cristianismo. Cualquier cristiano inteligente le dirá que en ese caso preferiría el marxismo, eso si el marxismo lo quisiera aceptar.

»Esto en cuanto a la doctrina. Queda la Iglesia. Pero tomaré a la Iglesia en serio cuando sus jefes espirituales hablen el lenguaje de todo el mundo y vivan la vida miserable y llena de peligros de la mayoría.»

¿Para un escritor, el simple hecho de escribir o de crear basta para exorcizar el absurdo, para mantener en suspenso la piedra de S/sifo, dispuesta a aplastarlo? ¿Cree usted en una virtud trascendente al acto de escribir?

«La rebelión humana tiene dos expresiones que son la creación y la acción revolucionaria. En sí, y fuera de sí, el hombre sólo encuentra al comienzo desorden y falta de unidad. A él le corresponde poner todo el orden posible, en una condición que no lo tiene. Pero esto nos llevaría demasiado lejos.»

¿No cree usted que lo que agudiza en nosotros el sentimiento de lo absurdo, lo que agrava la incoherencia de nuestros destinos, son precisamente los terribles acontecimientos que vivimos?

«El sentimiento de lo trágico que se manifiesta en nuestra literatura no data de ayer. Se ha manifestado en todas las literaturas desde su existencia. Pero es verdad que la situación histórica actual lo agudiza, porque la situación histórica supone hoy la sociedad universal. Mañana Hegel recibirá la confirmación o el desmentido más sangriento que se pueda imaginar. La circunstancia histórica hoy no cuestiona, por lo tanto, tal existencia nacional o tal destino individual, sino la condición humana en su totalidad. Estamos en vísperas del juicio,

pero se trata de un juicio en donde el hombre se juzgará a *sfí* mismo. Por eso, cada uno está apartado, aislado en sus pensamientos, del mismo modo que cada uno, de alguna manera, es un acusado. Pero la verdad no está en la separación, sipo pn la unión.»

Los mejores escritores de hoy se coligaron unánimemente para defender lo que llaman, lo que llamamos, las libertades y los derechos del individuo.

...Quizá al defenderlos en lo abstracto y en lo absoluto como lo estamos haciendo, somos, en realidad prisioneros, sin saberlo, de las formas anacrónicas y caducas que esos valores revistieron.

...Hubo épocas, y tal vez estemos en vísperas de conocer otra, en que la grandeza de un escritor estaba en relación directa con la fuerza de su adhesión al medio social, con su fuerza representativa. Sólo en una sociedad en vías de disgregación, el mérito de un escritor está en relación con su capacidad de disidencia.

«Cuando se defiende una libertad, se la defiende siempre en lo abstracto hasta el momento en que hay que pagar. No me gusta la disidencia por la disidencia. Pero lo que usted dice justificaría, por ejemplo, a un escritor nacionalista alemán que escribiera los *Nibelungos* en un país donde Hitler hubiera triunfado. Los *Nibelungos* estarían así edificados sobre los huesos de millones de seres asesinados. ¿Necesito decirle que considero ese acuerdo demasiado caro?

»¿En relación con qué la libertad que reclama el escritor le parece a usted abstracta? En relación con la reivindicación social. Pero esta reivindicación no tendría hoy ningún contenido si se hubiera conquistado, a través de los siglos, la libertad de expresión. La justicia supone derechos. Los derechos suponen la libertad de defenderlos. Para actuar, el hombre debe hablar. Sabemos lo que defendemos. Y además cada^uno habla en nombre de un acuerdo. Todo *no* supone un *sí.* Yo hablo en nombre de una sociedad que no impone el silencio, ya sea por la opresión económica o por la opresión policial»

La sociedad comunista —la sociedad soviética, más precisamente niega al escritor el permiso para absorberse en la búsqueda de lo qu nosotros llamamos valores artísticos.

Algunos artistas o escritores franceses de hoy se han asociado a esta forma de pensar.

¿No cree usted que ponen en peligro la cultura por no haber comprendido ni siquiera en qué reside la virtud esencial de la obra de arte?

«Es un problema falso. No existe el arte realista. (Ni siquiera la fotografía es realista, ya que la fotografía elige.) Y los escritores de los que usted habla utilizan, digan lo que digan, los valores del arte. A partir del momento en que escribe algo más que una octavilla, un escritor comunista es un artista, por lo que nunca le será posible *coincidir perfectamente* con una teoría o una propaganda. Por eso, la literatura no se dirige, a lo sumo se la suprime. Rusia no la suprimió, creyó poder servirse de sus escritores. Pero esos escritores, aun de buena fe, serán siempre heréticos por su misma función. Lo que digo se ve bien claro en los relatos de depuración literaria. Por eso, esos escritores no ponen en peligro la cultura, como usted dice sino que es la cultura la que los pone en peligro a ellos. Y lo digo sin ironía, como ante una absurda crucifixión y con el sentimiento de una solidaridad forzosa.»

II

DIÁLOGO EN FAVOR DEL DIÁLOGO

{*Défense de l'Homme,* julio de 1949.)

—El futuro es muy sombrío.

—¿Por qué? No hay nada que temer, puesto que ya nos hemos enfrentado con lo peor. Entonces, sólo hay razones para esperar y luchar.

—¿Con quién?

—Por la paz.

—¿Pacifista incondicional?

—Hasta nueva orden, resistente incondicional —y a todas las locuras que se nos propongan.

—En resumen, como se suele decir, usted no está en el ajo.

—No en ése.

—No es muy agradable.

—No. He tratado lealmente de estar en él, y ¡me puse de un serio! Y después me resigné: hay que llamar criminal a lo que es criminal. Estoy en otro juego.

—El no integral.

—El sí integral. Naturalmente, hay personas más prudentes que tratan de arreglárselas con lo que hay. No tengo nada en contra.

—¿Entonces?

—Entonces, estoy a favor de la pluralidad de posiciones. ¿Se podría formar el partido de los que no están seguros de tener razón? Sería el mío. En todo caso, yo no insulto a los que no están conmigo. Es mí única originalidad.

—¿Si concretáramos...?

—Concretemos. Los gobernantes de hoy, rusos, norteamericanos y algunas veces europeos, son criminales de guerra, según la definición del tribunal de Nuremberg. Todas las políticas internas que los apoyan de una forma o de otra, todas las Iglesias, espirituales o no, que no denuncian la falsedad de la que el mundo es víctima, participan de esa culpabilidad.

—¿Qué falsedad?

—La que nos quiere hacer creer que la política de poder, cualquiera que sea, puede conducirnos a una sociedad mejor, donde, por fin, se realice la liberación social. La política 3e poder significa la preparación para la guerra. La preparación para la guerra, y con mayor razón, la guerra misma, hacen precisamente imposible esta liberación sociah

—¿Usted qué eligió?

—Yo apuesto por la paz. Es un optimismo personal. Pero hay quehacer algo por ella y será duro. Ese es mi pesimismo. De todas maneras, hoy solamente tienen mi adhesión los movimientos por la paz que buscan desarrollarse a nivel internacional. Es entre ellos donde se encuentran los verdaderos realistas. Y yo estoy con ellos.

—¿Ha pensado en Munich?

—Sí, he pensado en ello. Los hombres que conozco no comprarán la paz a cualquier precio. Pero teniendo en cuenta la desdicha que acompaña a toda preparación para la guerra y los desastres inimaginables que ésta acarrearía, estiman que no

se puede renunciar a ¡a paz sin haber agotado todas ias posibilidades. Y además, Munich ya se firmó y por dos veces. En Yalta y en Postdam. Por los mismos que quieren enfrentarse hoy. No fuimos nosotros quienes entregamos a los liberales, los socialistas y los anarquistas de las democracias populares del este a los tribunales soviéticos. No fuimos nosotros quienes ahorcamos a Petkov. Fueron los firmantes de los pactos que consagraron la partición del mundo.

—Esos mismos hombres lo acusan de ser un soñador.

—Hacen falta soñadores. Y, personalmente, acepto ese papel, ya que no tengo inclinación para el oficio de asesino.

—Se le dirá que también son necesarios los asesinos.

—¡Bueno! Candidatos no faltan. Y fornidos, parece. Entonces, podemos dividir el trabajo.

—¿Conclusión?

—Los hombres de los que he hablado, al mismo tiempo que trabajan por la paz, deberían conseguir que se aprobara, internacionalmente, un código que_especificase estas limitaciones a la violencia: supresión de la pena de muerte, y denuncia de'las condenas de duración indeterminada, de la retroactividad de las leyes y del sistema de campos de concentración.

—¿Qué más?

—Haría falta otro marco para precisar. Pero, si fuera posible que esos hombres se adhirieran en masa a los movimientos por la paz ya existentes, trabajaran por su unificación a nivel internacional, y redactaran y difundieran con la palabra y el ejemplo el nuevo contrato social que necesitamos, creo que estarían en regla con la verdad.

«Si tuviera tiempo, diría también que esos hombres deberían tratar de preservar, en su vida personal, la parte de alegría que no pertenece a la historia. Se nos quiere hacer creer que el mundo actual necesita hombres totalmente identificados con su doctrina y que persigan fines definitivos mediante la sumisión total a sus convicciones. Creo que ese tipo de hombres, en el estado en que está el mundo, hará más mal que bien. Pero admitiendo, aunque no lo creo, que terminen por hacer triunfar el bien al final de los tiempos,, pienso que debe existir otra especie de hombres atentos a preservar el.

matiz delicado, el estilo de la vida, la posibilidad de felicidad el amor, el equilibrio difícil, en fin, que los hijos de esos mis-' mos hombres necesitarán finalmente en el caso de que se bay logrado entonces la sociedad perfecta.»

Ill

(Entrevista no publicada.),

«...Desde luego, decirse revolucionario y rechazar, por otra parte, la pena de muerte, la limitación de las libertades y la guerra es no decir nada. No digamos, pues, nada, provisionalmente, salvo que decirse revolucionario y exaltar la pena d« muerte, la supresión de las libertades y la guerra, es decir, taa sólo que es reaccionario, en el sentido más objetivo y menos reconfortante de la palabra. Y como los revolucionarios contemporáneos aceptaron ese lenguaje, vivimos hoy universalmente una historia reaccionaria. No sabemos aún por cuánto tiempo las potencias policiales y las potencias del dinero harán la historia contra el interés de los pueblos y la verdad del hombre. Pero tal vez, precisamente por esas razones, podemos tener esperanza. Dado que ya no vivimos tiempos revolucionarios, aprendamos, al menos, a vivir el tiempo de los rebeldes. Saber decir no, esforzarse cada uno desde su puesto en crear los valores vitales de los que ninguna renovación podrá prescindir, mantener lo que vale, preparar lo que merece vivirse, y practicar la felicidad para que se dulcifique el terrible sabor de la justicia, son motivos de renovación y de esperanza.

»De ahora en adelante, cierto chantaje perderá su valor. De ahora en adelante, denunciaremos con dureza ciertas falsedades y nos negaremos a creer por más tiempo que el cristianismo de los salones y de los ministerios pueda olvidar impunemente al cristianismo de las prisiones. Pero como los gobiernos cristianos tienen vocación de complicidad no olvidaremos que el marxismo es una doctrina de acusación cuya dialéctica sólo triunfa en el mundo de los procesos. Y llamaremos partir darios de los campos de concentración a quienes lo seanjja; cluso al socii "

«Sabemos que nuestra sociedad se apoya en la mentira. Pero la tragedia de nuestra generación es haber visto, bajo los falsos colores de la esperanza, una nueva mentira superponerse a la antigua. Al menos, ya nada nos obliga a llamar salvadores a los tiranos ni a justificar el asesinato del niño por la salvación del hombre. Nos negamos a creer también que la justicia pueda exipir, ni siquiera provisionalmente, la supresión de la libertad. L^s tiranías pretenden siempre ser provisionales. lNlos explican que hay una gran diferencia entre la tiranía reaccionaria y la tiranía progresista. Habría así campos de concentración que siguen la dirección de la historia y un sistema de trabajos forzados que supone la esperanza. Suponiendo que esto fuera cierto, podríamos al menos interrogarnos sobre la duración de esa esperanza. Si la tiranía, aunque sea progresista, dura más de una generación, significa para millones de hombres una vida de esclavos, y nada más. Cuando lo provisional cubre el período de la vida de un hombre, es para ese hombre lo definitivo. Por otra parte, estamos ante un sofisma^a justicia no es posible sin el derecho v no hay dere~. cho sin la libre expresión de ese derecho Podemos hablar con tanto orgullo de esa justicia por la que multitud de hombres, hoy, mueren o matan, sólo porque un puñado de espíritus libres conquistaron, a través de la historia, el derecho a expresarse. Y estoy haciendo aquí la apología de aquellos a quienes se llama, con desprecio, înteleçtuaks^»

¿Por qué España?

(RESPUESTA A GABRIEL MARCEL)

(Combat, diciembre de 1948.)

Sólo responderé aquí a dos pasajes del artículo que usted dedicó a *El estado de sitio,* en *Les Nouvelles littéraires.* De ningún modo quiero contestar a las críticas que usted, u otros, le hicieron a esta obra, como representación teatral. Cuando alguien se arriesga a presentar un espectáculo o a publicar un libro, se expone a ser criticado y debe aceptar la censura de su tiempo. Es preciso, entonces, callar, aunque se tenga algo que decir.

Sin embargo, usted ha rebasado sus privilegios de crítico al asombrarse de que una obra sobre la tiranía totalitaria se situara en España, cuando usted la vería mejor en los países del este. Y me concede definitivamente la palabra al escribir que hay en ello falta de coraje y de honestidad. La verdad es que es usted muy bueno por pensar que no soy responsable de esa elección (traduzcamos: es el malvado de Barrault, ya tan cubierto de crímenes), pero lo malo es que el drama transcurre en España porque wdecidf. y decidí solo, tras reflexión, que transcurriera, en efecto, alh. Por lo tanto, que recaigan sobre

mí sus acusaciones de oportunismo y deshonestidad. No se extrañará de que, en tales condiciones, me sienta obligado a responderle.

Por lo demás, es probable que no me hubiese ni siquier defendido de esas acusaciones (¿ante quién justificarse, hoy?) si usted no hubiera tocado un tema tan grave como el de Es paña. En realidad no tengo ninguna necesidad de decir qu no busqué adular a nadie al escribir *El estado de sitio.* Quise ata Cal-de-frente un tipo de sociedad política que se ha organizado, o se organiza, a derecha y a izquierda, sobre el modelo t~ tajitafio. Ningún espectador de buena fe puede dudar de que esta obra toma el partido del individuo, de la carne en lo que ésta tiene de noble, del amor terrenal, en fin, contra las abstracciones y los terrores del Estado totalitario, ya sea ruso, alemán o español. Graves doctores meditan a diario sobre la decadencia de nuestra sociedad buscando las razones profundas. Esas razones existen, sin duda. Pero para la gente sencilla, el mal de la época se define por sus efectos, no por sus causas. Se llama Estado, policial o burocrático. Su proliferación en todos los países, bajo los más diversos pretextos ideológicos, la insultante seguridad que le dan los medios mecánicos y psicológicos de la represión, lo convierten en un peligro mortal para lo mejor que existe en cada uno de nosotros. Desde este punto de vista, la sociedad política contemporánea, no importa su contenido, es despreciable. No he dicho otra cosa, y por eso *El piado de sitio* es un arto de ruptura que no quiere perdonar nada.

Dicho esto con claridad, ¿por qué España? Debo confesarle que siento un poco de vergüenza al formular, por usted, esta pregunta ¿Por qué Guernica, Gabriel Marcel? ¿Por qué esa reunión, en donde por primera vez, ante un mundo todavía adormecido en su comodidad y en su miserable moral, Hitler, Mussolini y Franco demostraron a unos niños lo que es la técnica totalitaria? Sí, ¿por qué esa reunión que también nos concernía a nosotros? Por primera vez, los hombres de mi edad vieron cómo la injusticia triunfaba en la historia. La sangre inocente corría entonces en medio de una gran charlatanería farisaica que, precisamente, aún dura. ¿Por qué España? Porque somos de los que no se lavarán las manos ante esa sangre.

Cualesquiera que sean las razones del anticomunismo —y conozco algunas muy buenas— jamás lo aceptaremos si se abandona a sí mismo hasta el punto de olvidar esa injusticia que se perpetúa con la complicidad de nuestros gobernantes. Dije, tan alto como pude, lo que pensaba de los campos de concentración rusos. Pero ellos no me harán olvidar Dachau, Buchenwald y la agonía sin nombre de millones de hombres, ni la horrible represión que diezmó a la República española. Sí, a pesar de la conmiseración de nuestros grandes políticos, es todo eso, en conjunto, lo que hay que denunciar. Y no voy a disculpar esta peste repugnante en el oeste de Europa, por el hecho de que también cause estragos en el este, sobre esteniiones más grandes. Usted escribe que, para quienes están bien informados, no es de España de donde llegan en estos momentos las noticias más apropiadas para desesperar a los que desean la dignidad humana. Está mal informado, Gabriel Marcel. Precisamente ayer, cinco miembros de la oposición política fueron condenados a muerte en España. Pero, cultivando el olvido, ya se preparaba usted para estar mal informado, porque olvida que las primeras armas de la guerra totalitaria se empaparon en sangre española. Olvida, que en 1936, un general rebelde sublevó, en nombre de Cristo, a un ejército de moros para arrojarlo contra el gobierno legal de la República española, hizo triunfar una causa injusta tras imperdonables matanzas y comenzó, a partir de ese momento, una atroz represión que dura ya diez años y que no ha terminado todavía. Sí, verdaderamente, ¿por qué España? Porque, como muchos otros, usted ha perdido la memoria.

Y además porque, igual que un pequeño número de franceses, no estoy orgulloso de mi país. No tengo noticias de que Francia haya entregado jamás a miembros de la oposición soviética al gobierno ruso. Eso llegará, sin duda; nuestras *élites* están dispuestas a todo. Pero en cuanto a España, por el contrario, ya hicimos muy bien las cosas. En vitud de la cláusula más deshonrosa del armisticio, entregamos a Franco, por orden de Hitler, a los republicanos españoles, entre ellos al gran Luis Companys. Y Companys fue fusilado gracias a ese horrendo comercio. Fue Vichy, por supuesto, no fuimos nosotros. Nosotros lo único que hicimos fue encerrar, en 1938, al

poeta Antonio Machado en un campo de concentración, del que salió para morir. Pero cuando ei Estado francés servía de reclutador a los verdugos tota1itari0s~?cjtlíen levantó la ~y5¿> iNadjg. Porque, indudablemente. Gabriel Marcel, los que hubieran podido protestar encontraron como usted que todo eso carecía de importancia al lado de lo que más detestaban en el sistema ruso. Entonces ¿no es cierto? ¡un fusilado más o menos...! Pero el rostro de un fusilado es una fea llaga y la gangrena termina por meterse en ella. í a gangrena ganó

¿Dónde están los asesinos de Companys? ¿En Moscú o en nuestro país? Hay que responder: en nuestro país. Hay q- decir que nosotros fusilamos a Companys, y que somos re ponsables de lo que vino después. Hay que declarar que n~ sentimos avergonzados y que nuestra única posible reparaci será mantener el recuerdo de una España que fue libre y qu nosotros traicionamos, como pudimos, desde nuestra posició y a nuestra manera, ambas mezquinas. Es cierto que todas 1 potencias la traicionaron, salvo Alemania e Italia que fusilaro a los españoles de frente. Pero esto no puede ser un consuel y la España libre sigue, con su silencio, pidiéndonos una repa ración. Hice lo que pude, con mis modestos medios, y es es lo que a usted le escandaliza. Si yo hubiese tenido más talento la reparación hubiera sido mayor; esto es todo lo que pued decir. Contemporizar habría sido una cobardía y un engaño Pero no seguiré con este tema y callaré mis sentimientos po consideración a usted. A lo sumo, podría decirle también qu ningún hombre sensible se hubiera asombrado de que, al teñe que elegir al pueblo de la sensualidad y de la altivez para qu hablara, oponiéndose a la vergüenza y a las sombras de la die tadura, eligiera al pueblo español. Realmente, no podía elegi al público internacional del *Reader's Digest* o a los lectores d *Samedi-Soir* y *France-Dimanche.*

Pero, sin duda, a usted le apremia que explique, para termi nar, el papel que le adjudiqué a la Iglesia. Sobre este punt seré breve. Usted encuentra que ese papel es odioso, mientras que en mi novela no lo era. Pero en mi novela, yo tenía **que** hacer justicia a aquellos mis amigos cristianos que encontré, bajo la ocupación, en una lucha justa. Por el contrario, en mi obra de teatro tenía que decir cuál fue el papel de la Iglesia de

España. Y si lo pinté odioso es porque a la faz del mundo, el papel de la Iglesia de España fue odioso. Por dura que le resulte esta verdad, se consolará al pensar que la escena que le molesta sólo dura un minuto, mientras que la que ofende todavía la conciencia europea dura ya diez años. Y la Iglesia entera estaría involucrada en el increíble escándalo de los obispos españoles que bendecían los fusiles de ejecución, si desde ios primeros días dos grandes cristianos, Bernanos, hoy muerto, y José Bergamín, desterrado de su país, no hubieran levantado la voz. Bernanos no habría escrito lo que usted escribió sobre este asunto. El sabía que la frase que pone punto final a ¡ni escena: «Cristianos de España, estáis abandonados» no agravia a su creencia. Sabia que Si yo decía Otra cosa o sPcallaba, estaría insultanto a la verdad.

Si tuviera que rehacer *El estado de sitio,* lo situaría de nuevo en España, ésta es mi conclusión. Y a través de España, mañana como hoy, estaría muy claro para todo el mundo que la condena que contiene señala a todas las sociedades totalitarias. Pero, al menos, no sería a costa de una complicidad vergonzosa. Es así y no de otra manera, nunca de otra manera, como podremos conservar el derecho a protestar contra el terror. Por eso, no puedo compartir su opinión cuando dice que nuestro acuerdo es absoluto en cuanto al orden político. Pues usted acepta silenciar un terror para combatir mejor otro terror. Y algunos de nosotros no queremos silenciar nada. Toda nuestra sociedad política nos produce náuseas, y sólo habrá salvación cuando todos los que todavía valen algo la repudien en su totalidad, para buscar, fuera de las contradicciones insolubles, el camino de la revolución. Hasta entonces hay que luchar. Pero sabiendo que la tiranía totalitaria no se construye sobre los méritos de los totalitarios, sino sobre los errores de los liberales. La frase de Talleyrand es despreciable, un error no es peor que un crimen. Pero el error termina por justificar el crimen y proporcionarle su coartada. El error es culpable, porque lleva a sus víctimas a la desesperación, y esto es, precisamente, lo que no puedo perdonar a la sociedad política contemporánea: que sea una máquina para desesperar a los hombres.

Pensará usted, sin duda, que pongo demasiada pasión en un

motivo tan pequeño. Déjeme hablar, una vez al menos, en mi nombre. El mundo donde vivo me repugna pero me siento solidario con los hombres que en él *snireri¡lr{ay* ambiciones qtïéno son las mías y no me sentiría a gusto si tuviera que recorrer mi camino apoyándome en los pobres privilegios reservados para los que se conforman con este mundo. Pero me parece que hay otra ambición que debería ser la de todos los escritores: atestiguar y clamar, cada vez que sea posible, y en la medida de nuestro talento, en favor de los que están sojuzgados como nosotros. Esa ambición se cuestionó en su artículo, pero le negaré el derecho ÍI hnrprlo mim.tias^el^asesinato de un bornhre, sol" parezca indignarle en la medidae.n que "ese h^rnbr^ r^mpflrtn <nis irlfiiVfi

El testigo de la libertad

(Alocución pronunciada en Pleyel, en noviembre de 1948, durante un encuentro internacional de escritores, y publicado por *La Gauche,* el 20 de diciembre de 1948.)

Vivimos en una época en que los hombres, por ideologías mediocres y feroces, se acostumbran a tener vergüenza de todo. Vergüenza de sí mismos, vergüenza de ser felices, de amar o de crear. Una época en que Racine se ruborizaría de *Berenice* y Rembrandt, para hacerse perdonar el haber pintado *La ronda nocturna,* correría a hacer penitencia. Los escritores y los artistas de hoy tienen sentido de culpa y está de moda entre nosotros hacernos perdonar nuestra profesión. La verdad es que se nos ayuda a ello con bastante interés. De todos los rincones de nuestra sociedad política se levanta una gran protesta en contra nuestra que nos obliga a justificarnos. Debemos justificarnos de ser inútiles al mismo tiempo que de servir, por nuestra misma inutilidad, a malas causas. Y cuando respondemos que es muy difícil quedar limpios de acusaciones tan contradictorias, se nos dice que no es posible justificarse a los ojos de todos, pero que podemos obtener el generoso perdón de algunos, tomando su partido, que es, por otra parte, el

único verdadero, según ellos. Si este tipo de argumento falla, se le dice entonces al artista: «Observe la miseria del mundo. ¿Qué hace usted por ella?» A este chantaje cínico, el artista podría contestar. «¿La miseria del mundo? No la aumento. ¿Quién de ustedes puede decir otro tanto?» Pero no es menos cierto que ninguno de nosotros, si es exigente consigo mismo, puede permanecer indiferente al llamamiento de una humanidad desesperada. Es preciso, pues, sentirse culpable a todo trance. Esto nos arrastra al confesionario laico, el peor de todos.

Y sin embargo, el problema no es tan sencillo. La elección que se nos pide no puede hacerse por sí misma, está determinada por otras elecciones, hechas anteriormente. Y la primera elección que hace un artista es, precisamente, la de ser artista. Y si ha elegido ser artista, lo ha hecho considerando lo que él mismo es y a causa de una cierta idea que se forma del arte. Y si esas razones le han parecido lo suficientemente buenas como para justificar su elección existe la posibilidad de que sigan siendo suficientemente buenas para ayudarlo a definir su posición frente a la historia. Esto es, al menos, lo que pienso, y quisiera singularizarme un poco, esta noche, haciendo hincapié, ya que hablaremos aquí con libertad, a título individual, no sobre un remordimiento que no tengo, sino sobre los dos sentimientos que frente a la miseria del mundo, e incluso a causa de ella, abrigo con respecto a nuestra profesión, es decir, el agradecimiento y el orgullo. Ya que hay que justificarse, quisiera decir por qué hay una justificación en ejercer una profesión que, *dentro* de los límites de nuestras fuerzas y de nuestro talento, y en medio de un mundo endurecido por el odio, nos permite a cada uno de nosotros decir tranquilamente que no es el enemigo mortal de nadie. Pero esto exige una explicación y no puedo darla si no hablo un poco del mundo en que vivimos y de lo que nosotros, artistas y escritores, nos consagramos a hacer en él.

El mundo que nos rodea es desdichado y se nos pide hacer algo para cambiarlo. ¿Pero cuál es esa desdicha? A primera vista, se define fácilmente: se ha matado mucho en el mundo en estos últimos años y algunos prevén que se seguirá matando. Un número tan elevado de muertos termina por enrarecer

la atmósfera. Naturalmente esto no es nuevo. La historia oficial ha sido siempre la historia de los grandes criminales. Y no es-de hoy que Caín mate a Abel, pero es de hoy que Caín mata a Abel en nombre de la lógica y reclama después la Legión de í lonor. Daré un ejemplo para que se me entienda mejor.

Durante las grandes huelgas de 1947, los periódicos anunciaron que el verdugo de París abandonaría también su trabado. No se ha reparado lo suficiente, en mi opinión, en la decisión de nuestro compatriota. Sus reivindicaciones eran claras. Pedía naturalmente una prima por cada ejecución, lo que está en las normas de toda empresa. Pero, sobre todo, reclamaba enérgicamente el rango de jefe de negociado. Quería, en efecto, recibir del Estado, al que tenía conciencia de servir eficazmente, la única consagración, el único honor tangible que una nación moderna puede ofrecer a sus buenos servidores, es decir, un estatuto administrativo. Así se extinguía, bajo el peso de la historia, una de nuestras últimas profesiones liberales. Sí, efectivamente, bajo el peso de la historia. En los tiempos bárbaros, una aureola terrible mantenía al verdugo alejado del mundo. Era el que, por oficio, atentaba contra el misterio de la vida y de la carne. Era, y lo sabía, objeto de horror. Y ese horror consagra al mismo tiempo de precio de la vida humana. Hoy es sólo objeto de pudor. Y, en esas condiciones, encuentro que tiene razón, al no querer ser más el pariente pobre al que se esconde en la cocina porque no tiene las uñas limpias. En una civilización en la que el crimen y la violencia son ya doctrinas y están en trance de convertirse en instituciones, los verdugos tienen todo el derecho de ingresar en los cuadros administrativos. A decir verdad, nosotros, los franceses, estamos un poco atrasados. Repartidos por el mundo, los verdugos están ya instalados en los sillones ministeriales. Sólo que han reemplazado el hacha por el sello. -

Cuando la muerte se convierte en un asunto administrativo y de estadísticas es que, en efecto, las cosas del mundo van mal. Pero si la muerte se hace abstracta es que la vida también lo es. Y la vida de cada uno no puede ser sino»abstracta a parir del momento en que se la somete a una ideología. Desgraciadamente estamos en la época de las ideologías, y de las ideologías totalitarias, es decir, lo bastante seguras de sí mis-

mas, de su razón imbécil o de su mezquina verdad, como para creer que la salvación del mundo reside sólo en su propia dominación. Y querer dominar a alguien o algo es desear la esterilidad, el silencio o la muerte de ese alguien. Para comprobarla, basta con mirar a nuestro alrededor.

No hay vida sin diálogo. Y en la mayor parte del mundo, el diálogo se sustituye hoy por la polémica. El siglo xx es el siglo de la polémica y del insulto. La polémica ocupa, entre las naciones y los individuos, e incluso a nivel de las disciplinas antaño desinteresadas, el lugar que ocupa tradicionalmente el diálogo reflexivo. Miles de voces, día y noche, cada una por su lado, en un monólogo tumultuoso, vierten sobre los pueblos un torrente de palabras engañosas, ataques, defensas, exaltaciones. Pero, ¿cuál es el mecanismo de la polémica? Consiste en considerar al adversario como enemigo, en simplificarlo, en consecuencia, y en negarse a verlo. No sé de que color tiene los ojos aquel a quien insulto, ni sé si sonné, ni de qué manera. Convertidos en casi ciegos gracias a la polémica, ya no vivimos entre los hombres, sino en un mundo de siluetas.

J^phayvida sin peri¿uasiá»,~3£-la--fa¿storia de hoy sólo conoce la intimidación. Los hombres viven, y solamente pueden vivir, con la idea de que tienen algo en común, que les permitirá volver a encontrarse. Pero nosotros hemos descubierto que hay hombres a los que no se persuade. Era y es imposible que una víctima de los campos de concentración explique a quienes lo degradan que no deben hacerlo. Porque estos últimos ya no representan a hombres, sino a una idea arrasada por la fiebre de la más inflexible de las voluntades. El que quiere dominar es sordo. Frente a él hay que pelear o morir. Por eso, los hombres de hoy viven en el terror. En el *Libro de los muertos* se lee que el egipcio justo, para merecer el perdón, debía poder decir: «No he atemorizado a nadie.» En esas condiciones, el día del juicio final buscaremos en vano a nuestros grandes contemporáneos en la fila de los bienaventurados.

No es de extíañar que esas siluetas, sordas y ciegas, aterrorizadas, alimentadas con tickets, y cuya vida entera se resume en una ficha policial, pueden ser después tratadas como abstracciones anónimas. Es interesante comprobar que los regí-

menés surgidos de esas ideologías son, precisamente, los que, por sistema, proceden al desarraigo de las poblaciones paseándolas por Europa como símbolos exangües que sólo cobran una vida irrisoria en las cifras de las estadísticas. Desde que esas hermosas filosofías entraron en la historia, enormes masas de hombres, cada uno de los cuales, no obstante, tenía antaño una manera de estrechar la mano, están definitivamente sepultados bajo las dos iniciales de las personas desplazadas, que un mundo muy lógico inventó para ellas.

Sí, todo esto es lógico. Cuando se quiere unificar el mundo entero en nombre de una teoría, no hay otro camino que hacer este mundo tan descarnado, ciego y sordo como la teoría misma. No hay otro camino que cortar las raíces que vinculan al hombre a la vida y a la naturaleza. Y no es una casualidad que no se encuentren paisajes en la gran literatura europea desde Dostoievski. No es una casualidad que los libros más significativos de hoy, en lugar de interesarse por los matices del corazón y por las verdades del amor, sólo se apasionan por los jueces, los procesos y la mecánica de las acusaciones, y que en lugar de abrir las ventanas a la belleza del mundo, las cierran cuidadosamente a la angustia de los solitarios. No es una casualidad que el filósofo que inspira hoy todo el pensamiento europeo es el mismo que escribió que únicamente la ciudad moderna permite al espíritu tomar conciencia de sí mismo y que llegó a decir que la naturaleza es abstracta y que sólo la razón es concreta. Este es, en efecto, el punto de vista de Hegel y es el punto de partida de una inmensa aventura de la inteligencia, que termina por matar todo. En el gran espectáculo de la naturaleza, esos espíritus ebrios sólo se ven a sí mismos. Es la ceguera definitiva.

¿Para qué ir más lejos? Quienes conocen las ciudades destruidas de Europa saben de lo que estoy hablando. Esas ciudades ofrecen la imagen de este mundo descarnado, reseco de orgullo, donde, a lo largo de un monótono apocalipsis, andan errantes los fantasmas a la búsqueda de una amistad perdida, con la naturaleza y con los seres. El gran drama del hombre de occidente es que entre él y su acontecimiento histórico ya no se interponen las fuerzas de la naturaleza ni las de la amistad. Con las raíces cortadas y los brazos resecos, el hombre se

confunde ya con las horcas que le tienen destinadas. Pero, al menos, en el colmo del despropósito, nada debe impedirnos denunciar el engaño de este siglo que aparenta correr tras el imperio de la razón, cuando sólo busca las razones para amar que perdió. Y nuestros escritores, que terminan todos por apelar a ese sucedáneo desdichado y descarnado del amor que se llama moral, lo saben bien. Los hombres de hoy pueden, tal vez, dominar todo en ellos, y ésa es su grandeza. Pero hay, al menos, algo que la mayoría de estos hombres no podrá jamás volver a encontrar: la fuerza para amar que les arrebataron. Por eso tiene vergüenza. Y es justo que los artistas compartan esta vergüenza porque contribuyeron a ella. Pero que sepan decir, al menos, que tienen vergüenza de sí mismos y no de su profesión.

Pues todo lo que constituye la dignidad del arte se opone a un mundo así y lo rechaza. La obra de arte, por el solo hecho de existir, niega las conquistas de la ideología. Uno de los sentidos de la historia del mañana es la lucha, ya iniciada, entre los conquistadores y los artistas. Ambos se proponen, sin embargo, el mismo fin. La acción política y la creación son las dos caras de una misma rebelión contra los desórdenes del mundo. En los dos casos se quiere dar al mundo su unidad. Y durante mucho tiempo la causa del artista y la del innovador político se confundieron. La ambición de Bonaparte fue la misma que la de Goethe. Pero Bonaparte nos dejó el tambor en los liceos y Goethe las *Elegías romanas.* Mas desde que las ideologías de la eficacia, apoyadas en la técnica, intervinieron, desde que por un sutil movimiento, el revolucionario se convirtió en conquistador, las dos corrientes de pensamiento divergen. Pues lo que busca el conquistador de la derecha o de ¡ la izquierda, no es la unidad, que es ante todo la armonía de I los contrarios, sino la totalidad, qur rnnnintc rn nplí)~tjr_[íi'i] diferencias. El artista distingue allí donde el conquistador nivela. Elartista que vive y crea desde la carne y la pasión sabe que nada es simple y que el otro existe. El conquistador quiere que el otro no exista, su mundo es un mundo de amos y de esclavos, este mismo mundo donde vivimos. El mundo~ del artista es el mundo de la discusión viva y de la comprensjáQ. No conozco una sola gran obra que se haya construido

sólo sobre el odio, pero sí conocemos los imperios del odio. En una época en que el conquistador, por la lógica misma de su actitud, se convierte en ejecutor y política, el artista está obligado a ser refractario. Frente a la sociedad política contemporánea, la única actitud coherente del artista, o si no debe renunciar al arte, es el rechazo sin concesión. No puede ser, aunque lo quiera, cómplice de los que emplean el lenguaje o los medios de las ideologías contemporáneas.

Por todo esto, es inútil y ridículo pedirnos justificación y compromiso. Comprometidos, lo estamos, aunque involuntariamente. Y, para terminar, no es la lucha Ja que nos hace artistas, sino el arte el que nos obliga a ser luchadores. Por su función misma, el artista es el testigo de la libertad y es ésta una justificación que suele pagar cara. Por su función misma está enredado en la más inextricable espesura de la historia, allí donde se ahoga la propia carne del hombre. Por ser el mundo como es, estamos comprometidos con él, queramos o no queramos, y somos por naturaleza enemigos de los ídolos abstractos que en él hoy triunfan, ya sean nacionales o partidistas. No en nombre de la moral y de la virtud, como se intenta hacer creer con un engaño adicional. No somos virtuosos, y no lo lamentamos, al ver el aspecto antropométrico que toma la virtud en nuestros reformadores. En nombre de la pasión del hombre, y por lo que existe de único en él, siempre rechazaremos esas empresas que se arropan con lo que hay de más miserable en la razón.

Pero esto determina, al mismo tiempo, nuestra solidaridad con todo el mundo, y como tenemos que defender el derecho de cada persona a la soledad, jamás seremos unos solitarios. Tenemos que apresurarnos, y no podemos trabajar solos. Tolstoi pudo escribir, sobre una guerra que no había hecho, la más hermosa novela de todas las literaturas. Nuestras guerras "" """ ^Híin t'^^pn píT? escribir sribrf nffda quejTO sea ellas mismas, y al mismo tiempo, matan ¿-EsguyA a miles de ióvenes_poetas. for eso, creo que, por encima de nuestras diferencias, que pueden ser grandes, la reunión de todos estos hombres esta noche tiene sentido. Más allá de las fronteras, a veces sin saberlo, todos trabajan juntos en los mil rostros de una misma obra que se levantará frente a la creación totalitaria^

Todos juntos, sí, y con ellos, esos miles de hombres que trata de erigir las formas silenciosas de sus creaciones en el tumult de las ciudades. Y con ellos, incluso los que no están aquí, pero que por la fuerza de las cosas se nos unirán algún día. Y también esos otros que creen poder trabajar para la ideología totalitaria con los medios de su arte, mientras que en el seno mismo de su obra la pujanza del arte destruye la propaganda, reivindica la unidad de la que ellos son los verdaderos servidores y los destina, a nuestra obligada fraternidad, al mismo tiempo que a la desconfianza de los que, provisionalmente, los emplean.

Los verdaderos artistas no son buenos vencedores políticos, pues son incapaces de aceptar despreocupadamente —iah! yo lo sé bien— la muerte del adversario. Están de parte de la vida, no de la muerte. Son los testigos de la carne, no de la ley. Por su vocación, están condenados a la comprensión de lo que consideran su enemigo. Esto no significa, por el contrario, que sean incapaces de juzgar el bien y el mal. Pero, ante el peor criminal, su aptitud para vivir la vida de otros les permite reconocer la constante justificación de los hombres: el dolor. Esto es lo que siempre nos impedirá pronunciar el veredicto absoluto y, en consecuencia, ratificar el castigo absoluto. En este mundo nuestro de la condena a muerte, los artistas^ testimonian en tavor de lo que en el hombre se njpga a morir. ¡Enemigos de nadie, excepto dejos vrxdugfrf[1] Y esto es lo que siempre los destinará, eternos girondinos, a las amenazas y a los golpes de nuestros jacobinos de puños de lustrina. Después de todo, esta mala posición, por su misma incomodidad, constituye su grandeza. Llegará el día_f" qnr tniHn<: lo reconocerán y, respetuosos de nuestras diferencias, los más valiosos de nosotros dejarán de desgarrarse como lo hacen, rveconocerán que su vocación más profunda es defender hasta sus últimas consecuencias el derecho de sus adversarios a tener otra opinión. Proclamarán, de acuerdo con su condición, que es mejor equivocarse sin matar a nadie y dejando hablar a los demás que tener razón en medio del silencio y de los cadáveres. Intentarán demostrar que si las revoluciones pueden triunfar por la violencia, no pueden mantenerse sin el diálogo. Y sabrán entonces que esa singular vocación les crea la más

perturbadora de las fraternidades, la de los combates dudosos y de las grandezas amenazadas, la que a través de todas las épocas de la inteligencia no dejó jamás de luchar para afirmar contra las abstracciones de la historia lo que rebasa a toda historia: la carne, ya sea sufriente, o dichosa. Toda la Europa de hoy, erguida en su soberbia, les grita que esa empresa es irrisoria y vana. Pero todos nosotros estamos en el mundo para demostrar lo contrario.

Indice

Las novelas, los relatos y las piezas teatrales de ALBERT CAMUS (1913-1960) son indisociables de sus ensayos filosóficos y políticos; testigo moral de la Europa destruida por la II Guerra Mundial, las obras de creación y las reflexiones teóricas del Premio Nobel de Literatura de 1957 convergen en la indagación de la complejidad y la ambigüedad de la condición humana. MORAL Y POLÍTICA, testimonio y balance de algunos años críticos de la vida pública francesa (1944-1948), define su postura ante el conflictivo y desgarrado mundo que le rodea. «La verdadera desesperanza no nace ante una obstinada adversidad, ni en el agotamiento de una lucha desigual. Proviene de que no sabemos ya nuestras razones para luchar o, precisamente, si debemos luchar. Las páginas siguientes afirman simplemente que, aunque la lucha es difícil, las razones para luchar, al menos, siguen siendo claras.» Otras obras de Albert Camus en esta colección: «El extranjero» (LB 312), «El estado de sitio» (LB 405), «El mito de Sísifo» (LB 841), «Caligula» (LB 858), «El malentendido» (LB 884), «Los justos» (LB 897), «La caída» (LB 910), «Los posesos» (LB 915), «El hombre rebelde» (LB 925) y «El exilio y el reino» (LB 943).

Editorial Losada en
£1 libro de bolsillo Alianza Editorial